

POR TRECE RAZONES ▶

SI ESTÁS ESCUCHANDO ESTO,
YA ES DEMASIADO TARDE.



se

JAY ASHER

Lectulandia

No puedes poner freno al futuro.

Ni reescribir el pasado.

La única forma de revelar los secretos es... darle al «Play».

Una caja, trece caras de casete, trece culpables y una víctima.

Apenas han pasado dos semanas desde el suicidio de Hanna, cuando Clay encuentra una misteriosa caja en la puerta de su casa. La caja contiene unos casetes que serán el comienzo de un perverso juego que involucrará a todos los responsables de la muerte de Hanna.

Lectulandia

Jay Asher

Por trece razones

ePub r1.0

Titivillus 26.09.2017

Título original: *Thirteen Reasons Why*

Jay Asher, 2007

Traducción: María Pardo Vuelta

Diseño e imagen de portada: Adaptación a partir del diseño original para Thirteen Reasons Why series artwork

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

POR TRECE

RAZONES

UNA NOVELA DE

JAY ASHER


epublibre

Para JoanMarie

—¿Señor? —me repite ella—. ¿Con qué urgencia desea enviarlo?

Con dos dedos me froto, con fuerza, la ceja izquierda. El latido se ha vuelto intenso.

—No importa —digo.

La empleada coge el paquete. La misma caja de zapatos que estaba en mi porche hace menos de veinticuatro horas, envuelta de nuevo en una bolsa de papel marrón, sellada con cinta de embalar transparente, exactamente tal como la había recibido yo. Pero ahora está dirigida a un nombre nuevo. El siguiente en la lista de Hannah Baker.

—La docena del panadero^[1] —murmuro. Después me siento asqueado por haber pensado eso.

—¿Perdón?

Niego con la cabeza.

—¿Cuánto es?

Deja la caja sobre una alfombrilla de goma y marca una serie de números en el teclado.

Apoyo mi café de gasolinera sobre el mostrador y miro la pantalla. Saco unos cuantos billetes de la cartera, busco unas monedas en el bolsillo y dejo el dinero sobre el mostrador.

—Creo que el café aún no le ha hecho efecto —dice ella—. Le falta un dólar.

Le tiendo el dólar que faltaba y después me froto los ojos para despejarme. El café está tibio cuando le doy un sorbo, lo que hace que me resulte más difícil tragármelo. Pero necesito despertarme de alguna forma.

O quizá no. Quizá sea mejor pasar el día medio dormido. Quizá sea la única forma de ir pasando el día de hoy.

—Debería llegar a esta dirección mañana —dice antes de dejar caer la caja dentro de un carrito detrás de ella.

Debería haber esperado a salir del instituto. Debería haberle concedido a Jenny un último día de paz.

A pesar de que no se lo merezca.

Cuando llegue a casa mañana, o al día siguiente, se encontrará un paquete en la puerta. O si su madre, o su padre, o cualquier otra persona llega primero, quizá se lo encontrará sobre la cama. Y se emocionará.

Yo estaba emocionado. ¿Un paquete sin remite? ¿Se habrán olvidado o lo habrán hecho a propósito?

¿Será quizá de una admiradora secreta?

—¿Quiere el tíquet? —me pregunta la dependienta.

Meneo la cabeza.

Una pequeña impresora lo saca de todas formas. Miro cómo arranca el papel con el plástico en forma de sierra y lo tira a una papelera.

Solo hay una oficina de correos en la ciudad. Me pregunto si esta misma empleada habrá atendido a las otras personas de la lista, a los que recibieron este

paquete antes que yo. ¿Habrán conservado el tíquet a modo de enfermizo recuerdo? ¿Lo habrán guardado en el cajón de la ropa interior? ¿Lo habrán clavado en un tablón de corcho?

Estoy a punto de pedirle que me devuelva el tíquet. Estoy tentado de decirle «Lo siento, ¿podría dármelo?». De recuerdo.

Pero si quisiera tener un recuerdo, podría haber hecho copias de las cintas o haber guardado el mapa.

Pero no quería volver a escuchar nunca más esas cintas, a pesar de que su voz no abandonará nunca mi cabeza. Y las casas, las calles y el instituto siempre estarán ahí para recordármelo.

Ahora está fuera de mi control. El paquete está de camino. Salgo de la oficina de correos sin el tíquet.

En algún lugar profundo bajo mi ceja izquierda, la cabeza todavía me late. Cada trago que tomo tiene un gusto amargo, y cuanto más me acerco al instituto, más cerca estoy de desplomarme.

Quiero desplomarme. Quiero caer allí mismo sobre la acera y arrastrarme hacia la hiedra. Porque justo detrás de la hiedra la acera dibuja una curva, siguiendo la parte exterior del aparcamiento del instituto. Atraviesa el jardín delantero y se mete en el edificio principal. Lleva hasta las puertas delanteras y se convierte en un pasillo, que continúa serpenteando entre hileras de taquillas y clases a ambos lados, para acabar entrando por la puerta siempre abierta para la primera clase.

En la parte delantera del aula, frente a los alumnos, estará la mesa del señor Porter. Él será el último en recibir un paquete sin remite. Y, en medio de la sala, en un pupitre a la izquierda, estará el pupitre de Hannah Baker.

Vacío.

Ayer.

Una hora después de clases

Un paquete del tamaño de una caja de zapatos está apoyado en la puerta principal, formando un ángulo.

En la puerta de nuestra casa hay una pequeña abertura para meter el correo, pero cualquier cosa más gruesa que una pastilla de jabón se queda fuera. Un apresurado garabato en el envoltorio dirige el paquete a Clay Jensen, así que lo cojo y entro.

Llevo el paquete a la cocina y lo dejo sobre la encimera. Abro el cajón de los trastos y saco unas tijeras. Después paso una de las hojas de la tijera alrededor del paquete y levanto la parte superior.

Dentro de la caja de zapatos hay un tubo enrollado envuelto en plástico de burbujitas. Lo desenvuelvo y descubro siete cintas de casete sueltas.

Cada cinta tiene un número escrito en azul oscuro en la esquina derecha, seguramente con esmalte de uñas. Cada cara tiene un número. Uno y dos en la primera cinta, tres y cuatro en la siguiente, cinco y seis, y así continúa. La última cinta tiene un trece en una cara, pero no hay nada escrito en la otra.

¿Quién me habrá enviado una caja llena de cintas de casete? Ya nadie escucha cintas. ¿Tengo tan siquiera un reproductor en el que escucharlas?

¡El garaje! El radiocasete del banco de herramientas. Mi padre lo compró en un mercadillo de jardín por cuatro duros. Es viejo, así que no le importa que se cubra de serrín o se salpique de pintura. Y lo mejor de todo, se pueden escuchar cintas.

Arrastro una banqueta hasta colocarla delante del banco de herramientas, tiro la mochila al suelo y después me siento. Aprieto el botón de *Eject*. Una puertecita de plástico se abre e introduzco la primera cinta.

Casete 1: Cara A

Hola, chicos y chicas. Soy Hannah Baker. En vivo y en estéreo.

No me lo creo.

Nada de compromisos que me hayan hecho volver. Nada de bises. Y esta vez, nada de peticiones.

No, no me lo puedo creer. Hannah Baker se suicidó.

Espero que estés preparado, porque estoy a punto de contarte la historia de mi vida. Más concretamente, por qué se acabó mi vida. Y si estás escuchando estas cintas, tú eres una de las razones.

¿Qué? ¡No!

No diré qué cinta te introduce en la historia. Pero no tengas miedo, si has recibido esta adorable cajita, tu nombre aparecerá... te lo prometo.

¿Por qué iba a contar una mentira una chica muerta?

¡Eh! Suena a chiste. ¿Por qué iba a contar una mentira una chica muerta?
Respuesta: porque ya nada de lo que haga se sostiene.

¿Es esto algún tipo de retorcida nota de suicidio?

Venga. Ríete.

Vaya. Me había parecido divertido.

Antes de morir, Hannah había grabado un montón de cintas. ¿Por qué?

Las reglas son muy sencillas. Solo hay dos. Regla número uno: lo escuchas. Número dos: lo pasas.

Con suerte, ninguna de las dos cosas será fácil para ti.

—¿Qué estás escuchando?

—¡Mamá!

Me abalanzo sobre el radiocasete y golpeo varios botones al mismo tiempo.



—Mamá, me has asustado —digo—. No es nada. Es un proyecto del instituto.

—Mi respuesta válida para todo. ¿Que llegarás tarde? Un proyecto del instituto. ¿Que necesitas más dinero? Un proyecto del instituto. Y ahora, las cintas de una chica. Una chica que hace dos semanas se tragó un puñado de pastillas.

Un proyecto del instituto.

—¿Puedo escucharlo? —me pregunta.

—No es mío —digo mientras rasco la puntera del pie contra el suelo de cemento—. Estoy ayudando a un amigo. Es para la clase de Historia, un rollo.

—Bueno, es muy amable por tu parte —dice. Se inclina sobre mi hombro y coge un trapo polvoriento, un viejo pañal de tela que fue mío, para sacar una cinta métrica que está escondida debajo. Después me besa en la frente—. Te dejo tranquilo.

Espero hasta que escucho cómo se cierra la puerta y después coloco un dedo sobre el botón de «Play».

Siento los dedos, las manos, los brazos, el cuello, todo flojo. No tengo fuerza suficiente ni para apretar un solo botón del radiocasete.

Cojo el pañal de tela y envuelvo la caja de zapatos en él para apartarla de mi vista. Ojalá nunca hubiera visto la caja ni las siete cintas que había dentro de ella. Darle al «Play» la primera vez ha sido fácil. Pan comido. No tenía ni idea de lo que estaba a punto de escuchar.

Pero ahora resulta una de las cosas más terroríficas que he hecho en mi vida.

Bajo el volumen y aprieto el «Play».



... uno: lo escuchas. Número dos: lo pasas. Con suerte, ninguna de las dos cosas será fácil para ti.

Cuando acabes de escuchar las trece caras —porque cada historia tiene trece caras— rebobina las cintas, vuévelas a meter en la caja y pásaselas a quien sea que continúe tu pequeña historia. Y tú, el afortunado número trece, puedes llevarte las cintas directamente al infierno. Depende de cuál sea tu religión, quizá nos veamos allí.

En caso de que sientas la tentación de romper las normas, has de saber que he hecho una copia de estas cintas. Esas copias serán emitidas de una forma muy pública en caso de que este paquete no os llegue a todos.

Esta no ha sido una decisión repentina.

No vuelvas a dar por sentado nada sobre mí... de nuevo.

No. De ninguna forma podía pensar ella eso.

Estás siendo observado.



El estómago se me revuelve, dispuesto a vomitar si se lo permito. Cerca de mí tengo un cubo de plástico que está boca abajo sobre una banqueta para los pies. En un par

de zancadas, si lo necesito, puedo coger el asa y darle la vuelta.

Apenas conocía a Hannah Baker. Es decir, habría querido hacerlo. Habría querido conocerla más si hubiera tenido la oportunidad. A lo largo del verano habíamos trabajado juntos en el cine. Y no hacía tanto tiempo, en una fiesta, nos habíamos enrollado. Pero nunca tuvimos la oportunidad de acercarnos más el uno a la otra. Y ni una sola vez di por sentado nada sobre ella. Ni una sola vez.

Estas cintas no deberían estar aquí. No debería tenerlas yo. Tiene que haber un error.

O es una broma terrible.

Arrastro el cubo de basura por el suelo. A pesar de que ya lo he comprobado una vez, vuelvo a mirar el envoltorio. Tiene que haber un remite en algún lado. Quizá se me haya pasado por alto.

Las cintas de suicidio de Hannah Baker están circulando por ahí. Alguien ha hecho una copia y me las ha enviado para gastarme una broma. Mañana en el instituto alguien se reirá al verme o dibujará una sonrisita burlona y mirará para otro lado. Y entonces lo sabré.

¿Y entonces? ¿Qué haré entonces?

No lo sé.



Casi lo olvido. Si estás en mi lista, deberías haber recibido un mapa.

Dejo caer el envoltorio de nuevo en el cubo de la basura.

Estoy en la lista.

Hace unas semanas, justo unos días antes de que Hannah se tomase las pastillas, alguien metió un sobre por el respiradero de mi taquilla. En el exterior del sobre decía: GUARDA ESTO. LO NECESITARÁS, escrito en rotulador rojo. Dentro había un mapa de la ciudad doblado, con más o menos una docena de estrellitas rojas que marcaban diferentes puntos.

En la escuela primaria utilizábamos aquellos mismos mapas de la cámara de comercio para aprender dónde estaba el norte, el sur, el este y el oeste. Había unos numeritos azules diminutos esparcidos por todo el mapa, que coincidían con los nombres de las tiendas que aparecían escritos en los márgenes.

Guardé el mapa de Hannah en la mochila. Tenía intención de enseñarlo por el instituto para ver si le había llegado a alguien más. Para ver si alguien sabía lo que significaba. Pero habían ido pasando los días, se había colado entre mis libros y libretas y me había olvidado de él.

Hasta ahora.

A lo largo de las cintas iré mencionando diferentes puntos de nuestra querida ciudad que debes visitar. No te puedo obligar a ir, pero si quieres profundizar

un poco más, ve a donde están las estrellas. Y si quieres, tira el mapa y nunca me enteraré.

Mientras Hannah habla por los polvorientos altavoces, siento el peso de mi mochila contra la pierna.

Dentro, arrugado en algún lugar del fondo, está su mapa.

O quizá sí me entere. La verdad es que no estoy segura de cómo funciona esto de estar muerta.

Quién sabe, quizá esté detrás de ti ahora mismo.

Me inclino hacia delante, clavando los codos sobre el banco de herramientas. Hundo la cara entre las manos y me deslizo los dedos entre el cabello repentinamente húmedo.

Lo siento. Eso no ha sido justo.

¿Preparado, señor Foley?

Justin Foley. Un chico del último curso. El primer beso de Hannah.

Pero ¿por qué sabía yo eso?

Justin, cariño, tú fuiste mi primer beso. La primera mano que cogí. Pero no eras más que un tío normal y corriente. Y no lo digo para ser mala, no. Simplemente era que tenías algo que me hacía necesitar ser tu novia. Todavía hoy no sé exactamente qué era. Pero ahí estaba... y era increíblemente fuerte.

Tú no sabes esto, pero hace dos años, cuando yo estaba en primero y tú estabas en segundo, te seguía a todas partes. Durante la sexta hora trabajaba en la oficina de atención al estudiante, así que me sabía todas tus clases. Incluso llegué a fotocopiar me tu horario, estoy segura de que todavía lo tengo por algún lado. Y cuando busquen entre mis cosas seguramente lo tiren pensando que un enamoramiento de una estudiante de primero no tiene ninguna importancia. Pero ¿la tiene?

Para mí, sí, la tiene. He retrocedido hasta ti para encontrar una introducción para mi historia. Y, en realidad, es donde comienza.

Entonces ¿qué posición ocupó yo en esa lista, entre esas historias? ¿La segunda? ¿La tercera? ¿Se pone peor a medida que avanza? Ha dicho que el afortunado número trece se puede llevar las cintas al infierno.

Cuando llegues al final de estas cintas, Justin, espero que entiendas el papel que has tenido en todo esto. Porque ahora podría parecer un pequeño papel, pero importa. Al final, todo importa.

Traición. Es una de las peores sensaciones que se pueden tener.

Sé que tú no pretendías fallarme. De hecho, la mayoría de los que escucháis seguramente no tuvieseis ni idea de lo que estabais haciendo. De lo que estabais haciendo en realidad.

¿Qué estaba haciendo yo, Hannah? Porque de verdad que no tengo ni idea. Aquella noche, si es la noche en la que estoy pensando, fue exactamente tan rara para mí como lo fue para ti. Quizá más, ya que todavía no tengo ni idea de qué demonios ocurrió.

Nuestra primera estrellita roja se encuentra en C-4. Lleva el dedo hasta la C y déjalo caer hasta el 4. Correcto, como en el juego de los barcos. Cuando acabes esta cinta, deberías ir hasta allí. Solo vivimos en aquella casa durante un período muy corto, el verano anterior a mi primer año de instituto, pero era allí donde vivíamos cuando llegamos a la ciudad.

Y es donde te vi a ti por primera vez, Justin. Quizá lo recuerdes. Estabas enamorado de mi amiga Kat. Todavía faltaban dos meses para que comenzase el instituto, y Kat era la única persona que conocía, porque vivía en la casa de al lado. Me dijo que el año anterior estabas siempre encima de ella. No literalmente encima, solo que la mirabas y que chocabas contra ella en los pasillos por casualidad.

Era por casualidad, ¿verdad?

Kat me dijo que en el baile de fin de curso por fin habías reunido valor para hacer algo más que mirar y chocar contra ella. Habíais bailado juntos todas las lentas. Y pronto, me dijo ella, iba a dejarte que la besases. El primer beso de su vida. ¡Qué honor!

Las historias tienen que ser malas. Malas de verdad. Y esa es la única razón por la que las cintas se están pasando de una persona a otra. Por miedo.

¿Por qué ibas a querer enviar por correo un montón de cintas en las que se te culpa de un suicidio? No lo harías. Pero Hannah quiere que nosotros, los que aparecemos en la lista, escuchemos lo que nos tiene que decir. Y haremos lo que ella dice, continuar pasando las cintas, aunque solo sea para mantenerlas fuera del alcance de los que no están en la lista.

«La lista». Suena a nombre de club secreto. De club exclusivo. Y por alguna razón, yo pertenezco a él.

Quería ver cómo eras, Justin, así que te llamamos desde mi casa y te dijimos que vinieses. Te llamamos desde mi casa porque Kat no quería que supieses dónde vivía ella... bueno, todavía no... aunque su casa estaba justo al lado de la mía.

Estabas jugando a la pelota (no sé si era baloncesto, béisbol o qué) pero no podías venir hasta más tarde. Así que esperamos.

Baloncesto. Muchos de nosotros habíamos jugado durante aquel verano, porque deseábamos entrar en el segundo equipo ya desde el primer año de instituto. Justin, que solo estaba en segundo curso, ya tenía un lugar reservado en el primer equipo. Así que muchos jugábamos a la pelota con él con la esperanza de aprender algo durante el verano. Y algunos lo consiguieron.

Aunque otros, por desgracia, no lo conseguimos.

Nos sentamos delante del alféizar de mi ventana, hablamos durante horas, y de repente tú y uno de tus amigos (¡hola, Zach!) aparecisteis caminando por la calle.

¿Zach? ¿Zach Dempsey? La única vez que había visto a Zach con Hannah, aunque fuese solo durante un instante, había sido la noche en la que la había conocido.

Delante de mi antigua casa se juntan dos calles, como si fuese una T del revés. Vosotros veníais caminando por el medio de la carretera, hacia nosotras.



Espera, espera. Necesito pensar.

Arranco una mota de pintura naranja seca del banco de herramientas. ¿Por qué estoy escuchando esto?

Quiero decir, ¿por qué me estoy metiendo en esto? ¿Por qué no me limito a sacar la cinta del radiocasete y tirar toda la caja a la basura?

Trago saliva. Las lágrimas me asoman a los ojos.

Porque es la voz de Hannah. Una voz que creía que no volvería a escuchar nunca. No puedo tirar esto.

Y por las reglas. Miro la caja de zapatos escondida bajo el pañal de tela. Hannah ha dicho que había hecho una copia de todas las cintas. Pero ¿y si no la hubiera hecho? Quizá si detengo las cintas, si no se las paso a nadie más, ya estará. Se acabará. No pasará nada.

Pero ¿y si hubiera algo en las cintas que me pudiese hacer daño? ¿Y si no fuese un farol? Entonces aparecería el segundo juego de cintas. Eso es lo que ha dicho ella. Y todo el mundo escuchará lo que hay en ellas.

La pintura se levanta como una costra.

¿Quién quiere comprobar si se está tirando un farol?



Evitaste pisar la cuneta y pusiste un pie en el jardín. Mi padre había mantenido el sistema de riego encendido durante toda la mañana, así que como el césped estaba mojado resbalaste y quedaste espatarrado. Zach, que estaba mirando

hacia la ventana, intentando ver mejor a la nueva amiga de Kat (una servidora), tropezó contigo y acabó aterrizando a tu lado sobre el bordillo.

Le empujaste y te pusiste de pie. Después se levantó él, y los dos os mirasteis, sin estar seguros de qué hacer. ¿Y qué decidisteis? Os largasteis corriendo calle abajo mientras Kat y yo nos reíamos como locas en la ventana.

Recuerdo aquello. Kat creía que había sido divertidísimo. Me lo había contado en su fiesta de despedida aquel verano.

La fiesta en la que había visto a Hannah Baker por primera vez.

Dios. Me había parecido tan guapa. Y nueva en la ciudad, aquello fue lo que realmente me atrajo.

Cuando estoy cerca del sexo opuesto, especialmente en aquella época, la lengua se me traba, se me hacen unos nudos de los que huiría hasta un scout. Pero cuando estaba cerca de ella podía ser el nuevo y mejorado Clay Jensen, que haría su primer año en el instituto.

Kat se fue de la ciudad antes de que comenzase la escuela, y yo me enamoré del chico que había dejado atrás. Y no pasó mucho tiempo hasta que aquel chico comenzó a mostrar interés por mí. Lo cual podría tener algo que ver con el hecho de que parecía que yo siempre andaba por allí cerca.

No estábamos juntos en ninguna clase, pero nuestras aulas durante la primera, la cuarta y la quinta clase por lo menos estaban cerca. Vale, la quinta clase a veces se alargaba y yo llegaba cuando tú ya te habías ido, pero la primera y la cuarta clase por lo menos estaban en el mismo pasillo.

En la fiesta de Kat todo el mundo andaba por el patio exterior, a pesar de que hacía frío. Seguramente había sido la noche más fría del verano. Y yo, por supuesto, me había dejado la chaqueta en casa.

Después de un tiempo, conseguí saludarte. Y un tiempo después, tú conseguiste devolverme el saludo. Entonces, un día, me encontré caminando a tu lado sin decir nada. Sabía que no podrías soportarlo, así que aquello nos llevó a nuestra primera conversación de varias palabras.

No, no es cierto. Me había dejado la chaqueta en casa porque quería que todo el mundo viese mi camisa nueva.

Qué imbécil era.

—¡Eh! —me dijiste—. ¿Es que no vas a decirme hola?

Sonreí, tomé aliento y me di la vuelta.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque siempre me dices hola.

Te pregunté por qué pensabas que eras un experto en mí. Te dije que seguramente no sabías nada de mí.

En la fiesta de Kat yo me había agachado para atarme el zapato durante mi primera conversación con Hannah Baker. Y no había podido. No me había podido atar el dichoso cordón del zapato porque tenía los dedos agarrotados del frío.

En honor a Hannah, he de decir que ella se ofreció a atármelo. Por supuesto que no le dejé. Esperé a que Zach se metiese en nuestra torpe conversación para colarme dentro y poner los dedos debajo del grifo.

Qué vergüenza.

Cuando le había preguntado a mi madre cómo podía llamar la atención de un chico, me había dicho «hazte la dura». Y eso era lo que estaba haciendo. Y está claro que funcionó. Comenzaste a aparecer por mis clases. Me esperaba.

Parecía que habían pasado semanas hasta que por fin me pediste el teléfono. Pero yo sabía que acabarías haciéndolo, así que ya lo había practicado en voz alta. Muy tranquila y con confianza, como si en realidad no me importase. Como si lo diese cien veces cada día.

Sí, en mi antigua escuela muchos chicos me habían pedido el teléfono. Pero aquí, en mi nueva escuela, tú eras el primero.

No, no es verdad. Pero tú fuiste el primero que consiguió tener mi número.

No es que no te lo hubiera querido dar antes. Solo estaba siendo precavida. Una ciudad nueva. Una escuela nueva. Y esta vez, iba a tener control sobre cómo me veía la gente. Después de todo, ¿cuántas veces se tiene una segunda oportunidad?

Antes de ti, Justin, siempre que alguien me lo pedía decía los números correctos hasta el último. Y entonces me asustaba y me confundía... así como por accidente, pero a propósito.

Me coloco la mochila en el regazo y abro el bolsillo más grande.

Me estaba emocionando demasiado al verte escribir mi número. Por suerte tú también estabas demasiado nervioso para darte cuenta. Cuando por fin conseguí escupir el último número —¡el número correcto!— sonreí abiertamente.

Mientras tanto, la mano te temblaba tanto que creía que te lo ibas a cargar todo. Y no iba a permitir que aquello ocurriese.

Saco el mapa y lo desdoble sobre el banco de herramientas.

Señalé el número que estabas escribiendo.

—Debería ser un siete —dije.

—Es un siete.

Con una regla de madera aliso los extremos.

—Oh. Vale, mientras tú sepas que es un siete.

—Lo sé —me dijiste. Pero lo repasaste igualmente para hacer que fuese un siete todavía más tembloroso.

Me estiré el dobladillo de la manga sobre la palma de la mano y a punto estuve de acercarme a secarte el sudor de la frente... es lo que habría hecho mi madre. Pero, por suerte, no lo hice. Nunca le hubieras vuelto a pedir el teléfono a una chica.

A través de la puerta lateral del garaje mamá me llama. Bajo el volumen, preparado para darle al botón de «Stop» si la puerta se abre.

—¿Sí?

Cuando llegué a casa, ya habías llamado. Dos veces.

—Puedes seguir trabajando —dice mamá—. Solo quiero saber si vas a cenar con nosotros.

Mi madre me preguntó quién eras, y le dije que íbamos a clase juntos. Que seguramente llamabas para preguntarme algo sobre los deberes. Y ella me dijo que eso era exactamente lo que tú le habías dicho.

Bajo la vista y miro la primera estrellita roja: C-4. Sé dónde es. Pero ¿debería ir allí?

No me lo podía creer. Justin, le habías mentido a mi madre.

¿Y por qué me hizo aquello tan feliz?

—No —digo—. Me voy a casa de un amigo. Para lo del proyecto.

Porque nuestras mentiras coincidían. Aquello era una señal.

—Está bien —dice mamá—. Te guardaré algo en la nevera y te lo puedes calentar más tarde.

Mi madre me preguntó qué clase teníamos juntos y yo le dije que Mates, lo cual no era totalmente mentira. Los dos hacíamos clases de Mates. Solo que no estábamos juntos. Y no eran del mismo tipo.

—Bien —dijo mi madre—. Eso es lo que él me ha dicho.

La acusé de no confiar en su propia hija, le arranqué el trozo de papel con tu número de la mano y corrí al piso de arriba.

Iré. A la primera estrella. Pero antes de eso, cuando se acabe esta cara de la cinta, iré a casa de Tony.

Tony no ha llegado a cambiar el equipo de música de su coche, así que todavía puede escuchar casetes.

Así, dice él, puede controlar la música. Si lleva a alguien a un sitio y trae su propia música, hay un problema. «El formato no es compatible», les dice.

Cuando respondiste al teléfono, dije:

—¿Justin? Soy Hannah. Mi madre me ha dicho que me has llamado por un problema de mates.

Tony tiene un viejo Mustang que ha heredado de su hermano, que a su vez lo heredó de su padre, que seguramente lo heredase también del suyo. En el instituto hay pocos amores comparables al que siente Tony por su coche. Le han dejado más chicas por estar celosas de su coche de las que han besado mis labios.

Estabas confundido, pero al final recordaste que le habías mentado a mi madre y, como buen chico, te disculpaste.

Aunque no puedo considerar a Tony un amigo íntimo, hemos hecho juntos un par de trabajos, así que sé dónde vive. Y, lo más importante de todo, tiene un *walkman* viejo en el que se pueden escuchar cintas. Es amarillo y tiene unos auriculares de plástico finitos, y estoy seguro de que me lo dejará. Me llevaré unas cuantas cintas y las escucharé mientras camino hasta el antiguo barrio de Hannah, que solo está a una manzana o dos de la casa de Tony.

—Entonces, Justin, ¿cuál es el problema de mates? —pregunté. No te ibas a librar tan fácilmente.

O quizá me lleve las cintas a algún otro lugar. Algún lugar privado. Porque aquí no las puedo escuchar.

No es que mamá o papá vayan a reconocer la voz que suena por los altavoces, pero necesito espacio.

Espacio para respirar.

Y no perdiste ni una oportunidad. Me dijiste que el Tren A salía de tu casa a las 3.45 de la tarde. El Tren B salía de mi casa diez minutos más tarde.

Tú no lo veías, Justin, pero incluso levanté la mano como si estuviese en la escuela en lugar de sentada en el borde de mi cama.

—Yo, señor Foley, yo —dije—. Sé la respuesta.

Cuando dijiste mi nombre: «¿Sí, señorita Baker?», tiré la regla de mamá de hacerse la dura por la ventana. Te dije que los dos trenes se encontraban en Eisenhower Park, al final del tobogán con forma de cohete.

¿Qué le habría visto Hannah? Nunca lo entendí. Incluso ella ha admitido que era incapaz de explicarlo.

Pero para ser un tío con una pinta bastante normal, hay muchas chicas a las que les gusta Justin.

Sí, es más o menos alto. Y quizá lo encuentren misterioso. Siempre está mirando por las ventanas, contemplando alguna cosa.

Hubo una larga pausa en tu extremo de la línea, Justin. Y quiero decir una laaaaarga pausa.

—Entonces, ¿cuándo se encuentran los trenes? —preguntaste.

—En quince minutos —dije yo.

Dijiste que quince minutos te parecían horriblemente largos para dos trenes que iban a toda velocidad.

Uau. Relájate, Hannah.

Ya sé lo que estáis pensando todos. Hannah Baker es una guarra.

Ups. ¿Lo habéis pillado? He dicho «Hannah Baker es». Ya no puedo decir eso más.

Deja de hablar.

Acerco la banqueta más al banco de herramientas. Los dos ejes de la pletina, escondidos tras una ventanita de plástico ahumado hacen rodar la cinta de un lado al otro. Un suave silbido sale de los altavoces. Un suave y estático susurro.

¿Qué estará pensando? ¿En este momento tendría los ojos cerrados? ¿Estará llorando? ¿Tendrá el dedo sobre el botón de «Stop», deseando tener fuerza para apretarlo? ¿Qué está haciendo? ¡No lo escucho!

Mal.

Su voz suena enfadada. Casi temblorosa.

Hannah Baker no es, ni nunca ha sido, una guarra. Lo cual da lugar a la pregunta, ¿qué es lo que has escuchado?

Yo solo quería un beso. Era una chica de primero a la que nunca habían besado. Nunca. Pero me gustaba un chico, a él le gustaba yo, e iba a besarle. Y eso era todo —todo— en aquel momento.

¿Cuál era la otra historia? Porque yo había escuchado algo.

Durante unas cuantas noches antes de nuestro encuentro en el parque había tenido el mismo sueño.

Exactamente el mismo. Desde el principio hasta el fin. Y para que te recrees los oídos, aquí está.

Pero primero, lo ambientaremos un poco.

En mi anterior ciudad había un parque que se parecía al Eisenhower Park en una cosa. Los dos tenían un cohete espacial. Estoy segura de que los había hecho la misma empresa porque parecían iguales. Una nariz roja que apunta hacia el cielo. Unas barras de metal salen de la nariz y bajan hacia las aletas verdes que levantan el cohete del suelo. Entre la nariz y las aletas hay tres plataformas, conectadas entre ellas por tres escaleras. En el nivel más alto hay un timón. El nivel del medio es un tobogán que lleva al parque.

Muchas noches antes de mi primer día de instituto aquí me había subido lo alto de aquel cohete y había apoyado la cabeza contra el timón. La brisa de la noche que soplaba entre las barras me tranquilizaba. Cerraba los ojos y pensaba en mi hogar.

Yo había subido allí una vez, solo una vez, cuando tenía cinco años. Había gritado y llorado para salir y no quería bajar por nada del mundo. Pero papá era demasiado grande y no cabía por los agujeros. Así que habían tenido que llamar a los bomberos, y habían enviado a una mujer bombero a recogerme. Debía de haber muchos rescates de aquel tipo porque, hace unas semanas, el ayuntamiento anunció que estaba planeado derribar el tobogán-cohete.

Creo que esa era la razón por la cual, en mis sueños, mi primer beso ocurría en el cohete espacial.

Me recordaba a la inocencia. Y quería que mi primer beso fuese exactamente así. Inocente.

Quizá sea por eso por lo que no ha marcado el parque con una estrellita. Puede que el cohete ya no esté antes de que las cintas hagan su recorrido por toda la lista.

Así que volvamos a mis sueños, que comenzaron el día que me esperaste a la puerta de clase. El día que supe que te gustaba.

Hannah se había quitado la camiseta y le había dejado a Justin tocarle el sujetador. Eso era. Eso era lo que decían que había pasado en el parque aquella noche.

Pero, espera. ¿Por qué iba a hacer ella algo así en medio del parque?

El sueño comienza cuando estoy en lo alto del cohete, agarrada al timón. Aún es un cohete de juguete, no uno de verdad, pero cada vez que giro el timón a la izquierda, los árboles del parque levantan las raíces y dan un paso hacia la izquierda. Cuando giro el timón hacia la derecha, dan un paso hacia la derecha.

Entonces escucho tu voz que me llama desde el suelo.

—¡Hannah! ¡Hannah! Deja de jugar con los árboles y ven a verme.

Así que dejo el timón y subo a la plataforma por el agujero. Pero cuando llego

a la siguiente plataforma, los pies me han crecido tanto que no caben por el agujero.

¿Pies grandes? ¿En serio? No sé mucho de análisis de sueños, pero quizá se estuviese preguntando si Justin la tendría grande.

Meto la cabeza entre las barras y grito:

—Tengo los pies muy grandes. ¿Sigues queriendo que baje?

—Me encantan los pies grandes —me gritas—. Baja por el tobogán y ven a verme. Yo te cogeré.

Así que me siento en el tobogán y empujo. Pero la resistencia del viento contra mis pies me hace ir muy despacio. Durante el tiempo que tardo en alcanzar el final del tobogán, me he dado cuenta de que tus pies son tremendamente pequeños. Que casi no existen.

¡Lo sabía!

Caminas hacia el final del tobogán con los brazos abiertos, preparado para cogerme. ¿Y a que no te lo imaginas? Cuando salto, mis pies enormes no pisan tus pies diminutos.

—¿Lo ves? Estamos hechos el uno para el otro —dices. Después te inclinas para besarme. Tus labios se acercan... se acercan... y... me despierto.

Cada noche durante una semana me desperté exactamente en el mismo instante, a punto de ser besada. Pero ahora, Justin, por fin me iba a encontrar contigo. En aquel parque. Al final de aquel tobogán. Y mierda, ibas a besarme hasta que no pudieses más, te gustase o no.

Hannah, si le devolviste el beso entonces igual que lo hiciste en la fiesta, créeme, le gustó.

Te dije que nos encontraríamos allí en quince minutos. Por supuesto, solo lo dije para asegurarme de que yo llegaría allí antes que tú. Cuando tú entrases en el parque quería estar dentro del cohete y en la parte más alta, exactamente igual que en mis sueños. Y así fue como ocurrió... excepto lo de los árboles que bailaban y los pies cambiantes.

Desde lo alto del cohete, te vi llegar por el extremo más alejado del parque. Mirabas el reloj cada pocos pasos y caminaste hacia el tobogán, mirando para todos los lados menos para arriba.

Así que me puse a darle vueltas al timón con tanta fuerza como pude para hacer que traquetease.

Diste un paso atrás, levantaste la vista y me llamaste por mi nombre. Pero no

te preocupes, incluso aunque yo quisiese vivir mi sueño, no esperaba que te supieses todo el guion y me dijese que dejase de jugar con los árboles y bajase.

—Ahora mismo bajo —dije.

Pero me dijiste que me detuviese. Que subirías hasta donde estaba yo.

Así que volví a gritar:

—¡No! Déjame bajar por el tobogán.

Y entonces repetiste aquellas palabras mágicas, como en el sueño:

—Yo te cogeré.

Sin duda supera con creces mi primer beso. Séptimo curso, Andrea Williams, detrás del gimnasio al salir de la escuela. Vino hasta mi mesa a la hora de comer, me susurró la proposición al oído y estuve empalmado el resto del día.

Cuando el beso se terminó, tres segundos de brillo de labios con sabor a fresa más tarde, ella se volvió y salió corriendo. Eché un vistazo alrededor del gimnasio y vi cómo dos de sus amigas le daban un billete de cinco dólares cada una. ¡No me lo podía creer! Mis labios eran una apuesta de diez dólares.

¿Era algo bueno o algo malo? Seguramente malo, decidí.

Pero desde entonces me encanta el brillo de labios con sabor a fresa.

No pude evitar sonreír mientras bajaba por la escalera más alta. Me senté sobre el tobogán, con el corazón a mil. Así sería. Todas mis amigas allá en mi antiguo hogar habían dado sus primeros besos en medio de la escuela. El mío me estaba esperando al final del tobogán, exactamente tal y como yo lo había deseado. Lo único que tenía que hacer era impulsarme.

Y lo hice.

Sé que no pasó exactamente así, pero cuando miro atrás veo todo a cámara lenta. El impulso. El tobogán. Mi pelo ondeando detrás de mí. Tú levantando los brazos para cogerme. Yo levantando los míos para que pudieses hacerlo.

*¿Cuándo decidiste besarme, Justin? ¿Fue durante el paseo hasta el parque?
¿O simplemente ocurrió cuando me deslicé entre tus brazos?*

Vale, ¿quién de los presentes quiere saber lo primero que pensé durante mi primer beso? Aquí está: alguien ha comido perrito caliente con chili.

Esa ha sido buena, Justin.

Lo siento. No estuvo tan mal, pero fue lo primero que pensé.

Cualquier día comeré brillo de labios con sabor a fresa.

Estaba muy preocupada por qué tipo de beso sería (mis amigas de mi antigua

ciudad me habían descrito muchos tipos) y resultó ser de los bonitos. No me metiste la lengua hasta la garganta. No me agarraste el culo. Simplemente juntamos nuestros labios... y nos besamos.

Y ya está.

Espera. Para. No rebobines. No hace falta volver atrás porque no te has perdido nada. Deja que repita. Eso... es... todo... lo... que... ocurrió.

¿Qué pasa, que has escuchado alguna cosa diferente?

Un escalofrío me recorre la médula espinal.

Sí, lo había escuchado. Todos lo habíamos escuchado.

Bueno, pues tienes razón. Ocurrió algo. Justin me cogió de la mano, caminamos hasta los columpios y nos columpíamos. Después me volvió a besar de la misma forma.

¿Y después? ¿Qué ocurrió después, Hannah?

Después... nos fuimos. Él se marchó por un lado. Yo, por otro.

Oh. Lo siento mucho. Querías algo más sensual, ¿verdad? Querías escuchar cómo mis deditos traviosos comenzaron a jugar con su cremallera. Querías escuchar...

Bueno, ¿qué es lo que querías escuchar? Porque yo he oído tantas historias que ya no sé cuál es la más popular. Pero sé cuál es la menos popular.

La verdad.

Ahora, la verdad es la que no olvidarás.

Todavía puedo ver a Justin en medio de un corrillo con sus amigos en el instituto. Recuerdo que Hannah pasó por allí, y que todo el grupo dejó de hablar. Le esquivaron la mirada. Y cuando pasó, se echaron a reír.

Pero ¿por qué recuerdo esto?

Porque yo quise hablar con Hannah muchas veces después de la fiesta de despedida de Kat, pero era demasiado tímido. Tenía demasiado miedo. Al mirar a Justin y a sus amigos aquel día, tuve la sensación de que había más cosas de ella de las que yo sabía.

Después había escuchado lo de que se había dejado toquetear en el tobogán-cohete. Y al ser nueva en la escuela los rumores ensombrecían cualquier otra cosa que yo supiese de ella.

Hannah va por delante de mí, me imaginaba. Tiene demasiada experiencia para tan siquiera pensar en mí.

Así que gracias, Justin. Sinceramente. Mi primer beso fue maravilloso. Y durante el mes o así que duramos, y en todos los lugares a los que fuimos, los

besos fueron maravillosos. Tú eras maravilloso.

Pero entonces comenzaste a fanfarronear.

Pasó una semana y no me enteré de nada. Pero al final, como siempre ocurre, me llegaron los rumores. Y todo el mundo sabe que no se puede desmentir un rumor.

Lo sé. Sé lo que estás pensando. Mientras contaba la historia, yo misma pensaba así. ¿Un beso?

¿Un rumor basado en un beso te ha empujado a hacerte eso?

No. Un rumor basado en un beso arruinó un recuerdo que deseaba que fuese especial. Un rumor basado en un beso hizo que comenzase una reputación que los demás se creían y actuaban en consecuencia. Y, a veces, un rumor basado en un beso tiene el efecto de una bola de nieve.

Un rumor, basado en un beso, solo es el principio.

Dale la vuelta a la cinta para saber más.

Me acerco al radiocasete, preparado para apretar el botón de «Stop».

Y, Justin, cariño, quédate por aquí. No te vas a creer en dónde vuelve a aparecer tu nombre.

Coloco el dedo sobre el botón, mientras escucho el suave zumbido de los altavoces, el débil chirrido de los ejes que van pasando la cinta, mientras espero a que su voz vuelva.

Pero no vuelve. La historia ha acabado.



Cuando llego a casa de Tony, veo su Mustang aparcado junto a la acera delante de su casa. El capó está abierto y él y su padre están inclinados sobre el motor. Tony tiene en la mano una linternita mientras que su padre está tensando algo dentro del coche con una llave inglesa.

—¿Es que se ha roto —pregunto— o lo estáis haciendo para divertirlos?

Tony mira por encima del hombro y, cuando me ve, deja caer la linterna dentro del motor.

—Mierda.

Su padre se incorpora y se seca las manos grasientas en la parte delantera de su sucia camiseta.

—¿Estás de broma? Siempre es divertido. —Mira a Tony y le guiña un ojo—. Y es incluso más divertido cuando es algo serio.

Con el ceño fruncido, Tony busca la linterna.

—Papá, ¿te acuerdas de Clay?

—Claro —dice su padre—. Por supuesto. Me alegro de volver a verte. —No se acerca para darme la mano. Y al ver la cantidad de grasa de su camiseta, no me siento ofendido.

Pero está fingiendo. No se acuerda de mí.

—Oh —dice el padre—. Ya me acuerdo de ti. Te quedaste a cenar una vez, ¿verdad? Decías muchas veces «gracias» y «por favor».

Sonrío.

—Cuando te fuiste, la madre de Tony se pasó una semana persiguiéndonos para que fuésemos más educados.

¿Qué os voy a contar? A los padres les gusto.

—Sí, así es él —dice Tony. Coge un trapo para limpiarse las manos—. ¿Qué pasa, Clay?

Repito mentalmente sus palabras. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Bueno, ya que lo preguntas, pasa que hoy he recibido un montón de cintas por correo de una chica que se ha suicidado. Parece ser que yo tengo algo que ver con ello. No estoy seguro de qué, así que me preguntaba si me podrías prestar tu *walkman* para averiguarlo.

—Nada nuevo —digo.

Su padre pregunta si me importaría entrar en el coche y ponerlo en marcha.

—La llave está puesta.

Dejo la mochila sobre el asiento del copiloto y me colocó detrás del volante.

—Espera, ¡espera! —grita el padre—. Tony, alumbra por ahí.

Tony está de pie al lado del coche. Mirándome. Cuando nuestras miradas se cruzan, se enredan más y más y no consigo apartar los ojos. ¿Lo sabrá? ¿Sabrá lo de las cintas?

—Tony —repite el padre—. La luz.

Tony aparta la mirada y se inclina con la linterna. En el espacio que hay entre el salpicadero y el capó, su mirada se desliza adelante y atrás entre el motor y yo.

¿Y si él aparece en las cintas? ¿Y si su historia está justo antes que la mía? ¿Será él quien me las ha enviado?

Dios, me estoy desquiciando. Quizá no lo sepa. Quizá solo sea que parezco culpable o algo así y él se ha dado cuenta.

Mientras espero a que me den la señal para arrancar el coche, miro a mi alrededor. Detrás del asiento del copiloto, en el suelo, está el *walkman*. Está ahí mismo. El cable de los auriculares está enrollado con fuerza alrededor del reproductor. Pero ¿qué excusa le pongo? ¿Por qué lo necesito?

—Tony, ven, coge la llave inglesa y déjame coger a mí la linterna —dice el padre—. La estás moviendo mucho.

Intercambian linterna por llave inglesa y, en ese momento, agarro el *walkman*. Así, sin más. Sin pensarlo. El bolsillo intermedio de mi mochila está abierto, así que lo meto allí y cierro la cremallera.

—Vale, Clay —dice el padre—. Enciéndelo.

Giro la llave y el motor arranca.

A través del espacio que hay sobre el salpicadero, veo sonreír al padre. Sea lo que sea lo que haya hecho, está satisfecho.

—Un pequeño afinado para hacerlo cantar —dice, inclinado sobre el motor—. Ahora ya puedes apagarlo, Clay.

Tony baja el capó y lo cierra con un clic.

—Te veo dentro, papá.

El padre asiente, levanta una caja de herramientas metálica de la calle, recoge unos cuantos trapos grasientos y se dirige al garaje.

Me coloco la mochila sobre el hombro y salgo del coche.

—Gracias —me dice Tony—. Si no hubieras aparecido, seguramente nos habríamos pasado toda la noche aquí fuera.

Paso el brazo por la otra correa y me ajusto la mochila.

—Necesitaba salir de casa —digo—. Mi madre me estaba volviendo loco.

Tony mira hacia el garaje.

—Te entiendo perfectamente —dice—. Tengo que hacer los deberes y mi padre quiere seguir jugando bajo el capó.

La farola que tenemos sobre nosotros se enciende.

—Entonces, Clay —dice—. ¿A qué has venido?

Siento el peso del *walkman* dentro de la mochila.

—Pasaba por aquí y te he visto fuera. Solo quería saludar.

Me miró durante un rato demasiado largo, así que yo desvié la vista hacia el coche.

—Voy al Rosie, a ver quién anda por allá —dice—. ¿Te llevo?

—Gracias —digo—. Pero quiero caminar unas cuantas manzanas.

Se mete las manos en los bolsillos.

—¿Hacia dónde vas?

Dios, espero que no esté en la lista. Pero ¿y si está? ¿Y si ya ha escuchado las cintas y sabe exactamente qué estoy pensando ahora mismo? ¿Y si sabe exactamente a dónde me dirijo? O pero aún, ¿y si todavía no ha recibido las cintas pero las recibirá más adelante?

Si eso ocurre, recordará este momento. Recordará mis evasivas. Que no haya querido decirle nada ni advertirle.

—A ningún lado —digo. Yo también me meto las manos en los bolsillos—. Bueno, pues entonces supongo que nos vemos mañana.

No dice nada. Simplemente observa cómo me marchó. En algún momento espero que grite «¡Eh! ¿Dónde está mi *walkman*?», pero no lo hace. Es una retirada limpia.

Giro a la derecha en la siguiente esquina y continúo caminando. Escucho cómo se enciende el motor del coche y el crujido de la grava bajo las ruedas cuando el Mustang comienza a rodar. Después acelera, cruza la calle por detrás de mí, y sigue

su camino.

Me quito la mochila de los hombros y la dejo sobre la acera. Saco el *walkman*. Desato el cable y me coloco los auriculares de plástico amarillo en la cabeza, mientras empujo los minúsculos altavoces dentro de mis orejas. Dentro de la mochila están las primeras cuatro cintas, que son una o dos más de las que seguramente tenga tiempo de escuchar esta noche. He dejado el resto en casa.

Abro la cremallera del bolsillo más pequeño y saco la primera cinta. Después la meto en la pletina, por la cara B, y cierro la tapita de plástico.

Casete 1: Cara B



Hola de nuevo. Y gracias por continuar hasta la parte dos.

Meneo el *walkman* dentro del bolsillo de la chaqueta y le subo el volumen.

Si estás escuchando esto, puede ser por dos razones. A: Eres Justin y después de escuchar tu historietita quieres saber quién será el siguiente. B: Eres cualquier otra persona y estás esperando para ver si ahora te toca a ti.

Bueno...

Una línea de sudor frío comienza a brotarme en la raíz del cabello.

Alex Standall, es tu turno.

Una única gota de sudor se me desliza por la sien y me la seco.

Estoy segura de que no tienes ni idea de por qué estás aquí, Alex. Seguramente pienses que hiciste algo bueno, ¿a que sí? Me votaste como «Mejor culo de la clase de primero». ¿Cómo se iba a enfadar nadie por eso?

Pues escucha.

Me siento en el bordillo, con los zapatos en la cuneta. Cerca de mi talón hay unas cuantas briznas de hierba que han crecido entre el cemento. A pesar de que el sol apenas acaba de comenzar a esconderse entre los tejados y los árboles, ya hay farolas encendidas a ambos lados de la calle.

Primero, Alex, si crees que soy tonta, si crees que soy una niña boba que se pone a hacer pucheros por la más mínima tontería porque se lo toma todo demasiado a pecho, nadie te obliga a escuchar.

Claro que te estoy presionando con lo del segundo juego de cintas, pero ¿a quién le importa si la gente del pueblo sabe lo que pensabas de mi culo, no?

En las casas de esta manzana, y en mi casa a unas cuantas calles de aquí, las familias están terminando de cenar. O están cargando el lavavajillas. O comienzan a hacer los deberes.

Para esas familias, esta es una noche normal.

Puedo nombrar a toda una serie de personas a las que les importaría. Puedo nombrar a toda una serie de personas a las que les importaría mucho que

estas cintas saliesen a la luz.

Así que comencemos, ¿de acuerdo?

Me echo hacia adelante, me abrazo las piernas y apoyo la frente sobre las rodillas.

Recuerdo estar sentada durante la segunda clase la mañana en la que apareció tu lista. Era evidente que la señorita Strumm había pasado un fin de semana increíble, porque no tenía la clase preparada en absoluto.

Nos hizo mirar uno de sus famosos documentales aburridos. No recuerdo de qué trataba, pero el narrador tenía mucho acento británico. Y recuerdo que me dediqué a arrancar un trozo de celo que se había quedado pegado a mi mesa para evitar quedarme dormida. Para mí, la voz del narrador no era más que un sonido de fondo.

Bueno, la voz del narrador... y los murmullos.

Cuando levanté la vista, los murmullos cesaron. Todas las miradas posadas en mí se desviaron. Pero vi cómo el papel iba pasando por la clase. Una única hoja que se abría paso por los pasillos. Al final llegó al pupitre que estaba detrás del mío —el pupitre de Jimmy Long— que chirrió cuando él cambió el peso del cuerpo de un lado a otro.

Cualquiera de los que estabais en la clase aquella mañana puede confirmarlo: ¿a que Jimmy estaba echando una miradita furtiva por encima del respaldo de mi silla?, ¿a que sí? Eso fue lo que me imaginé cuando susurró: «Te aseguro que lo es».

Me agarré las rodillas con más fuerza. El burro de Jimmy.

Alguien susurró:

—Pedazo de burro.

Me volví, pero no estaba de humor para susurros.

—¿Me aseguras que es el qué?

Jimmy, que hacía lo que fuera por llamar la atención de cualquier chica, me dirigió una media sonrisa y bajó la vista hacia el papel que estaba sobre su pupitre. De nuevo llegó el susurro de «burro», que esta vez se repitió por toda la clase como si nadie quisiera que yo entrase en el juego.

La primera vez que yo vi aquella lista, que me habían dado en clase de Historia, en ella había unos cuantos nombres que no reconocí. Unas cuantas alumnas a las que todavía no conocía o de las que no estaba seguro de sus nombres. Pero el nombre de Hannah sí lo reconocí. Y me reí cuando lo vi. Se estaba creando una gran reputación en muy poco tiempo.

Pero ahora me doy cuenta de que su reputación comenzó en la imaginación de Justin Foley.

Ladeé la cabeza para poder leer el título boca abajo del papel: LA CLASE DE PRIMERO: LAS QUE ESTÁN BUENAS / LAS QUE NO.

El pupitre de Jimmy volvió a chirriar cuando él se sentó bien, y me di cuenta de que la señorita Strumm se acercaba, pero tenía que encontrar mi nombre. No me importaba la razón por la que estaba en la lista. En aquel momento, creo que ni tan siquiera me importaba en qué lado de la lista estuviera.

Pero el hecho de que todo el mundo esté de acuerdo en alguna cosa —alguna cosa que te concierne a ti— hace que las mariposas empiecen a revolotear en tu estómago. Y mientras la señorita Strumm se acercaba por el pasillo, preparada para llevarse la lista antes de que yo encontrase mi nombre, las mariposas se volvieron locas.

¿Dónde está mi nombre? ¿Dónde? ¡Ya lo veo!

Aquel mismo día, cuando me había cruzado con Hannah por el pasillo, había vuelto la cabeza cuando ella pasó por mi lado. Y tuve que estar de acuerdo. Sin duda, le tocaba estar en aquella categoría.

La señorita Strumm confiscó la lista y yo me volví para mirar hacia la parte delantera de la clase.

Unos minutos más tarde, tras reunir el valor necesario para mirar, le eché un vistazo al otro lado de la clase. Tal y como esperaba, Jessica Davis tenía cara de fastidiada.

¿Por qué? Porque justo al lado de mi nombre, pero en la otra columna, estaba el suyo.

Golpeaba el cuaderno con el lápiz a velocidad de código Morse y tenía la cara completamente roja.

¿Qué fue lo único que pensé? Gracias a Dios que no sé código Morse.

La verdad es que Jessica Davis es muchísimo más guapa que yo. Si haces una lista de todas las partes del cuerpo, tendrás una fila de cruces que llegue hasta abajo por cada vez que su cuerpo supera al mío.

No estoy de acuerdo, Hannah. Para nada.

Todo el mundo sabía que el «Peor culo de la clase de primero» era una patraña. Ni tan siquiera se puede decir que se acercase a la verdad. Pero estoy segura de que a nadie le importaba por qué Jessica había acabado en aquel lado de tu lista, Alex.

Bueno, a nadie excepto a ti... y a mí... y a Jessica. Eso son tres personas.

Y muchas más que esas, deduzco, están a punto de averiguarlo.

Quizá algunas personas pensasen que tenías razón al elegirme. Yo no lo creo. Pero déjame que lo diga así, yo no creo que mi culo —tal y como lo dijiste tú— fuese el factor decisivo. Yo creo que el factor decisivo... fue la venganza.

Arranco las briznas de hierba que salen de la alcantarilla y me levanto para marcharme. Cuando comienzo a caminar, me froto las briznas que se me han quedado en las manos hasta que caen.

Pero esta cinta no trata de tu motivación, Alex. A pesar de que eso también acabará saliendo. Esta cinta trata de cómo la gente cambia cuando ven su nombre en una lista tonta. Esta cinta trata de...

Una pausa en su discurso. Meto la mano en la chaqueta y subo el volumen. Está desdoblado un trozo de papel. Alisándolo.

Vale. Solo estaba mirando cada nombre —cada historia— que aparece en estas cintas. Y adivina el qué. Todos y cada uno de los acontecimientos aquí documentados quizá no habrían ocurrido nunca si tú, Alex, no hubieras escrito mi nombre en aquella lista. Así de sencillo.

Necesitabas un nombre para escribir en el lado contrario al de Jessica. Y ya que todo el instituto tenía una imagen pervertida de mí después del numerito de Justin, era la opción perfecta, ¿a que sí?

Y la bola de nieve continuó rodando. Gracias, Justin.

La lista de Alex era una broma. Una broma pesada, cierto. Pero él no tenía ni idea de que le afectaría así. No es justo.

¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué hice yo? ¿Cómo dirá Hannah que la marqué? Porque no tengo ni idea. Y después de que la gente lo escuche, ¿qué van a pensar cuando me vean? Algunos de ellos, por lo menos dos, ya saben por qué estoy aquí. ¿Me verán de una forma diferente ahora?

No. No pueden. Porque mi nombre no debería estar con los suyos. Yo no debería estar en esta lista y estoy seguro de ello.

¡Yo no hice nada malo!

Así que, volviendo un poco al pasado, esta cinta no trata de por qué hiciste lo que hiciste, Alex.

Trata de las repercusiones que tuvo lo que hiciste. Más en concreto, trata de las repercusiones que lo que hiciste tuvo sobre mí. Trata de esas cosas que no planeaste... cosas que no podías planear.

Dios. No me lo puedo creer.



La primera estrellita roja. La antigua casa de Hannah. Aquí está.

Pero no me lo creo.

Esta casa ya había sido mi destino en otra ocasión. Después de una fiesta. Ahora vive en ella una pareja de ancianos. Y una noche, hace más o menos un mes, el marido iba conduciendo, a unas manzanas de aquí, y mientras hablaba por teléfono con su esposa chocó con otro coche.

Cierro los ojos y niego con la cabeza ante aquel recuerdo. No quería verlo. Pero no pude evitarlo. El hombre estaba histérico. Lloraba. «¡Tengo que llamarla! ¡Tengo que llamar a mi mujer!». Su teléfono había desaparecido en el accidente. Habíamos intentado utilizar el mío para llamarla, pero el teléfono de su esposa no paraba de comunicar. Estaba confundida, demasiado asustada para colgar. Quería continuar en línea, la línea por la que la había llamado su marido.

Tiene el corazón débil, dijo él. Necesitaba saber que él estaba bien.

Llamé a la policía con mi teléfono, y le dije al hombre que continuaría intentando ponerme en contacto con su esposa. Pero me dijo que tenía que decírselo. Ella tenía que saber que él estaba bien. Su casa no estaba lejos.

Un pequeño enjambre de gente se había reunido allí, algunos se ocupaban de la persona que iba en el otro coche. Era de nuestro instituto. Un chico del último curso. Y estaba bastante peor que el viejecito.

Les grité a algunos que esperasen con el tipo hasta que llegase la ambulancia. Después me marché, corría hacia su casa para tranquilizar a la esposa. Pero no sabía que también estaba corriendo en dirección a la casa en la que una vez había vivido Hannah.

Esta casa.

Pero esta vez voy caminando. Como Justin y Zach, bajo caminando por el medio de la carretera hacia East Floral Canyon, en donde se unen dos calles formando una T invertida, exactamente igual que la ha descrito Hannah.

Las cortinas de la ventana delantera están cerradas porque es de noche. Pero el verano anterior a nuestro primer año de instituto, Hannah estaba ahí con Kat. Las dos miraban afuera, hacia donde estoy yo ahora, y miraban a los dos chicos que subían por la calle. Miraban cómo abandonaban la calle y se metían por el césped mojado, resbalaban y tropezaban el uno con el otro.

Continúo caminando hasta que llego a la cuneta, y entonces aprieto la punta de los pies contra el bordillo. Doy un paso hacia el césped y me quedo allí de pie. Un paso sencillo, básico. No resbalo, y no puedo evitar preguntarme qué habría pasado si Justin y Zach hubieran llegado hasta la puerta de la casa de Hannah. ¿Se habría enamorado ella de Zach en lugar de Justin unos meses más tarde? ¿Se habría eliminado a Justin del cuadro? ¿Nunca habrían comenzado los rumores?

¿Estaría Hannah todavía viva?



El día que apareció tu lista no fue demasiado traumático. Sobreviví. Sabía que era una broma. Y la gente que vi por los pasillos, arremolinada alrededor de quien tuviese una copia, también sabía que era una broma. Una enorme broma gorda y divertida.

Pero ¿qué pasa cuando alguien dice que tienes el mejor culo de primero? Pues mira, Alex, no te lo creerás, pero resulta que eso invita a que algunos te traten como si no fueses nada más que esa parte concreta de tu cuerpo.

¿Quieres que te dé un ejemplo? Bien. B-3 en vuestros mapas. Blue Spot Liquor. Está cerca.

No tengo ni idea de por qué lo llaman así, pero está solo a una manzana de mi primera casa. Solía pasarme por allí siempre que tenía ganas de una golosina. Lo cual quiere decir, sí, que iba allí cada día.

El Blue Spot siempre me había parecido mugriento desde la calle, así que nunca había entrado.

El noventa y nueve por ciento de las veces, el Blue Spot estaba vacío. Solo estábamos el hombre de detrás de la caja registradora y yo.

No creo que mucha gente sepa ni tan solo que está ahí, porque es pequeñito y está encajado entre otras dos tiendas. Tanto la una como la otra han cerrado desde que nos mudamos aquí. Desde la calle, el Blue Spot parece una especie de tablón de anuncios de tabaco y alcohol. ¿Y dentro? Bueno, tiene más o menos la misma pinta.

Camino por la acera delante de la antigua casa de Hannah. Un caminito de entrada sube por una ligera pendiente antes de desaparecer detrás de una puerta de garaje de madera curtida por el mal tiempo.

Colgada delante del mostrador hay una estantería metálica en la que están las mejores chucherías.

Bueno, mis favoritas. Y en el momento en el que abro la puerta, el hombre de la caja registradora la hace sonar con un «ta-chín». Incluso antes de que coja una barrita de caramelo, porque sabe que nunca me voy sin una.

Una vez alguien dijo que el hombre que está tras el mostrador tenía cara de avellana. ¡Y es cierto!

Seguramente sea de tanto fumar, pero llamarte Wally^[2] no creo que ayude.

Desde que había llegado, Hannah venía al instituto en un a bicicleta azul. Casi la puedo ver ahora. Justo aquí. Con la mochila puesta, bajando por el caminito. La miro bajar un buen trozo de acera, pasando de largo al lado de los árboles, los coches aparcados y las casas. Continúo allí de pie hasta que veo desaparecer su imagen.

De nuevo.

Después me doy la vuelta lentamente y me marchó.

Sinceramente, creo que nunca escuché a Wally murmurar ni una sola palabra en Blue Spot. Intento recordar un simple «hola» o «¿qué tal?», o incluso un gruñido amistoso. Pero el único sonido que le escuché murmurar alguna vez fue por tu culpa, Alex.

Menudo amigo.

¡Alex! Eso es. Ayer alguien le empujó por el pasillo. Alguien empujó a Alex contra mí. Pero ¿quién era?

Aquel día, como siempre, la campanita sonó sobre la puerta cuando entré. ¡Tachín!, hizo también la máquina registradora. Cogí una barrita de caramelo de la estantería que estaba ante el mostrador, pero no puedo decirlos cuál porque no lo recuerdo.

Agarré a Alex para evitar que se cayese. Le pregunté si estaba bien, pero me ignoró, recogió la mochila y salió corriendo por el pasillo. Me pregunté si habría hecho algo que le hubiese molestado pero no se me ocurría nada.

Si quisiera, os podría decir el nombre de la persona que entró mientras yo buscaba el dinero en mi mochila. Lo recuerdo. Pero era uno de los muchos capullos con los que me he ido encontrando a lo largo de los años.

No sé, quizá debería descubrirlos a todos. Pero en lo que respecta a tu historia, Alex, su acción —su horrible y asquerosa acción— solo fue una consecuencia de la tuya.

Y además, tiene una cinta enterita dedicada a él...

Hago una mueca. ¿Qué ocurrió en la tienda por culpa de la lista de Alex?

No, no quiero saberlo. Y no quiero ver a Alex. Ni mañana, ni pasado mañana. No quiero verles ni a él ni a Justin. Ni al burro culo-gordo de Jimmy. Dios, ¿quién más estará metido en esto?

Abrió la puerta del Blue Spot.

—¡Hola, Wally! —dijo. Y lo dijo con una arrogancia que sonaba natural saliendo de su boca. Estoy segura de que no era la primera vez que lo saludaba así, como si Wally estuviese por debajo de él—. Oh, Hannah, hola —dijo—. No te había visto.

¿He dicho ya que estaba delante del mostrador, visible para cualquiera desde el momento que abriese la puerta?

Lo saludé con una minisonrisa, y dejé caer el dinero sobre la mano arrugada de Wally. Wally, por lo que pude ver, no le respondió de ninguna manera. Ni le miró, ni hizo una mueca, ni le sonrió (como solía saludarme a mí).

Sigo la acera doblando una esquina, alejándome de las calles residenciales, de camino al Blue Spot.

Es increíble cómo una ciudad puede cambiar tanto con solo doblar una esquina. Las casas que tenía detrás de mí no eran grandes ni lujosas. Eran de clase media. Pero estaban tocando a una parte de la ciudad que lleva años derrumbándose lentamente.

—Eh, Wally, ¿a que no adivinas qué ha pasado? —Sentía su aliento justo de encima de mi hombro.

Mi mochila estaba sobre el mostrador mientras cerraba la cremallera. Los ojos de Wally miraron hacia abajo, justo hacia el extremo del mostrador, cerca de mi cintura, y supe lo que ocurriría después.

Una mano me dio una palmada en el culo. Y después, lo dijo.

—El mejor culo de la clase de primero, Wally. ¡Y lo tienes justo delante de ti, en tu tienda!

Me puedo imaginar a más de un tío haciendo eso. El sarcasmo. La arrogancia.

¿Me dolió? No. Pero eso no importa, ¿verdad? Porque la cuestión es: ¿tenía derecho a hacerlo? Y la respuesta, espero, es evidente.

Lo aparté de un golpe con el rápido gesto de la mano que cualquier chica debe dominar. Y entonces fue cuando Wally salió de su caparazón. Entonces fue cuando Wally emitió un sonido. Su boca permaneció cerrada, y aquello no fue más que un rápido chasqueo de lengua, pero aquel ruidito me pilló por sorpresa. Sabía que, por dentro, Wally hervía de indignación.

Y ahí está. El cartel de neón del Blue Spot Liquor.



En esta manzana solo quedan dos tiendas abiertas: el Blue Spot Liquor y el videoclub 24 horas al otro lado de la calle. El Blue Spot tiene el mismo aspecto mugriento que la última vez que pasé por aquí.

Incluso los anuncios de tabaco y alcohol parecen los mismos. Como si fueran un empapelado que cubre el escaparate.

Una campanita de latón tintinea cuando abro la puerta. La misma campanita que Hannah escuchaba siempre que venía a buscar chucherías. En lugar de dejar que se

cierre sola detrás de mí, aguanto la puerta y la cierro empujando con cuidado, mirando cómo vuelve a hacer sonar la campanita.

—¿En qué te puedo ayudar?

Sin necesidad de mirar, ya sé que no es Wally.

¿Pero por qué me molesta? No he venido a ver a Wally.

Vuelve a preguntar, un poco más alto.

—¿En qué te puedo ayudar?

No consigo mirar hacia el mostrador que tengo delante. Todavía no. No quiero imaginármela de pie ahí mismo.

En la parte trasera de la tienda, detrás de unas puertas transparentes, están las bebidas frías. Y aunque no tengo sed, me dirijo hacia allí. Abro una de las puertas y saco un refresco de naranja, la primera botella de plástico que toco. Después me dirijo hacia la parte delantera de la tienda y saco la cartera.

Una estantería metálica llena de barritas de caramelo cuelga del mostrador. Estas eran las que le gustaban a Hannah.

Mi ojo izquierdo comienza a palpitar.

—¿Algo más? —me pregunta.

Dejo el refresco sobre el mostrador y bajo la vista mientras me froto el ojo. El dolor comienza en algún lugar sobre el ojo, pero es más profundo. Detrás de la ceja. Una punzada que nunca había sentido.

—Tienes más detrás de ti —dice el dependiente. Debe de pensar que estoy mirando los caramelos.

Cojo una chocolatina de la estantería y la dejo al lado de la bebida. Pongo unos cuantos dólares sobre el mostrador y se los acerco.

¡Ta-chín!

Me devuelve un par de monedas y veo una etiqueta de plástico con el nombre pegada a la caja registradora.

—¿Todavía trabaja aquí? —pregunto.

—¿Wally? —el dependiente resopla por la nariz—. Hace el turno de día.

Cuando salgo, la campanita tintinea.



Me coloqué la mochila al hombro y seguramente susurré «perdón», pero cuando pasé a su lado, evitó mi mirada a propósito.

Tenía la puerta delante, estaba preparada para salir, cuando él me agarró por la muñeca y me dio la vuelta.

Dijo mi nombre, y cuando lo miré a los ojos la broma había acabado.

Di un tirón con el brazo, pero me agarraba con fuerza.

Al otro lado de la calle, el cartel de neón del videoclub 24 horas parpadea con irregularidad.

Ahora ya sé de quién está hablando Hannah. Ya he visto esos tirones de muñeca. Siempre me dan ganas de agarrarlo por la camisa y empujarlo hasta que suelte a la chica.

Pero en vez de eso, cada vez que lo veo finjo no darme cuenta.

De todas formas, ¿qué podría hacer yo?

Entonces el capullo me suelta y me pone la mano en el hombro.

—Solo estaba jugando, Hannah, relájate.

Vale, analicemos lo que acaba de pasar. Pensé en ello durante todo el camino a casa desde el Blue Spot, y quizá esa sea seguramente la razón por la que no recuerdo qué chocolatina me había comprado ese día.

Me siento sobre el bordillo descascarillado fuera del Blue Spot, dejo el refresco de naranja a mi lado y me coloco la chocolatina en equilibrio sobre la rodilla. No tengo ganas de comer nada dulce.

Entonces, ¿por qué la he comprado? ¿Solo porque Hannah solía comprar chucherías de esa misma estantería? ¿Y eso qué importa? He ido a la primera estrellita roja. Y a la segunda. No tengo que ir a todos los sitios ni hacer todo lo que ella diga.

Primero sus palabras; después sus acciones.

Declaración número uno: «solo estaba jugando, Hannah».

Le doy un golpecito a un extremo de la barrita de chocolate y caramelo, haciendo que se balancee sobre mi rodilla.

Declaración número dos: «relájate».

Traducción: venga ya, Hannah, lo único que he hecho ha sido tocarte sin tener ningún indicio de que tú quisieras que te tocara. Si eso hace que te sientas mejor, venga, adelante, me puedes tocar donde tú quieras.

Y ahora hablemos de sus acciones, ¿vale?

Acción número uno: agarrarme el culo.

Interpretación: déjame volver atrás y decir que aquel tío nunca me había tocado el culo antes. ¿Y por qué lo había hecho ahora? Mis pantalones no tenían nada de especial. No eran demasiado ajustados. Vale, tenían la cintura bastante baja y seguramente se me veía un poco la cadera, pero no me tocó las caderas. Me tocó el culo.

Comienzo a comprenderlo. Comienzo a ver qué quiere decir Hannah. Y se me forma un nudo en la boca del estómago.

Los mejores labios. Otra de las categorías de la lista.

Alex, ¿estoy diciendo que tu lista le dio permiso para tocarme el culo? No. Estoy diciendo que le dio una excusa. Y una excusa era lo único que necesitaba aquel tío.

Hasta que salió la lista ni tan siquiera me había fijado en los labios de Ángela Romero. Pero después de aquello, me fascinaban. Cuando escuchaba sus exposiciones en clase, era incapaz de concentrarme en las palabras que salían de su boca. Simplemente miraba cómo aquellos labios se movían arriba y abajo.

Me quedaba hipnotizado cuando ella decía cosas como «separar partes», que, entre los labios, dejaban al descubierto la parte de abajo de su lengua.

Acción número dos: me cogió por la muñeca y después me puso la mano en el hombro.

Mirad, ni tan siquiera voy a interpretar esto. Solo os voy a explicar por qué me fastidió. Ya me habían tocado el culo antes —no pasa nada—, pero esta vez me lo habían tocado porque alguien había escrito mi nombre en una lista. Y cuando aquel tío vio que me había enfadado, ¿se disculpó? No.

En vez de eso, se puso agresivo. Y entonces, de la forma más prepotente, me dijo que me relajase.

Después me puso la mano en el hombro, como si al tocarme me consolase de alguna forma.

Un consejo. Si tocas a una chica, aunque sea de broma, y ella te aparta, déjala... en... paz. No la toques, ¡en ningún sitio! Simplemente, para. Tocándola no conseguirás nada más que darle asco.

El resto de Ángela no era ni de lejos tan hipnotizador como sus labios. No estaba mal, solo que no era hipnotizador.

El verano pasado, en casa de un amigo, habíamos estado jugando al juego de la botella, después de que unos cuantos de nosotros hubiéramos admitido que nunca antes habíamos jugado. Y no había querido dejar que acabase el juego hasta que mi botella se paró en Ángela. O hasta que la de ella se paró en mí.

Cuando ocurrió aquello, había apretado mis labios, con una precisión lenta y agónica, contra los suyos.

Por ahí hay personas enfermas y retorcidas, Alex —y quizá yo sea una de ellas—, pero el caso es que, cuando dejas a la gente en ridículo, tienes que responsabilizarte de lo que hacen los demás a causa de eso.

Más tarde, Ángela y yo habíamos continuado en el porche trasero de su casa. Yo quería disfrutar más de sus labios.

Y todo por culpa de la lista.

La verdad es que no es del todo correcto. No me dejaste en ridículo a mí, ¿verdad? Mi nombre estaba en la columna de las que están buenas. Escribiste el nombre de Jessica en la de las feas.

Dejaste a Jessica en ridículo. Y ahí es cuando la bola de nieve se hizo grande. Jessica, querida... tú eres la siguiente.



Abro el *walkman* y saco la primera cinta.

Encuentro la siguiente cinta en el bolsillo más pequeño de mi mochila. La que tiene un número tres escrito en una esquina. La meto en la pletina y la cierro de golpe.

Casete 2: Cara A

Antes de que aparezca la voz de Hannah hay una pausa.

Paso a paso. Así es como lo haremos. Con un pie delante del otro.

Al otro lado de la calle, detrás de los edificios, el sol continúa cayendo. Todas las farolas están encendidas, en la parte de arriba y en la de abajo de la calle. Cojo la chocolatina que tengo sobre la rodilla y el refresco que está a mi lado y me pongo en pie.

Ya hemos acabado una cinta —por las dos caras—, así que quedaos conmigo. Las cosas se pondrán mejor, o peor, según vuestro punto de vista.

Cerca de la puerta del Blue Spot Liquor hay un contenedor de basura, un barril de gasolina pintado de azul con *spray*. Tiro dentro la chocolatina todavía sin abrir, incapaz de imaginar mi estómago con algo sólido dentro, y me voy.

Sé que puede parecerlo, pero no estaba completamente sola al comienzo de mi primer año de instituto. Había otros dos estudiantes, y los dos aparecen aquí en los Grandes Éxitos de Hannah Baker, que también eran nuevos. Alex Standall y Jessica Davis. Y aunque nunca nos hicimos grandes amigos, durante las primeras semanas de escuela realmente confiábamos los unos en los otros.

Desenrosco el tapón de mi refresco de naranja. Este emite un silbido y le pego un trago.

Cuando solo quedaba una semana de vacaciones de verano, la señorita Antilly me llamó a casa para ver si podía reunirme con ella en el instituto. Una pequeña sesión de orientación para estudiantes nuevos, dijo.

Por si no la recordáis, la señorita Antilly era la orientadora de los estudiantes con apellidos de la A a la G. Aquel mismo año se cambió a otra escuela del distrito.

Recuerdo que la sustituyó el señor Porter. Se suponía que debía de ser un puesto temporal, pero continúa en él. Profesor de Inglés y orientador.

Lo cual acabó siendo funesto, pero eso lo dejo para otra cinta posterior.

Un sudor helado brota en mi frente. ¿El señor Porter? ¿Es que tiene algo que ver con esto?

El mundo a mi alrededor empieza a dar vueltas. Me agarro al tronco de un fino arbolito de la acera.

Si me hubiera dicho que el propósito real de nuestro encuentro era presentarme a otra alumna nueva, no habría ido. ¿Qué pasaría si no teníamos nada en común? ¿Y si yo creía que no teníamos nada en común pero la otra chica creía que sí? ¿Y si ocurría lo contrario y yo pensaba que nos podíamos hacer amigas pero ella no?

Había tantas cosas que podrían haber salido terriblemente mal.

Presiono la frente contra la corteza suave e intento que mi respiración se calme.

Pero la otra chica era Jessica Davis, y a ella no le apetecía estar allí más de lo que me apetecía a mí.

Las dos esperábamos que la señorita Antilly nos diese una gran charla llena de palabrería psicológica. Lo que significa —lo que conlleva— ser una gran estudiante. Que en este instituto están los mejores y los más brillantes del estado. Que a todo el mundo se le dan las mismas oportunidades siempre y cuando quiera intentarlo.

Pero en vez de eso, nos dio una coleguita.

Cierro los ojos. No quiero verlo, pero aparece demasiado claro. Cuando los rumores sobre la ausencia inexplicada de Hannah comenzaron a extenderse por la escuela, el señor Porter preguntó en nuestra clase por qué no paraba de escuchar su nombre por los pasillos. Parecía nervioso, casi mareado. Como si supiese la respuesta pero quisiera que alguien le convenciese de lo contrario.

Entonces una chica susurró:

—Alguien vio una ambulancia salir de su casa.

En el momento en el que la señorita Antilly nos dijo por qué estábamos allí, Jessica y yo nos miramos. Ella tenía los labios separados como si fuese a decir algo. Pero ¿qué iba a decir si me tenía sentada allí delante? Se sentía como si la hubiesen pillado desprevenida. Confundida. Engañada.

Sé que se sentía así porque yo me sentía igual.

Y nunca olvidaré la reacción de la señorita Antilly. Dos palabras breves a las que les costó salir:

«O... no».

Aprieto bien los ojos, intentando con todas mis fuerzas recordar aquel día con la mayor claridad posible.

¿Era dolor lo que se reflejaba en el rostro del señor Porter? ¿O era miedo? Se limitó a quedarse allí de pie, mirando el pupitre de Hannah. A través del pupitre. Y nadie dijo nada, pero miramos a nuestro alrededor. Nos miramos unos a otros.

Y entonces se marchó. El señor Porter salió de la clase y no volvió hasta al cabo de una semana.

¿Por qué? ¿Lo sabía? ¿Lo sabía por alguna cosa que había hecho?

Y aquí, la mejor parte de mi recuerdo, está lo que dijimos:

Yo: Lo siento, señorita Antilly, solo es que no pensaba que fuese por esto por lo que me había llamado.

Jessica: Yo tampoco. No hubiera venido. Vaya, que estoy segura de que Hillary y yo tenemos cosas en común, y estoy segura de que es una gran persona, pero...

Yo: Me llamo Hannah.

Jessica: Te he llamado Hillary, ¿verdad? Lo siento.

Yo: No pasa nada. Pero deberías aprenderte mi nombre si vamos a ser tan buenas amigas.

Y entonces las tres nos echamos a reír. Jessica y yo teníamos una risa muy parecida, lo que nos hizo reír todavía más. La risa de la señorita Antilly no era tan sentida... más bien era una risa nerviosa... pero aun así, era una risa. Nos confesó que no había intentado hacer amigas a dos personas antes, y que dudaba que lo volviese a hacer nunca.

Pero después del encuentro, Jessica y yo nos quedamos un rato juntas.

Muy astuta, señorita Antilly. Muy, pero que muy astuta.

Salimos del instituto y, al principio, la conversación era torpe. Pero estaba bien tener a alguien con quien hablar que no fuesen mis padres.

Un autobús urbano se para al lado del bordillo, delante de mí. Es plateado con rayas azules.

Nos pasamos el cruce que tenía que tomar yo, pero no dije nada. No quería detener nuestra conversación, pero tampoco quería invitarla a casa porque en realidad todavía no nos conocíamos.

Así que seguimos caminando hasta llegar al centro de la ciudad. Más tarde supe que ella había hecho lo mismo, había pasado de largo la calle en la que vivía para seguir hablando conmigo.

¿Y a dónde fuimos? E-7 en vuestros mapas. La cafetería El jardín de Monet.

Las puertas del autobús resuellan al abrirse.

Ninguna de las dos tomaba café, pero parecía un lugar bonito para charlar.

A través de las ventanas empañadas veo que casi todos los asientos están vacíos.

Las dos tomamos un chocolate caliente. Ella lo pidió pensando que sería divertido. ¿Y yo? Yo siempre pido chocolate caliente.

Nunca me he subido a un autobús urbano. Nunca he tenido ningún motivo para hacerlo. Pero cada vez está más oscuro y hace más frío.



Por la noche no se paga el autobús, así que me subo en él. Paso al lado de la conductora sin que ninguno de los dos digamos ni una palabra. Ni tan siquiera me mira.

Continúo por el pasillo central, mientras me abrocho el abrigo para protegerme del frío y le presto a cada botón más atención de la que sería necesaria. Cualquier excusa es válida para esquivar con la mirada a los demás pasajeros. Sé la cara que debo de tener para ellos. Confundido. Culpable. En proceso de ser aplastado.

Elijo un asiento que, mientras no se suba nadie más, está rodeado por tres o cuatro asientos libres. El cojín de vinilo azul está rasgado en el medio, y el relleno amarillo está a punto de salirse. Me acerco a la ventana.

El cristal está frío, pero apoyar la cabeza contra él me ayuda a relajarme.



Sinceramente, no recuerdo mucho de lo que nos dijimos aquella tarde. ¿Y tú, Jessica? Porque cuando cierro los ojos, todo ocurre en una especie de montaje. Reímos. Intentamos no derramar las bebidas.

Movemos las manos en el aire mientras hablamos.

Cierro los ojos. El cristal enfría un lado de mi cara que está excesivamente caliente. No me importa a dónde vaya el autobús. Me pasaré horas en él si me lo permiten. Me quedaré aquí sentado y escucharé las cintas. Y quizá, sin intentarlo, me quede dormido.

Entonces, en un determinado momento, te inclinaste sobre la mesa.

—Creo que ese tío te está mirando —susurraste.

Sabía exactamente de quién hablabas porque yo también le había estado mirando. Pero él no estaba mirándome a mí.

—Te está mirando a ti —dije.

En un concurso de «quién las tiene más grandes», todos los que estáis escuchando deberíais saber que es Jessica la que gana.

—Perdón —le dijo a Alex, por si no os habéis imaginado el nombre del hombre misterioso—, pero ¿a cuál de las dos estás mirando?

Y unos meses más tarde, después de que Hannah y Justin Foley rompiesen, después de que comenzasen los rumores, Alex hace una lista. Las que están buenas.

Las que son feas. Pero allí, en el Monet, nadie sabía a donde llevaría aquel encuentro. Quiero darle al botón de «Stop» del *walkman* y rebobinar toda la conversación. Para rebobinar en el pasado y advertirlas. O evitar que tan siquiera se conozcan. Pero no puedo. No puedo reescribir el pasado.

Alex se puso rojo. Se puso tan rojo como si toda la sangre del cuerpo se le hubiera subido a la cara.

Y cuando abrió la boca para negarlo, Jessica le cortó.

—No mientas. ¿A cuál de las dos estabas mirando?

A través del cristal helado entra la luz de las farolas y las luces de neón del centro. La mayoría de las tiendas están cerradas de noche. Pero los bares y restaurantes siguen abiertos.

En aquel momento hubiera pagado muchísimo por tener la amistad de Jessica. Era la chica más sociable, más sincera, más «te digo las cosas como son» que había conocido nunca.

En silencio, le di las gracias a la señorita Antilly por habernos presentado.

Alex tartamudeó y Jessica se inclinó hacia él mientras apoyaba sus dedos graciosamente sobre la mesa en la que estaba.

—Oye, he visto que nos mirabas —dijo—. Las dos somos nuevas en la ciudad y nos gustaría saber a cuál de las dos estabas mirando. Es importante.

Alex balbuceó:

—Yo solo... he escuchado... es solo que yo también soy nuevo.

Creo que tanto Jessica como yo dijimos algo por el estilo de «Oh». Y entonces nos llegó a nosotras el turno de ponernos rojas. El pobre Alex solo quería tomar parte en nuestra conversación. Así que le dejamos. Y creo que hablamos por lo menos durante una hora más, seguramente fuese más tiempo.

Solo tres personas, felices porque no pasarían el primer día de instituto dando tumbos solos por los pasillos. O comiendo solos. O perdiéndose solos.

No es que me importe, pero ¿adónde va este autobús? ¿Es que sale de nuestra ciudad y va a otra? ¿O simplemente da vueltas sin fin por estas calles?

Quizá debería haberlo mirado antes de subirme.

Aquella tarde en el Monet fue un alivio para los tres. ¿Cuántas noches me había quedado dormida aterrorizada, pensando en aquel primer día de instituto? Demasiadas. ¿Y después de lo del Monet?

Ninguna. Ahora estaba emocionada.

Y solo para que lo sepáis, nunca he considerado a Jessica y Alex mis amigos.

Ni tan siquiera al principio, cuando me hubiera encantado tener de pronto dos amistades.

Y sé que ellos se sentían igual, porque habíamos hablado de ello. Habíamos hablado de nuestros viejos amigos y de por qué se habían hecho amigos nuestros. Habíamos hablado de lo que buscábamos en los amigos nuevos que íbamos a hacer en la escuela nueva.

Pero durante aquellas primeras semanas, hasta que cada uno se fue separando, El jardín de Monet era nuestro paraíso seguro. Si alguno de nosotros lo pasaba mal a la hora de integrarse o conocer gente, íbamos al Monet. De espaldas al jardín, en la mesa más alejada a la derecha.

No estoy segura de quién comenzó aquello, pero quien fuese que hubiera tenido el día más agotador ponía la mano en el centro de la mesa y decía: «Por mí y por todos mis amigos». Los otros dos ponían sus manos encima y se echaban hacia adelante. Después escuchábamos, mientras bebíamos con la mano libre. Jessica y yo siempre tomábamos chocolate caliente. Con el tiempo, Alex se fue conociendo todo el menú.

Solo he estado en el Monet unas cuantas veces, pero creo que está en la calle por la que está bajando ahora el autobús.

Sí, éramos unos cursis. Y lo siento si este episodio os está poniendo enfermos. Si os sirve de ayuda, para mí es casi demasiado empalagoso. Pero el Monet llenaba sinceramente cualquier vacío que necesitase llenarse en aquellos tiempos. Para todos nosotros.

Pero no os preocupéis... no duró mucho.

Me deslizo por el asiento en dirección al pasillo, y después me pongo en pie con el autobús en marcha.

El primero en caer fue Alex. Nos saludábamos amistosamente si nos cruzábamos por el pasillo, pero nunca fue más allá de aquello.

O por lo menos, no conmigo.

Me agarro con las manos al respaldo de los asientos y me abro paso hacia la parte delantera del autobús en movimiento.

Ahora que solo quedábamos nosotras dos, Jessica y yo, las cosas cambiaron bastante rápido.

Nuestras conversaciones se convirtieron en pura cháchara y poco más.

—¿Cuál es la próxima parada? —pregunto. Siento cómo las palabras salen de mi garganta, pero apenas son un murmullo por encima de la voz de Hannah y el ruido del motor.

La conductora me mira por el espejo retrovisor.

Entonces Jessica dejó de ir, y aunque yo continué yendo al Monet unas cuantas veces más con la esperanza de que apareciese alguno de los dos, al final también dejé de ir.

Hasta que...

—Los únicos que quedan en el autobús están dormidos —dice la conductora. La miro atentamente a los labios para asegurarme de que la entiendo—. Puedo parar en donde quieras.

Mirad, lo chulo de la historia de Jessica es que la mayor parte de ella ocurre en un punto, lo cual os hace la vida mucho más fácil a los que estéis siguiendo las estrellitas.

El autobús pasa al lado del Monet.

—Aquí está bien —digo.

Sí, vi a Jessica por primera vez en el despacho de la señorita Antilly. Pero nos conocimos en el Monet.

Me voy preparando mientras el bus va desacelerando y se detiene al lado del bordillo.

Y conocimos a Alex en el Monet. Y entonces... y entonces ocurrió esto.

La puerta se abre con un zumbido.

Un día, en la escuela, Jessica se me acercó en el pasillo.

—Tenemos que hablar —me dijo. No dijo en dónde ni por qué, pero sabía que se refería al Monet... y creía que sabía por qué.

Bajo las escaleras y doy un paso hasta el bordillo. Me recoloco los auriculares y comienzo a retroceder media manzana.

Cuando llegué allí, Jessica estaba desmoronada sobre una silla, con los brazos colgándole a los lados como si llevase esperando mucho rato. Y quizá fuera cierto. Quizá hubiese querido que yo me saltase la última clase para unirme a ella.

Así que me senté y coloqué la mano en el centro de la mesa:

—¿Por mí y por todos mis amigos?

Levantó una mano y con un golpe dejó un papel sobre la mesa. Entonces lo empujó hacia mí y le dio la vuelta para que pudiese leerlo. Pero yo no necesitaba que se la diese, porque la primera vez que había leído aquel papel estaba boca abajo sobre el pupitre de Jimmy: las que están buenas / las que son feas.

Yo recordaba en qué lado de la lista estaba (según Alex). Y mi supuesta contraria estaba sentada delante de mí. En nuestro paraíso seguro, ni más ni menos. El mío... el suyo... y el de Alex.

—¿Y esto a quién le importa? —le dije—. No significa nada.

Trago saliva. Cuando leí la lista, la pasé por el pasillo sin pensar. En aquel momento me había parecido divertida.

—Hannah —me dijo—, no me importa que te haya puesto a ti por delante de mí.

Sabía exactamente el rumbo que estaba tomando aquella conversación y no iba a dejar que nos llevase por ahí.

¿Y ahora? ¿Cómo lo veo ahora?

Debería haber cogido cada copia que pudiese encontrar y haberlas tirado todas.

—No me prefirió a mí antes que a ti, Jessica —le dije—. Me eligió a mí para recuperarte a ti, y lo sabes. Él sabía que mi nombre te haría más daño que el de cualquier otra persona.

Cerró los ojos y dijo mi nombre casi en un susurro.

—Hannah.

¿Lo recuerdas, Jessica? Porque yo sí.

Cuando alguien dice tu nombre en ese tono, cuando ni tan siquiera te miran a los ojos, ya no hay nada que tú puedas hacer o decir. Ya ha tomado una decisión.

—Hannah —me dijiste—, sé lo de los rumores.

—No puedes «saber» rumores —dije yo. Y quizá me estuviese poniendo un poco sensible, pero había tenido la esperanza (tonta de mí) de que no habría más rumores cuando mi familia se mudase aquí. De haber dejado atrás los rumores y los cotilleos... para bien—. Puedes escuchar rumores, pero no puedes saberlos.

Otra vez, volviste a decir mi nombre.

—Hannah.

Sí, yo sabía lo de los rumores. Y te juré que no había visto a Alex ni una sola vez fuera del instituto.

Pero no me creíste.

¿Y por qué ibas a creerme? ¿Por qué iba alguien a no creerse un rumor que encajaba tan bien con otro rumor antiguo? ¿Eh, Justin? ¿Por qué?

Jessica podía haber escuchado muchos rumores sobre Alex y Hannah. Pero ninguno era cierto.

Para Jessica era más fácil pensar en mí como Hannah la Mala que como Hannah la que había conocido en el Monet. Era más fácil de aceptar. Era más fácil de comprender.

Para ella, los rumores tenían que ser ciertos.

Recuerdo a un grupo de chavales bromeando con Alex en los vestuarios. Le cantaban una canción infantil: «Amasa la tarta, amasa la tarta, panadero^[3]». Después alguien le había preguntado: «¿Has amasado ese pastelito, panadero?» y todo el mundo sabía a qué se referían.

Cuando se acabó el jaleo, nos quedamos solos Alex y yo. Una diminuta punzada de celos me hizo retorcerme por dentro. Desde la fiesta de despedida de Kat, no podía quitarme a Hannah de la cabeza.

Pero no era capaz de preguntar si lo que decían era verdad. Porque si lo era, yo no quería escucharlo.

Mientras se ataba los cordones de los zapatos, y sin mirarme, Alex negó el rumor.
—Solo para que lo sepas.

—Vale —dije—. Vale, Jessica. Gracias por ayudarme durante las primeras semanas de instituto.

Ha sido muy importante para mí. Y siento que Alex se lo haya cargado con esa estúpida lista suya, pero lo ha hecho.

Le dije que lo sabía todo de su relación. Aquel primer día en el Monet, él nos miraba a una de nosotras. Y no era yo. Y sí, aquello me hizo ponerme celosa. Y si aquello la ayudaba a superarlo, acepté cualquier tipo de culpa de la que ella quisiese acusarme por la ruptura de ellos dos. Pero... aquello... ¡no... era... cierto!

Llego al Monet.

Hay dos tipos de pie ante la puerta, apoyados contra la pared. Uno está fumando un cigarrillo y el otro está enterrado dentro de su abrigo.

Pero lo único que Jessica escuchaba era cómo me echaba yo las culpas.

Se levantó y se puso al lado de su silla, mirándome, y se me tiró encima.

Dime, Jessica, ¿qué pretendías hacer? ¿Pegarme o arañarme? Porque parecía un poco las dos cosas. Como si no pudieses decidirte.

¿Y qué fue lo que me llamaste? No es que importe, pero solo es para la grabación. Porque yo estaba demasiado ocupada levantando la mano y escondiéndome —¡pero me pillaste!— y me perdí lo que dijiste.

Esa pequeña cicatriz que todos habéis visto encima de mi ceja tiene la forma de la uña de Jessica... que me arranqué yo misma.

Yo me había dado cuenta de la cicatriz hacía unas semanas. En la fiesta. Una pequeña imperfección en una cara preciosa. Y le dije lo mona que era.

Unos minutos más tarde, ella se había puesto fuera de sí.

O quizá nunca la hayáis visto. Pero yo la veo cada mañana cuando me preparo para ir a la escuela.

«Buenos días, Hannah», me dice. Y cada noche cuando me preparo para ir a la cama: «Que duermas bien».

Empujo la pesada puerta de madera y cristal del Monet. El aire caliente del interior me abraza y todo el mundo se vuelve, enfadado con la persona que está dejando que entre el frío. Me deslizo hacia el interior y cierro la puerta detrás de mí.

Pero es más que un simple arañazo. Es un puñetazo en el estómago y una bofetada en la cara. Es un cuchillo en mi espalda porque preferiste creerte un rumor inventado que lo que sabías que era la verdad.

Jessica, querida, me encantaría saber que has ido a mi funeral. Y si lo has hecho, ¿te has fijado en tu cicatriz?

Y vosotros —todos los demás—, ¿os habéis dado cuenta de las cicatrices que habéis dejado a vuestro paso?

No. Seguramente no.

Aquello no era posible.

Porque la mayoría de ellas no se pueden ver a simple vista.

Porque no hubo funeral, Hannah.



Casete 2: Cara B

En honor a Hannah, debería pedir un chocolate caliente. En el Monet lo sirven con unas nubes de gominola pequeñas flotando encima. Es la única cafetería que conozco en la que lo preparan así.

Pero cuando la chica me pregunta digo que quiero un café, porque es más barato. El chocolate caliente cuesta un dólar más.

Desliza una taza vacía sobre la barra y me señala el mostrador de autoservicio. Me sirvo solo un poco de mezcla de leche y crema para cubrir la parte inferior de la taza. El resto lo lleno de café Hairy Chest Blend porque parece que tenga mucha cafeína y quizá así pueda quedarme despierto hasta tarde para acabar de escuchar las cintas.

Creo que necesito acabarlas, y acabarlas esta noche.

Pero ¿debería? ¿En una noche? ¿O debería encontrar mi historia, escucharla y continuar con la siguiente cinta lo justo para ver a quién se supone que se las tengo que pasar?

—¿Qué estás escuchando? —Es la chica de detrás de la barra. Ahora está a mi lado, colocando de lado los recipientes de acero inoxidable que contienen la mezcla de leche y crema, la leche desnatada y la de soja. Está comprobando si están llenos. Un par de líneas negras, un tatuaje, le suben por el cuello y desaparecen debajo de su cabello muy corto.

Bajo la vista y miro mis auriculares amarillos.

—Unas cintas.

—¿Cintas de casete? —Coge la soja y la apoya contra la barriga—. Qué interesante. ¿Alguien conocido?

Meneo la cabeza diciendo que no y dejo caer tres azucarillos en mi café.

Abraza la jarra de la soja con el otro brazo y extiende la mano.

—Fuimos juntos al instituto hace dos años. Eres Clay, ¿verdad?

Dejo la taza y le estrecho la mano. Tiene la palma cálida y suave.

—Coincidimos en una clase —dice—, pero no hablamos mucho.

Me resulta algo familiar. Quizá lleve el pelo diferente.

—No creo que te acuerdes de mí —dice—. He cambiado mucho desde el instituto. —Pone en blanco los ojos muy maquillados—. Gracias a Dios.

Meto un palito de madera en mi café y lo remuevo.

—¿En qué clase coincidíamos?

—Taller de carpintería.

Continúo sin recordarla.

—Lo único que saqué de aquella clase fueron astillas —dice—. Oh, también hice

un banquito para el piano. Todavía no tengo piano, pero por lo menos tengo el banquito. ¿Te acuerdas de lo que hiciste tú?

Remuevo mi café.

—Una estantería para las especias. —La crema se mezcla y el café se vuelve de un color marrón claro, con algunos hilos de café negro que suben hacia la superficie.

—Siempre pensé que eras el chico más majo de la clase —dice—. Todo el mundo lo creía en el instituto. Un poco callado, pero eso está bien. En aquellos tiempos la gente creía que yo hablaba mucho.

Un cliente se aclara la garganta en la barra. Los dos miramos hacia él, pero no aparta la vista de la carta de bebidas.

Ella se vuelve hacia mí y nos estrechamos la mano de nuevo.

—Bueno, quizá te vuelva a ver por ahí, otra vez que tengamos más tiempo para hablar. —Después camina hasta detrás de la barra.

Ese soy yo. Clay, el tío majo.

¿Seguiría diciéndolo si escuchase estas cintas?

Me dirijo a la parte trasera del Monet, hacia la puerta cerrada que da al patio. Por el camino me encuentro mesas llenas de gente que estiran las piernas o echan las sillas hacia atrás para componer una carrera de obstáculos que me está pidiendo que tire mi bebida.

Una gota de café caliente me salpica el dedo. Miro cómo se desliza por mis nudillos y cae al suelo.

Froto la punta del pie sobre aquel punto hasta hacerlo desaparecer. Y recuerdo que hoy mismo he visto cómo una hoja de papel se caía fuera de la zapatería.

Tras el suicidio de Hannah, pero antes de que llegase la caja de zapatos llena de cintas, me había encontrado pasando por delante de la zapatería de la madre y el padre de Hannah muchas veces. Había sido aquella tienda la que la había traído en principio a la ciudad. Después de treinta años con el negocio, el dueño de la tienda quería venderla y retirarse. Y los padres de Hannah estaban buscando un lugar al que mudarse.

No estoy seguro de por qué pasé por allí tantas veces. Quizá buscaba una conexión con ella, alguna conexión fuera del instituto, y aquella era la única en la que podía pensar. Buscaba respuestas a las preguntas que no sabía cómo preguntar. Sobre su vida. Sobre todo.

No tenía ni idea de que las cintas estaban de camino para explicármelo.

El día después de su suicidio fue la primera vez que me encontré delante de la tienda, parado ante la puerta. Las luces estaban apagadas. Una única hoja de papel pegada al escaparate decía ABRIEMOS PRONTO escrito con un rotulador negro grueso.

Lo habían escrito con prisas, me imaginé. Habían olvidado una r.

En la puerta de cristal, un repartidor había dejado una nota autoadhesiva. De entre toda una lista de opciones, había marcado «Volveremos a intentarlo mañana».

Unos días más tarde volví. Había más notas pegadas al cristal.

De camino a casa desde el instituto aquel mismo día, había pasado ante la tienda una vez más.

Mientras leía las fechas y lo que decía cada papel, la nota más antigua se despegó, revoloteó hasta el suelo y se quedó al lado de mi zapato. La había cogido y había buscado la nota más reciente de la puerta.

Después había levantado una esquinita de aquella nota y había pegado la más vieja debajo de ella.

Volverán pronto, pensé. Deben de haberla llevado a casa para el entierro. De vuelta a su antigua ciudad. A diferencia de la vejez o el cáncer, nadie puede prever un suicidio. Alguien se marcha sin más, sin dar la oportunidad de dejar nada arreglado.

Abro la puerta del patio del Monet, con cuidado para no derramar más café.

En el jardín las luces están encendidas para crear una atmósfera de relajación. Todas las mesas, incluso la de Hannah, en la esquina más alejada, están ocupadas. Hay tres tíos con gorras de béisbol allí sentados, inclinados sobre libros de texto y libretas, y ninguno habla.

Vuelvo al interior y me siento a una mesita cerca de una ventana. Da al jardín, pero la mesa de Hannah está escondida tras una columna de ladrillo asfixiada por la hiedra.

Inspiro profundamente.

Cuando van pasando las historias, una a una, me siento aliviado de que no se mencione mi nombre.

Pero la sensación de alivio va seguida de otra de miedo; miedo a lo que todavía no ha dicho, a lo que dirá cuando llegue mi turno.

Porque mi turno está a punto de llegar. Lo sé. Y quiero acabar de una vez con todo esto.

¿Qué te hice yo, Hannah?



Mientras espero a que suenen sus primeras palabras, miro por la ventana. Está más oscuro fuera que aquí dentro. Cuando retiro la mirada y vuelvo a enfocar, puedo ver mi reflejo en el cristal.

Y aparto la vista.

Bajo la vista hacia el *walkman* que está sobre la mesa. Todavía no hay ningún sonido, pero el botón de *Play* está apretado. Quizá la cinta no esté bien colocada.

Así que le doy a «*Stop*».



Y de nuevo a «*Play*».



Nada.

Paso el pulgar sobre la ruedecita del volumen. El sonido estático de los auriculares se escucha más fuerte, así que lo vuelvo a bajar. Y espero.

¡Chiss!... si estás hablando en la biblioteca.

Su voz es un susurro.

¡Chiss!... en el cine o en la iglesia.

Escucho con más atención.

A veces no hay nadie a tu alrededor para decirte que te estés callada... que estés muy, muy callada.

A veces tienes que estar callada cuando estás sola. Como yo, ahora.

¡Chiss!

En las mesas abarrotadas que llenan el resto de la sala, la gente habla. Pero las únicas palabras que comprendo son las de Hannah. Las otras palabras se convierten en un ruido de fondo amortiguado, roto de vez en cuando por una risa aguda.

Por ejemplo, es mejor que te estés callada —extremadamente callada— si eres una voyeur. Porque ¿qué pasará si te oyen?

Expulso el aliento. No soy yo. Todavía no soy yo.

¿Qué pasará si ella... qué pasará si yo... me entero?

¿A que no sabes qué, Tyler Down? Me enteré.

Me recuesto en la silla y cierro los ojos.

Lo siento por ti, Tyler. De verdad. Todos los demás que aparecen en las cintas, hasta ahora, deben de sentirse un poco aliviados. Aparecen como mentirosos o capullos o personas inseguras que arremeten contra otros. Pero tu historia, Tyler... da un poco de miedo.

Tomo mi primer sorbo de café.

¿Un voyeur? ¿Tyler? No tenía ni idea.

Y también me da un poco de miedo contarlo. ¿Por qué? Porque estoy intentando acercarme a ti, Tyler. Estoy intentando comprender qué tiene de emocionante mirar por la ventana de la habitación de alguien. Observar a alguien que no sabe que está siendo observado. Intentar pillarlo en medio de...

¿En medio de qué intentabas pillarme, Tyler? ¿Te sentiste decepcionado? ¿O agradablemente sorprendido?

Vale, levantad las manos, por favor. ¿Quién sabe dónde estoy?

Dejo mi café en la mesa, me inclino hacia adelante e intento imaginarla grabando

esto.

¿Dónde está?

¿Quién sabe dónde estoy ahora mismo?

Entonces lo pillo y meneo la cabeza, sintiendo vergüenza ajena por él.

Si decís «al otro lado de la ventana de Tyler», habéis acertado. Y es el punto A-4 en vuestros mapas.

Ahora mismo Tyler no está en casa... pero sus padres sí. Y de verdad que espero que no salgan. Por suerte, hay un arbusto alto y grueso justo debajo de su ventana, parecido al que hay en mi ventana, así que me siento bastante segura.

¿Tú cómo te sientes, Tyler?

No me puedo imaginar cómo habrá sido para él enviar estas cintas. Saber que estaba enviando su secreto al mundo entero.

Esta noche hay una reunión de la gente del anuario del instituto, y yo sé que eso implica un montón de pizza y cotilleos. Así que sé que no volverás a casa antes de que todo esté bonito y oscuro. Lo cual, como voyeur amateur, aprecio mucho.

Así que gracias, Tyler. Gracias por ponérmelo tan fácil.

Cuando Tyler escuchó aquello, ¿estaría sentado aquí en el Monet, intentando aparentar tranquilidad mientras sudaba como un cosaco? ¿O estaría tumbado sobre la cama mirando por la ventana con los ojos fuera de las órbitas?

Echemos un vistazo al interior antes de que vuelvas a casa, ¿te parece? La luz del pasillo está encendida, así que veo bastante bien. Y sí, veo exactamente lo que esperaba: un montón de cachivaches para la cámara por ahí tirados.

Tienes una buena colección, Tyler. Una lente para cada ocasión.

Incluida una de visión nocturna. Tyler ganó un concurso a nivel estatal con aquella lente. El primer puesto en la categoría humorística. Un viejo paseando a su perro de noche. El perro se había parado a mear en un árbol y Tyler había hecho la foto. La lente de visión nocturna hizo que pareciese que un chorro de luz láser verde salía de la entrepierna del perro.

Lo sé, lo sé. Te estoy escuchando ahora mismo. «Son para el anuario, Hannah. Soy el fotógrafo de la vida estudiantil». Y estoy segura de que es la razón por la que a tus padres les pareció bien gastarse la pasta. Pero ¿solo utilizas estos trastos para eso? ¿Imágenes espontáneas de los estudiantes del instituto?

Ah, sí. Imágenes espontáneas de los estudiantes del instituto.

Antes de venir aquí, me he preocupado de buscar «espontáneo» en el diccionario. Es una de esas palabras que tienen muchas definiciones, pero hay una que es la más apropiada. Y aquí está, memorizada para vuestro placer: relacionado con la fotografía de sujetos que actúan con naturalidad, sin posar.

Así que dime, Tyler, durante esas noches que te pasaste al otro lado de mi ventana, ¿fui lo bastante espontánea para ti? ¿Me pillaste en toda mi naturalidad, sin posar...?

Espera. ¿Habéis escuchado eso?

Me siento y coloco los codos sobre la mesa.

Un coche está subiendo por la carretera.

Me coloco las manos sobre las orejas.

¿Eres tú, Tyler? Está claro que se acerca. Y ahí están los faros.

Lo puedo escuchar, justo por debajo de la voz de Hannah. Un motor.

Mi corazón sin duda piensa que eres tú. Dios mío, está latiendo muy rápido.

El coche está girando por el camino de entrada.

Por detrás de su voz, unos neumáticos ruedan sobre el pavimento. El motor está al ralentí.

Eres tú, Tyler. Eres tú. No has detenido el motor, así que continuaré hablando. Y sí, esto es muy emocionante. Está claro que ya comprendo la sensación.

Para él debe de haber sido aterrador escuchar esto. Y debe de haber sido un infierno saber que no ha sido el único.

Vale, oyentes, ¿preparados? Puerta del coche... y...

¡Chiss!

Una larga pausa. Su respiración es suave, controlada.

Se oye un portazo. Llaves. Pasos. Otra puerta se abre.

Vale, Tyler. Aquí os lo explico jugada por jugada. Estás dentro de la casa con la puerta cerrada. O bien estás saludando a mamá y papá, diciendo que todo ha ido genial y que este será el mejor anuario de la historia, o que no han comprado suficiente pizza y te diriges directo a la cocina.

Mientras espero, volveré atrás y le explicaré a todo el mundo cómo comenzó esto. Y si me equivoco en las fechas, Tyler, encuentra al resto de las personas que aparecen en estas cintas y hazles saber que tú comenzaste a espiarme mucho antes de que yo te pillase.

Lo harás, ¿verdad? ¿Todos? ¿Rellenaréis los huecos? Porque cada una de las

historias que os estoy contando deja muchas preguntas sin responder.

¿Sin responder? Yo habría respondido a cualquier pregunta, Hannah. Pero nunca me lo preguntaste.

Por ejemplo, ¿cuánto tiempo me estuviste espiando, Tyler? ¿Cómo supiste que mis padres no estarían en la ciudad esa semana?

En lugar de hacer preguntas, aquella noche en la fiesta, comenzaste a chillarme.

Vale, ha llegado el momento de las confesiones. La regla en mi casa cuando mis padres no están es que no puedo quedar con chicos. Ellos sienten, aunque no sean capaces de decirlo, que puede que me lo pase demasiado bien en la cita y le diga al chico que entre.

En las historias previas os he dicho que los rumores que todos habéis escuchado sobre mí no eran ciertos. Y no lo son. Pero yo nunca he dicho que sea una santa. Salía cuando mis padres no estaban, pero solo porque podía estar fuera hasta la hora que quisiese. Y como tú sabes, Tyler, en la noche en la que comenzó esto, el chico con el que salí me acompañó hasta la puerta de mi casa. Se quedó allí de pie mientras yo sacaba las llaves y abría la puerta... y después se marchó.

Tengo miedo de mirar, pero me pregunto si la gente del Monet me estará observando. ¿Podrán adivinar, basándose en mis reacciones, que lo que estoy escuchando no es música?

O quizá nadie se haya dado cuenta. ¿Por qué iban a hacerlo? ¿Por qué iba a importarles lo que esté escuchando?

La luz de la habitación de Tyler todavía está apagada, así que o está teniendo una conversación detallada con sus padres o todavía tiene hambre. Bien, haz lo que quieras, Tyler. Continuaré hablando de ti.

¿Estabas deseando que invitase al chico a entrar? ¿O eso te hubiera puesto celoso?

Remuevo el café con el palito de madera.

De cualquier forma, cuando entré —¡sola!— me lavé la cara y me cepillé los dientes. Y en cuanto entré en mi habitación... clic.

Todos conocemos el ruido que hace una cámara cuando saca una foto. Incluso algunas cámaras digitales continúan haciéndolo por nostalgia. Y yo siempre dejo la ventana abierta unos cuantos centímetros, para dejar que entre el aire fresco. Y por eso supe que había alguien fuera.

Pero me negué a creerlo. Daba demasiado miedo como para admitirlo ante mí misma durante la primera noche de vacaciones de mis padres. Pensé que me

estaba volviendo paranoica. Me tenía que acostumbrar a estar sola.

Aun así, no era tan tonta como para cambiarme delante de la ventana. Así que me senté en la cama.

Clic.

Menudo imbécil estás hecho, Tyler. En secundaria había gente que pensaba que eras deficiente mental.

Pero no lo eras, solo eras un imbécil.

Quizá no haya sido un clic, me dije. Quizá haya sido un crac. Mi cama tiene una estructura de madera que cruje un poco. Eso era. Tenía que haber sido un crac.

Me coloqué las mantas encima y me desvestí debajo de ellas. Después me puse el pijama, y fui haciéndolo todo lo más despacio posible, temerosa de que quien fuese que estuviese fuera tomase otra foto. Después de todo, no estaba completamente segura de con qué se excitaba un voyeur.

Pero espera... otra foto probaría que estaba ahí, ¿verdad? Entonces podría llamar a la policía y...

Pero la verdad era que no sabía qué esperar. Mis padres no estaban en casa. Estaba sola. Me imaginé que ignorarlo sería lo mejor que podía hacer. Y aunque él estaba fuera, tenía demasiado miedo de lo que podría ocurrir si me veía buscando el teléfono.

¿Idiota? Sí. ¿Pero tenía sentido? Sí... en aquel momento.

Deberías haber llamado a la poli, Hannah. Podría haber evitado que la bola de nieve se hiciese más grande. La bola de la que tú hablabas.

La bola que pasó por encima de todos nosotros.

Para empezar, ¿por qué a Tyler le resultaba tan fácil mirar dentro de mi habitación? ¿Es eso lo que os estáis preguntando? ¿Es que siempre duermo con las persianas abiertas de par en par?

Buena pregunta, amigos de culpabilizar a las víctimas. Pues no es algo tan fácil. Las contraventanas estaban exactamente en el ángulo que a mí me gustaba. Durante las noches despejadas, podía quedarme dormida mirando las estrellas con la cabeza apoyada sobre la almohada.

Y durante las noches de tormenta, podía ver cómo los rayos iluminaban las nubes.

Yo he hecho eso, quedarme dormido mirando hacia fuera. Pero como estoy en el segundo piso, no he de preocuparme por si alguien mira hacia dentro.

Cuando mi padre se enteró de que dejaba las contraventanas abiertas — aunque solo fuese una rayita— salió a la acera para asegurarse de que nadie podía verme desde la calle. Y no se podía. Así que atravesó la acera, cruzó el jardín y se acercó a mi ventana. ¿Y qué descubrió? Que a no ser que fuese una persona bastante alta y estuviese de puntillas justo delante de la ventana, yo era invisible.

¿Cuánto tiempo estuviste así, Tyler? Debió de haber sido bastante incómodo. Y si tenías ganas de pasar por todas esas incomodidades solo para espiarme, espero que por lo menos sacases algo de ello.

Lo hizo. Pero no lo que él quería. En vez de aquello, había sacado esto.

Si en aquel momento hubiera sabido que era Tyler, si hubiera mirado por entre las persianas para verle la cara, habría salido fuera corriendo y le habría hecho morir de vergüenza.

De hecho, esto nos lleva a la parte más interesante...

¡Espera! Aquí vienes. Dejaremos esta historia para más tarde.

Aparto la taza de café, que ni tan siquiera está por la mitad, hasta el extremo más alejado de la mesa.

Dejadme que os describa al resto cómo es la ventana de Tyler. Las persianas están bajadas, pero puedo ver el interior. Están hechas de bambú, de bambú falso, y el espacio entre los palos varía de uno a otro. Si me pongo de puntillas, como Tyler, puedo alcanzar un hueco bastante grande y mirar hacia dentro.

Vale, está encendiendo la luz y... cierra la puerta. Está... se está sentando en la cama. Se está quitando los zapatos y... ahora los calcetines.

Gimo. Por favor, Tyler, no hagas ninguna tontería. Es tu habitación, puedes hacer lo que quieras, pero no te dejes más en ridículo.

Quizá debería advertirle. Darle la oportunidad de esconderse. De desvestirse bajo las mantas.

Quizá debería dar un golpecito en la ventana. O una patada a la pared. Quizá debería hacer que tuviese la misma paranoia que me hizo tener a mí.

Cada vez habla más alto. ¿Es que quiere que la pillen?

Después de todo, es por eso por lo que estoy aquí, ¿verdad? ¿Venganza?

No. Vengarme habría sido divertido. La venganza, de una forma retorcida, me hubiera dado algún tipo de satisfacción. Pero esto, estar al otro lado de la ventana de Tyler, no me satisface nada. Ya he tomado una decisión.

Entonces, ¿por qué? ¿Por qué estoy aquí?

Bueno, ¿qué es lo que he dicho? Solo he dicho que no estoy aquí por mí. Y si continuáis pasando las cintas, nadie más que vosotros, los que estáis en la lista, escuchará lo que estoy diciendo. Entonces, ¿por qué estoy aquí?

Dínoslo. Por favor, Hannah. Dime por qué estoy escuchando esto. ¿Por qué yo?

No estoy aquí para mirarte, Tyler. Tranquilízate. No me importa lo que estés haciendo. De hecho, ni tan siquiera te estoy mirando ahora mismo. Tengo la espalda apoyada contra la pared y estoy mirando hacia la calle. Es una de esas calles que tienen arbolitos a cada lado, y las ramas se encuentran en lo alto como si fuesen puntas de dedos que se tocan. Suena poético, ¿a que sí? Una vez incluso escribí un poema en el que comparaba las calles así con mi canción infantil favorita: Aquí está la iglesia, aquí el campanario, abre la puerta... bla, bla, bla.

Uno de vosotros incluso llegó a leer el poema que escribí. Ya hablaremos de ello más tarde.

De nuevo, no se trata de mí. Yo ni tan siquiera sabía que Hannah escribía poesía.

Pero ahora estaba hablando de Tyler. Y todavía estoy en la calle de Tyler. En su calle oscura y vacía. Simplemente él no sabe que estoy aquí... todavía. Así que acabemos con esto antes de que se vaya a la cama.

Al día siguiente de la visita de Tyler a mi ventana, en el instituto, le conté a la chica que se sentaba delante de mí lo que había ocurrido. Todo el mundo sabe que esta chica sabe escuchar y es comprensiva, y yo quería que alguien se preocupase por mí. Quería que alguien diese validez a mis miedos.

Bueno, decididamente no era la chica adecuada para ello. Esta chica tiene un lado retorcido que pocos de vosotros conocéis.

—¿Un voyeur? —dijo—. ¿Lo dices en serio, uno de verdad?

—Eso creo —le contesté.

—Siempre me he preguntado cómo será —dijo—. Tener un voyeur es así como... no sé... como sensual.

Decididamente retorcida. Pero ¿quién es?

¿Y por qué me importa?

Sonrió y levantó una ceja.

—¿Y crees que volverá?

Sinceramente, la idea de que volviese no se me había ocurrido. Pero ahora me estaba desquiciando.

—¿Y si vuelve? —pregunté.

—Entonces me lo tienes que contar —me dijo. Y luego se dio la vuelta, con lo que puso fin a nuestra conversación.

Bueno, esta chica y yo nunca nos habíamos visto fuera del instituto. Coincidíamos en bastantes optativas, éramos simpáticas la una con la otra en clase y a veces hablábamos de quedar, pero nunca lo habíamos hecho.

Ahora, pensé, tenía una oportunidad de oro.

Le di un golpecito en el hombro y le dije que mis padres estaban fuera de la ciudad. ¿Le apetecería venir y pillar al voyeur?

Después del instituto la acompañé hasta su casa para que recogiese sus cosas. Después fuimos a mi casa. Como era un día entre semana y seguramente llegaría tarde, les dije a sus padres que estábamos haciendo un trabajo para el instituto.

Dios. ¿Es que todo el mundo utiliza la misma excusa?

Acabamos los deberes en la mesa del comedor, mientras esperábamos a que oscureciese. Su coche estaba aparcado fuera, delante de la casa, como cebo.

Dos chicas. Irresistible, ¿a que sí?

Me retuerzo un poco y me muevo sobre el asiento.

Nos fuimos para mi habitación y nos sentamos sobre la cama con las piernas cruzadas, cara a cara, mientras hablábamos de todo lo imaginable. Sabíamos que para pillar a nuestro voyeur, teníamos que hablar en voz baja. Teníamos que escuchar el primer... clic.

Abrió la boca de par en par. Y nunca le había visto tanta alegría en los ojos.

Me susurró que continuásemos hablando.

—Haz como si no lo hubieras escuchado. Sígueme el juego.

Asentí.

Después se tapó la boca e improvisó:

—¡Dios mío! ¿En dónde le dejaste que te tocase?

Continuamos «cotilleando» durante un par de minutos más, intentando reprimir cualquier risita inapropiada, para no delatarnos. Pero los clics cesaron y se nos estaban acabando los temas sobre los que cotillear.

—¿Sabes qué podríamos hacer? —preguntó—. Darnos un buen masaje en la espalda.

—Eres un demonio —susurré.

Me guiñó un ojo, después se puso de rodillas y echó las manos hacia adelante como un gato estirándose hasta que llegó al otro lado de mi cama. Clic.

De verdad que espero que hayas quemado o borrado aquellas fotos, Tyler. Porque si salen a la luz, incluso aunque no sea culpa tuya, no me gustaría pensar en lo que te podría ocurrir.

Me senté sobre su espalda. Clic.

Le aparté el pelo. Clic.

Y comencé a frotarle los hombros. Clic. Clic.

Se volvió hacia el lado opuesto a la ventana y susurró.

—¿Ya sabes lo que significa si deja de hacer fotos, verdad?

Le dije que no lo sabía.

—Significa que está haciendo otra cosa. —Clic—. Oh, bien —dijo.

Continué frotándole los hombros. De hecho, creo que lo estaba haciendo bastante bien porque ella dejó de hablar y los labios se le curvaron en una preciosa sonrisa. Pero entonces me susurró una nueva idea. Una forma de pillar a aquel perverso en el acto.

Le dije que no. Una de nosotras tenía que salir de la habitación, decir que iba al cuarto de baño y llamar a la poli. Podríamos haber acabado con ello allí mismo.

Pero aquello no ocurrió.

—Ni de coña —dijo ella—. Yo no me iré hasta que vea si le conozco. ¿Y si va a nuestro instituto?

—¿Y si fuese? —pregunté yo.

Me dijo que le siguiese el juego, y salió de debajo de mis piernas. Según su plan, cuando ella dijese «tres» yo tenía que correr hacia la ventana. Pero entonces pensé que el voyeur podría haberse ido ya (quizá se hubiese asustado), porque no se había escuchado ningún clic desde que me había apartado de ella.

—Es hora de ponernos un poco de crema —dijo. Clic.

Aquel sonido me sublevó. Vale. Puedo jugar a esto, pensé.

—Mira en el cajón de arriba.

Señaló el cajón que estaba más cerca de la ventana y yo asentí.

Siento la camiseta ligeramente húmeda bajo los brazos. Me remuevo incómodo

en el asiento, otra vez.

Pero Dios, no puedo parar de escuchar.

Abrió el cajón, miró dentro y se tapó la boca.

¿Qué? En mi cajón no había nada que pudiera provocar una reacción así. No había nada en toda mi habitación que pudiese provocar aquello.

—No sabía que hacías estas cosas —dijo, bien alto y claro—. Deberíamos usarlo... juntas.

—Ejem, vale —dije yo.

Metió la mano en el cajón, removi6 algunas cosas dentro y después se volvió a tapar la boca.

—¿Hannah? —dijo—. Pero ¿cuántos tienes? De verdad que eres una chica mala. —Clic. Clic.

Muy inteligente, pensé.

—¿Por qué no los cuentas?

Y así lo hizo.

—Vamos a ver. Aquí hay uno... dos...

Saqué un pie de la cama.

—... ¡y tres!

Salté hacia la ventana y tiré de la correa. Las persianas subieron. Quise ver tu cara pero te movías demasiado rápido.

La otra chica no te estaba mirando a la cara, Tyler.

—¡Oh, Dios! —chilló—. Se está metiendo la polla en los pantalones.

Tyler, donde sea que estés, lo siento mucho. Te mereces esto, pero lo siento.

¿Y quién eras? Vi tu estatura y tu cabello, pero no te pude ver la cara con suficiente claridad.

Aun así, te delataste tú mismo, Tyler. Al día siguiente en la escuela le hice a un montón de gente exactamente la misma pregunta. ¿En dónde estuviste anoche? Algunos dijeron que habían estado en casa o en casa de un amigo. O en el cine. O que no era asunto mío. Pero tú, Tyler, me diste la respuesta más a la defensiva (y más interesante) de todas.

—¿Quién, yo? En ningún sitio.

Y, por alguna razón, al decirme que no habías estado en ningún sitio tus ojos se movieron nerviosos y la frente te comenzó a sudar.

Eres gilipollas, Tyler.

Eh, por lo menos fuiste original. Y por lo menos dejaste de aparecer por mi casa. Pero tu presencia, Tyler, no me ha abandonado nunca.

Después de lo de tus visitas, cerraba las contraventanas cada noche. Dejé a las estrellas encerradas fuera y nunca volví a ver los truenos. Cada noche, simplemente apagaba la luz y me iba a dormir.

¿Por qué no me dejaste en paz, Tyler? Mi casa. Mi habitación. Se supone que deberían ser lugares seguros para mí. A salvo de cualquier cosa exterior. Pero tú fuiste el que me quitó eso.

Bueno... no todo.

La voz le tiembla.

Pero me quitaste lo que me quedaba.

Hace una pausa, y en ese silencio me doy cuenta de la intensidad con la que he estado mirando a la nada. Mirando en dirección a mi taza, en el extremo más alejado de la mesa. Pero sin verla.

Me gustaría, pero me siento demasiado intimidado para mirar a la gente que me rodea. Ahora tienen que estar mirándome todos. Intentando comprender la mirada de dolor que hay en mi cara. Intentando imaginar quién será este pobre chico que escucha cintas pasadas de moda.

Bueno, ¿cuánto te importa tu seguridad, Tyler? ¿Y tu privacidad? Quizá no sea tan importante para ti como lo era para mí, pero no eres tú quien tiene que decidir eso.

Miro por la ventana, más allá de mi reflejo, hacia el jardín del patio apenas iluminado. No puedo decir si todavía queda alguien allí, más allá de la columna de ladrillo y hiedra, sentado a la mesa de Hannah.

Una mesa que en algún momento fue su otro lugar seguro.

¿Y quién era la chica misteriosa que aparecía en tu historia, Tyler? ¿Quién tenía aquella hermosa sonrisa mientras yo le frotaba la espalda? ¿Quién me ayudó a descubrirte? ¿Debería decirlo?

Depende. ¿Me hizo alguna vez algo?

Para saber la respuesta... introduce la cinta número tres.

Estoy preparado para que llegue mi turno, Hannah. Estoy preparado para acabar con esto.

Oh, y Tyler, vuelvo a estar al otro lado de tu ventana. Me había apartado para acabar con tu historia, pero la luz de tu habitación ya lleva un rato apagada...

así que estoy de vuelta.

Se produce una larga pausa. Un crujido de hojas.

Toc-toc, Tyler.

Lo escucho. Da golpecitos en la ventana, dos veces.

No te preocupes. Lo averiguarás bien pronto.



Me quito los auriculares, enrolló el cable amarillo bien apretado sobre el *walkman* y me lo meto en el bolsillo de la chaqueta.

Al otro lado de la sala, la estantería del Monet está repleta de viejos libros. La mayor parte de ellos son ejemplares que nadie quiere. Novelas del oeste, *New Age*, ciencia ficción.

Pasando con cuidado entre las otras mesas, me acerco a ella.

Hay un tesoro gigantesco al lado de un diccionario al que le falta el lomo de tapa dura. A lo largo del lomo de papel desnudo alguien ha escrito diccionario con una tinta muy negra. Apilados en el mismo estante hay cinco libros, cada uno de un color diferente. Tienen aproximadamente el mismo tamaño que los anuarios, pero los han comprado porque tienen las páginas en blanco. Libros de visita, como se les llama. Cada año se añade uno nuevo y la gente puede apuntar dentro lo que quiera. Marcan ocasiones especiales, escriben poemas horribles, dibujan cosas que son bonitas o grotescas, o simplemente despotrican.

Cada libro tiene una etiqueta pegada en el lomo en la que está escrito el año. Saco el del año en el que empezamos el instituto. Con todo el tiempo que Hannah pasó en el Monet, quizá escribiese algo aquí.

Algo así como un poema. O quizá tuviese otros talentos que nunca llegué a conocer. Quizá supiese dibujar. Solo estoy buscando algo además de la fealdad de estas cintas. Lo necesito ahora mismo.

Necesito verla de una forma diferente.

Ya que la mayoría de la gente pone fecha a sus entradas, voy pasando de largo hacia el final. Hasta septiembre. Y aquí está.

Para conservar la página, cierro el libro sobre mi dedo índice y me lo llevo a mi mesa. Tomo un sorbo suave de café tibio, vuelvo a abrir el libro y leo las palabras garabateadas en tinta roja cerca de la parte más alta: Todo el mundo necesita un «por mí y por todos mis amigos».

Está firmado con tres pares de iniciales: J.D.A.S.H.B.

Jessica Davis. Alex Standall. Hannah Baker.

Bajo las iniciales, colocada a presión en el pliegue entre las páginas, alguien ha metido una fotografía boca abajo. La saco y después le doy la vuelta.

Es Hannah.

Dios, me encanta su sonrisa. Y su pelo, todavía lo lleva largo. Con uno de los brazos está cogiendo por la cintura a otra estudiante, Courtney Crimsen. Y tras ellas aparecen un montón de estudiantes. Todo el mundo lleva en la mano una botella, una lata o un vasito de plástico rojo. Apenas hay luz en la fiesta y Courtney no parece muy contenta. Pero tampoco parece enfadada.

Parece nerviosa, pienso.

¿Por qué?

Casete 3: Cara A

Courtney Crimsen. Qué bonito nombre. Y sí, una chica bonita, también. Pelo bonito. Sonrisa bonita. Piel perfecta.

Y también eres muy agradable. Todo el mundo lo dice.

Me quedo mirando para la foto del libro de visitas. El brazo de Hannah alrededor de la cintura de Courtney en una fiesta cualquiera. Hannah está feliz. Courtney está nerviosa. Pero no tengo ni idea de por qué.

Sí, Courtney, eres dulce con todos los que te encuentras en los pasillos. Eres dulce con todos los que caminan contigo hacia el coche al salir del instituto.

Le doy un sorbo a mi café, que se está quedando frío.

Sin duda eres una de las chicas más populares del instituto. Y eres... sencillamente... tan... dulce.

¿A que sí?

Pues no.

Le pego un buen trago al café para vaciar la taza.

Sí, mis queridos oyentes, Courtney es agradable con quien sea que entre en contacto o con quien quiera que hable. Y ahora, preguntaos: ¿no será todo una farsa?

Llevo la taza a la barra de autoservicio para rellenarla.

Yo creo que sí lo es. Y ahora dejadme que os explique el porqué.

Antes de nada, para todos los que estéis escuchando, dudo que Tyler os deje ver las fotos que me sacó masajeándole la espalda a Courtney.

El recipiente de mezcla de leche y crema se me escurre de la mano y golpea la barra. Lo agarro antes de que caiga al suelo, y luego miro por encima de mi hombro. La chica que está tras la caja registradora echa la cabeza hacia atrás y ríe.

¿Era Courtney la que estaba en la habitación de Hannah?

Hannah hace una pausa mucho más larga. Sabe que esta información tiene que asentarse.

Si has visto esas fotos, mejor para ti. Estoy segura de que eran muy sensuales. Pero como ya sabes, también estábamos posando mucho.

Posar. Qué palabra tan interesante para resumir la historia de Courtney.

Porque si estás posando, es porque sabes que alguien te está mirando. Pones tu mejor sonrisa. Dejas que brille tu personalidad más dulce.

No como en la foto de Courtney en el libro de visitas.

Y en el instituto siempre hay alguien que te mira, así que siempre hay una razón para posar.

Aprieto la parte superior del termo y un chorro de café negro se derrama dentro de la taza.

No creo que lo hagas a propósito, Courtney. Y es por eso por lo que te he hecho aparecer en estas cintas. Para que sepas que lo que haces afecta a los demás. Más en concreto, me afectó a mí.

Courtney parece ser dulce por naturaleza. Escuchar su historia aquí, en estas cintas, debe de haberla matado.

Courtney Crimsen. Hasta el nombre suena casi demasiado perfecto. Y como ya he dicho, tú también pareces perfecta. Lo único que te falta... es ser perfecta.

Vuelvo a mi mesa con el café, la leche y los azucarillos mezclados.

Y ese es tu mérito. Podrías haber elegido ser una mala puta y seguir teniendo todos los amigos y novios que te diese la gana. Pero en cambio elegiste ser dulce, así le gustarías a todo el mundo y nadie te odiaría.

Déjame ser clara. No te odio, Courtney. De hecho, ni tan siquiera me caes mal. Pero hubo un tiempo en el que pensé que tú y yo nos estábamos haciendo amigas.

No tengo recuerdo de esto. Ni tan siquiera creo que las haya visto nunca saliendo juntas.

Resultó ser que tú solo me estabas preparando para que fuese otra marca más en la lista «Gente que piensa que Courtney Crimsen es una chica estupenda». Otro voto garantizado para «La que cae mejor» en el anuario del último curso.

Y cuando me lo hiciste a mí, y me di cuenta, vi cómo se lo hacías a otros.

Aquí, Courtney, está tu contribución a la antología de mi vida.

¿Te ha gustado eso? ¿La antología de mi vida?

Me lo acabo de inventar.

Me subo la mochila al regazo y abro la cremallera del bolsillo más grande.

El día después de que Tyler tomase las fotos espontáneas de nuestros cuerpos de estudiantes comenzó como cualquier otro. Sonó el timbre de la primera clase y Courtney, como de costumbre, entró corriendo un par de segundos más

tarde. No es que importase, ya que la señorita Dillard tampoco había llegado. Como de costumbre, también.

Saco el mapa de Hannah y lo desdoble sobre la mesita.

Cuando acabaste de hablar con la persona que estaba delante de ti, Courtney, te di un golpecito en el hombro. En el instante en el que me miraste a los ojos, las dos nos echamos a reír. Intercambiamos dos o tres frases, pero no recuerdo quién dijo qué, porque lo que tú decías era lo que yo también estaba pensando.

—Qué raro.

—Ya.

—¿Qué narices?

—¿Te lo imaginas?

—Qué divertido.

Entonces, cuando por fin entró la señorita Dillard, te diste la vuelta para mirar hacia delante. Y cuando la clase se acabó, te fuiste.

Busco en el mapa la estrellita roja que marca la casa de Tyler. Una parte de mí se siente rara por estar siguiendo tan de cerca la historia de Hannah. Como si estuviera obsesionado. Demasiado obsesionado.

Mientras tanto, otra parte de mí intenta negar esa obsesión.

No fue hasta que salí al pasillo, de camino a la segunda clase, cuando pensé: espera un momento.

No me ha dicho adiós.

Solo estoy haciendo lo que ella me ha pedido. No es una obsesión, es respeto. Estoy cumpliendo sus últimas peticiones.

¿Me habías dicho adiós cualquier otro día? No, muchas veces no. Pero después de la noche anterior, esta vez sentí que lo habías hecho a propósito. Supongo que pensé que después de lo que habíamos vivido menos de veinticuatro horas antes, ahora seríamos algo más que simples conocidas.

A-4. Una estrellita roja en la casa de Tyler.

Pero eso, evidentemente, fue en lo que nos volvimos a convertir. Volvimos a decirnos hola en los pasillos y a veces me decías adiós después de clase, pero nunca nada más de lo que le dirías a cualquier otra persona.

Hasta la noche de la fiesta.

Hasta la noche en la que me volviste a necesitar.



Necesito un momento para reubicarme. No puedo escuchar nada más hasta que no lo haga.

Me quito los auriculares y me los cuelgo del cuello. La chica con la que hice taller de carpintería anda por ahí con un barreño de plástico, recogiendo tazas y platos de las mesas vacías. Aparto la mirada en dirección a la ventana oscura cuando recoge la mesa que está a mi lado. Su reflejo mira hacia donde estoy yo varias veces, pero no me doy la vuelta.

Cuando se marcha, le doy un sorbo a mi café e intento con todas mis fuerzas no pensar. Solo espero.

Quince minutos más tarde, un autobús se para ante la puerta principal del Monet y la espera se acaba.

Agarro el mapa, me echo la mochila al hombro y corro hacia la puerta.

El autobús está parado en la esquina más alejada. Corro por la acera, subo los escalones a toda prisa y encuentro un sitio vacío en el medio.

El conductor me mira por el espejo retrovisor.

—Voy adelantado —dice—. Estaremos aquí parados un par de minutos.

Asiento, me coloco los auriculares en las orejas y miro por la ventana.



Dentro de un rato os hablaré de una fiesta más grande, más importante.

¿Es ahí? ¿Es ahí donde aparezco yo?

Pero esta es la fiesta que hizo que Courtney entrase en este combinado.

Yo estaba en el instituto, con la mochila colgada del hombro, y me dirigía a la primera clase cuando me cogiste de la mano.

—Hannah, espera —dijiste—. ¿Cómo estás?

Tu sonrisa, tus dientes... impecables.

Lo más probable es que yo dijese «Bien» o «Bien, ¿y tú?», pero, sinceramente, no me importaba, Courtney. Cada vez que nuestros ojos se encontraban en el pasillo lleno de gente y veía cómo tu mirada saltaba a otra persona, te perdía un poquito más de respeto. Y a veces me preguntaba cuántas personas en aquel pasillo sentirían lo mismo.

Continuaste preguntándome si había oído lo de la fiesta que se estaba organizando para aquella noche. Te dije que sí, que lo había oído, pero que no me apetecía ir y andar por ahí dando vueltas en busca de alguien con quien hablar. O que no me apetecía andar por ahí dando vueltas en busca de alguien

que me salvase de tener que hablar con alguna otra persona.

—Deberíamos ir juntas —dijiste. Y ladeaste la cabeza, me ofreciste una sonrisa y (aunque seguramente esto me lo esté imaginando yo) creo que incluso te vi pestañear con coquetería.

Sí, esa es Courtney. Nadie puede resistirse a ella, y ella flirtea con todo el mundo.

—¿Por qué? —te pregunté—. ¿Por qué deberíamos ir juntas a una fiesta?

Evidentemente aquello te cogió por sorpresa. Quiero decir, tú eres quien eres y todo el mundo querría ir a una fiesta contigo. Por lo menos querría que le vieran llegando a una fiesta contigo.

¡Todo el mundo! Chicos. Chicas. No importa. Ese es el tipo de admiración que la gente siente por ti.

¿Siente? ¿O sentía? Porque me da la sensación de que eso está a punto de cambiar.

La mayor parte de ellos, por desgracia, no se dan cuenta de lo cuidadosamente que planeas esa imagen.

Repetiste mi pregunta:

—¿Que por qué deberíamos ir juntas a una fiesta? Hannah, pues porque será divertido.

Te pregunté que por qué querías ir conmigo después de haberme ignorado durante tanto tiempo.

Pero, por supuesto, negaste en rotundo haberme ignorado. Me dijiste que debía de haber malinterpretado las cosas. Y que la fiesta sería una buena oportunidad para conocernos mejor.

Y a pesar de que yo todavía desconfiaba, tú eras quien eras y todo el mundo querría ir a una fiesta contigo.

Pero tú lo sabías, Hannah. Lo sabías, y aun así fuiste. ¿Por qué?

—¡Genial! —dijiste—. ¿Podrías llevar tú el coche?

Y el corazón me dio un pequeño vuelco.

Pero lo volví a colocar en su sitio e ignoré mi desconfianza de nuevo.

—Claro, Courtney —dije—. ¿A qué hora?

Abriste la libreta y arrancaste una hoja. Con unas letras azules diminutas me anotaste tu dirección, la hora y tus iniciales: C.C. Me tendiste el papel, dijiste «¡Será genial!» y después recogiste tus cosas y te marchaste.

Las puertas del autobús se cierran y empezamos a andar.

¿Y sabes qué, Courtney? De camino a la puerta, te olvidaste de decirme adiós.

Así que esta es mi teoría de por qué querías ir a una fiesta conmigo: sabías que me molestaba que me ignorases. O por lo menos, sabías que yo me sentía herida. Y que aquello no era bueno para tu reputación impecable. Tenías que arreglarlo.

D-4 en vuestros mapas, todo el mundo: la casa de Courtney.

Vuelvo a abrir el mapa.

Cuando me paré ante la acera, la puerta de tu casa se abrió. Saliste, dando saltitos por el porche y por el camino de entrada. Tu madre, antes de cerrar la puerta, sacó la cabeza para poder ver bien el interior de mi coche.

No se preocupe, señora Crimsen, pensé. Nada de chicos aquí dentro. Nada de alcohol. Nada de diversión.

¿Por qué me siento tan obligado a seguir el mapa? No tengo ninguna necesidad. Estoy escuchando las cintas, todas y cada una de ellas, la primera cara y la segunda, y eso debería ser suficiente.

Pero no lo es.

Abriste la puerta del copiloto, te sentaste y te abrochaste el cinturón.

—Gracias por llevarme —dijiste.

No estoy siguiendo el mapa porque ella quiera que lo haga. Lo estoy siguiendo porque necesito comprender. Sea como sea, necesito comprender de verdad qué le ocurrió.

¿Por llevarte? Si ya tenía dudas sobre por qué me habías invitado, aquel no era el saludo que quería escuchar.

D-4. Solo está a unas cuantas manzanas de la casa de Tyler.

Quería equivocarme contigo, Courtney. En serio. Quería que lo vieses como que yo te recogía para que fuésemos juntas a una fiesta. Y eso es algo muy diferente a que yo te llevase a la fiesta.

En aquel momento, supe las consecuencias que tendría la fiesta para nosotras. Pero ¿cómo acabó?

Bueno, aquello fue una sorpresa. Aquello... fue raro.

Atornillado a la parte trasera de cada asiento, tras una hoja cuadrada de plexiglás, hay un mapa de todas las rutas de los autobuses de la ciudad. Desde donde lo he tomado, este autobús pasará al lado de la casa de Courtney, girará a la izquierda una manzana antes de llegar a la de Tyler, y se parará.

Aparcamos a más de dos manzanas de la fiesta, era el lugar más cercano que encontramos. En mi coche hay una de esas radios que continúan sonando incluso después de haber apagado el motor. No se para hasta que alguien abre una puerta. Pero aquella noche, cuando abrí la puerta, la música no paró... seguía sonando a lo lejos.

—Oh, Dios —me dijiste—, ¡creo que esa música viene de la fiesta!

¿He mencionado ya que estábamos a más de dos manzanas de allí? Imagínate lo alta que estaba.

Aquella fiesta estaba pidiendo a gritos una visita de la policía.

Esa es la razón por la que yo no voy a muchas fiestas. Estoy a un paso de poder dar el discurso el día de nuestra graduación. Un error podría arruinarlo todo.

Nos metimos dentro del torrente de estudiantes que se dirigían a la fiesta, como si nos hubiéramos unido a un banco de salmones que remontan el río para aparearse. Cuando llegamos allí, un par de jugadores de fútbol americano —nunca los verás en una fiesta sin sus jerséis— estaban de pie a ambos lados de la puerta recogiendo el dinero de la cerveza. Me metí la mano en el bolsillo en busca de unas monedas.

Por encima de la música alta me gritaste:

—No te preocupes por eso.

Llegamos a la puerta y uno de los tipos dijo:

—Dos pavos por vaso. —Después se dio cuenta de con quién hablaba—. Oh. Hola, Courtney. Aquí tienes. —Y te tendió un vaso de plástico rojo.

¿Dos pavos? ¿Solo eso? Debe de ser que a las chicas les cobran un precio diferente.

Hiciste un gesto con la cabeza en dirección a mí. El tío sonrió y me tendió un vaso. Pero cuando fui a cogerlo, no lo soltó. Me dijo que su sustituto vendría en cualquier momento y que podríamos pasar un rato juntos. Le sonreí, pero tú me agarraste del brazo y tiraste de mí hacia la puerta.

—No lo hagas —dijiste—. Confía en mí.

Te pregunté por qué, pero estabas dándole un repaso a la gente que había y ni tan siquiera me escuchaste.

No recuerdo ninguna historia de Courtney con un jugador de fútbol. Jugadores de baloncesto, sí.

Muchos. Pero ¿de fútbol americano? Ninguno.

Entonces me dijiste que teníamos que separarnos. ¿Y quieres saber qué fue lo

primero que pensé cuando dijiste eso, Courtney? Vaya, no ha tardado mucho.

Dijiste que había unas cuantas personas a las que tenías que saludar y que ya nos veríamos más tarde. Yo mentí y dije, como tú, que también había algunas personas a las que quería saludar.

Entonces me dijiste quej no me fuese sin ti.

—*Voy en tu coche, ¿te acuerdas?*

¿Cómo me iba a olvidar, Courtney?

El autobús gira por la calle de Courtney, en donde hay carteles de SE VENDE colgados en más o menos un tercio de los jardines. Cuando pasamos al lado de la casa de Courtney, parece como si esperase ver una estrella roja pintada con *spray* sobre la puerta principal. Pero el porche está enterrado en la oscuridad. No tiene ninguna luz. No hay luz en ninguna ventana.

Pero me sonreíste. Y, por fin, dijiste la palabra mágica: «adiós». Y adiós era exactamente lo que querías decir.

—¿Te has saltado tu parada, Clay?

Un frío helado me recorre la espalda.

Una voz. Una voz de chica. Pero no viene de los auriculares.



Alguien ha dicho mi nombre. Pero ¿de dónde ha salido esa voz?

Al otro lado del pasillo, la hilera de ventanas oscuras hace de espejo. Veo el reflejo de una chica que está sentada detrás de mí. Quizá sea de mi edad. Pero ¿la conozco? Me vuelvo y miro por encima del respaldo del asiento.

Skye Miller. Mi amor de octavo curso. Sonríe, o quizá sea más bien una sonrisita burlona, porque sabe que me acaba de pegar un susto de muerte.

Skye siempre ha sido guapa, pero se comporta como si eso nunca se le hubiera pasado por la cabeza.

Especialmente durante los últimos dos años. Cada día se viste con ropa sosa y ancha. Casi se entierra bajo su ropa. Esta noche lleva una sudadera gris enorme y unos pantalones a juego.

Me quito los auriculares de las orejas.

—Hola, Skye.

—¿Te has pasado la parada de tu casa? —pregunta. Más palabras de las que me ha dirigido en mucho tiempo. Más palabras de las que le he escuchado decir a nadie en mucho tiempo—. Parará si se lo pides.

Meneo la cabeza. No. No es mi casa.

El autobús gira a la izquierda en el siguiente cruce y se detiene al lado del bordillo de la acera. La puerta se abre y grita hacia atrás:

—¿Alguien se baja?

Miro hacia la parte delantera del autobús, al espejo retrovisor y me encuentro con la mirada del conductor. Después me doy la vuelta hacia donde está Skye.

—¿A dónde vas? —pregunto.

Vuelve a poner esa sonrisita. Sus ojos continúan fijos en los míos. Está intentando con todas sus fuerzas hacer que me sienta incómodo. Y le está funcionando.

—No voy a ningún lado —dice por fin.

¿Por qué me hace esto? ¿Qué ha ocurrido entre octavo y ahora? ¿Por qué insiste en ser tan esquiva?

¿Qué ha cambiado? Nadie lo sabe. Un día, o por lo menos pareció haber ocurrido así de rápido, simplemente dejó de querer formar parte de nada.

Pero esta es mi parada y debo bajarme. Está a medio camino entre dos estrellitas rojas: la casa de Tyler y la de Courtney.

En vez de eso, podría quedarme allí y hablar con Skye. Para ser más precisos, podría quedarme allí e intentar hablar con Skye. Tener una casi garantizada conversación unidireccional.

—Nos vemos mañana —dice.

Y ya está. La conversación ha acabado. Una parte de mí, admito, se siente aliviada.

—Nos vemos —digo.

Me cuelgo la mochila al hombro y camino hacia la parte delantera del autobús. Le doy las gracias al conductor y vuelvo al aire frío del exterior. La puerta se cierra detrás de mí. El autobús arranca. Veo pasar a Skye, con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventana y los ojos cerrados.

Me coloco la mochila sobre los dos hombros y tenso las asas. Otra vez solo, comienzo a caminar.

Hacia la casa de Tyler.

Vale, pero ¿cómo sabré cuál es? Está en esta manzana, eso lo sé, y está a este lado de la calle, pero Hannah no ha dado ninguna dirección.

Si la luz de su habitación está encendida, quizá vea las persianas de bambú.

Busco las persianas en cada casa por la que paso, intentando no quedarme mirando durante demasiado rato.

Quizá tenga suerte. Quizá haya un cartel en su jardín: *VOYEUR ENTRA*.

No puedo evitar sonreír ante mi propio chiste infame.

Con las palabras de Hannah a un golpe de botón, me siento mal al sonreír así. Pero también me hace sentir bien. Me da la impresión de que es la primera vez que sonrío en meses, a pesar de que solo hayan pasado horas.

Después, a dos casas de allí, la veo.

Dejo de sonreír.

La luz de la habitación está encendida y las persianas de bambú están bajadas. Una telaraña de cinta adhesiva plateada mantiene unida la ventana rota.

¿Habría sido una piedra? ¿Habría tirado alguien una piedra a la ventana de Tyler?

¿Alguien que conozco? ¿Alguien de la lista?

Mientras me acerco casi me la puedo imaginar, a Hannah, de pie al lado de su ventana susurrándole a una grabadora. Palabras demasiado débiles para que yo las pueda escuchar desde esta distancia. Pero al final, las palabras me llegan.

Un seto cuadrado separa el jardín delantero de Tyler del de al lado. Camino hacia él para evitar ser visto. Porque tiene que estar mirando. Mirando hacia afuera. Esperando a que alguien abra su ventana de golpe.

—¿Quieres tirar algo?

El escalofrío helado vuelve a recorrerme la espalda. Me doy la vuelta, preparado para pegarle a alguien y salir corriendo.

—¡Para! ¡Soy yo!

Marcus Cooley, del instituto.

Me echo hacia adelante y apoyo las manos sobre las rodillas. Estoy agotado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

Marcus sostiene una piedra del tamaño de un puño justo bajo mis ojos.

—Cógela —dice.

Le miro.

—¿Por qué?

—Te sentirás mejor, Clay. De verdad.

Miro hacia la ventana. Hacia la cinta adhesiva. Después bajo la vista y cierro los ojos mientras niego con la cabeza.

—Déjame adivinar, Marcus. Apareces en las cintas.

No responde. No hace falta. Cuando levanto la vista, las comisuras de sus ojos se esfuerzan por contener una sonrisa. Y sé por ello que no siente vergüenza.

Señalo con la cabeza en dirección a la ventana de Tyler.

—¿Lo hiciste tú?

Me pone la piedra en la mano.

—Serías el primero que dice que no, Clay.

El corazón comienza a acelerárseme. No porque Marcus esté aquí delante, ni porque Tyler esté en algún lugar dentro de la casa, o por la pesada piedra que tengo en la mano, sino por lo que me acaba de decir.

—Eres el tercero que viene —dice—. Sin contarme a mí.

Intento imaginarme a alguna otra persona que no sea Marcus, alguien más de la lista, lanzando una piedra a la ventana de Tyler. Pero no puedo. No tiene sentido.

Todos estamos en la lista. Todos. Somos culpables de algo. ¿Por qué iba a ser Tyler diferente del resto de nosotros?

Me quedo mirando la piedra que tengo en la mano.

—¿Por qué haces esto? —pregunto.

Hace un gesto con la cabeza por encima del hombro, manzana abajo.

—Mi casa está ahí abajo. Tiene la luz encendida. He estado observando la casa de

Tyler para ver quién se acerca.

No puedo imaginarme qué les habrá contado Tyler a sus padres. ¿Les habrá suplicado que no sustituyan la ventana porque podría haber más pedradas? ¿Y qué habrán dicho? ¿Le habrán preguntado cómo lo sabía? ¿Le habrán preguntado por qué?

—El primero fue Alex —dice Marcus. No parecía avergonzarse lo más mínimo al contarme aquello—. Estábamos juntos en mi casa cuando, sin venir a cuento, me pidió que le dijese cuál era la casa de Tyler.

No sabía por qué, no es que fuesen muy amigos, pero él tenía mucho interés en saberlo.

—¿Y qué, le diste una piedra para que se la tirase a la ventana?

—No. Fue idea suya. Yo entonces ni siquiera sabía que las cintas existían.

Lanzo la piedra al aire unos centímetros y la recojo con la otra mano. Incluso aunque las piedras anteriores no la hubiesen debilitado, la ventana no tendría ninguna posibilidad de salvarse ante aquel proyectil. ¿Por qué ha elegido Marcus esta piedra para mí? Él ya ha escuchado el resto de las cintas, pero quiere que sea yo el que acabe con la ventana. ¿Por qué?

Me vuelvo a pasar la piedra a la otra mano. Más allá de su hombro veo la luz del porche de la casa de Marcus. Debería hacer que me dijese cuál es su ventana. Debería decirle que esta piedra va a atravesar una de las ventanas de su casa, y que por lo tanto debería decirme cuál es la suya para no matar del susto a su hermanita pequeña.

Agarro la piedra con más fuerza. Todavía más. Pero no hay forma de evitar que me tiemble la voz.

—Eres un capullo, Marcus.

—¿Qué?

—Tú también sales en las cintas —digo—. ¿A que sí?

—Y tú también, Clay.

La voz me tiembla por la rabia y por estar intentando contener las lágrimas.

—¿Qué nos hace tan diferentes de él?

—Es un *voyeur* —dice Marcus—. Es un friki. Miraba por la ventana de Hannah, ¿así que por qué no romperle la suya?

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Tú qué hiciste?

Durante un instante me atraviesa con la mirada. Después parpadea.

—Nada. Es ridículo —dice—. Yo no debería estar en esas cintas. Hannah solo quería tener una excusa para matarse.

Dejo caer la piedra sobre la acera. Tenía dos opciones, o eso, o tirársela a la cara allí mismo.

—Apártate de mí —le digo.

—Estamos en mi calle, Clay.

Cierro los dedos y aprieto con fuerza los puños. Bajo la mirada hacia la piedra, me duele volver a cogerla.

Pero me doy la vuelta. Rápidamente. Recorro todo el tramo de acera ante la casa de Tyler sin mirar hacia la ventana. No me permito pensar. Me sacó los auriculares del cuello y me los vuelvo a colocar en las orejas. Me meto la mano en el bolsillo y le doy al «Play».



¿Me sentí molesta cuando me dijiste adiós, Courtney?

No demasiado. Es difícil sentirse molesta cuando lo que esperabas resulta ser cierto.

Continúa caminando, Clay.

¿Pero me sentí utilizada? Completamente.

Y además durante todo el tiempo que Courtney me estuvo utilizando, seguramente ella pensase que estaba limpiando su imagen ante mis ojos. ¿Podríamos llamarlo... un fracaso?

La fiesta acabó convirtiéndose en una noche de primeras veces para mí. Vi mi primera pelea, que fue terrible. No tengo ni idea de por qué peleaban, pero comenzó justo detrás de mí. Dos tíos se estaban gritando, y cuando me volví, apenas había un par de centímetros de separación entre el torso del uno y el del otro. Comenzó a formarse un corrillo que los iba incitando. La multitud se convirtió en un grueso muro que no tenía ninguna intención de dejar que la situación se calmase. Lo único que hacía falta era que uno de los dos torsos salvase la distancia, aunque fuese por accidente, y ya estaría liada.

Y aquello fue lo que ocurrió.

La sacudida de un torso se transformó en un empujón, que a su vez se convirtió en un puño que golpeó una mandíbula.

Tras unos cuantos puñetazos más, me di la vuelta y me abrí paso a través del muro de gente que en aquel momento ya tenía cuatro cuerpos de profundidad. Algunos de los que estaban más atrás se ponían de puntillas para ver mejor.

Asqueroso.

Corrí hacia dentro, en busca de un lavabo en el que esconderme. No me sentía físicamente mal.

Pero mentalmente... mi mente se retorció de muchas formas. La única cosa en la que podía pensar era que necesitaba vomitar.

Saco el mapa y busco la estrella más cercana que no sea la de Courtney. No iré ahí. No voy a escuchar a Hannah hablar de ella mientras miro la casa oscura y vacía.

Iré al punto siguiente.

Una vez vimos un documental sobre las migrañas en clase de Salud. Uno de los hombres a los que entrevistaban solía dejarse caer de rodillas y golpearse la cabeza contra el suelo una y otra vez durante los ataques. Aquello hacía que el dolor se desviase desde las profundidades de su cerebro, en donde no podía alcanzarlo, a un dolor en el exterior que podía controlar. Y de alguna forma, al vomitar, aquello era lo que yo esperaba hacer.

Es difícil ver la ubicación exacta de las estrellitas rojas si no paro de caminar, si no me detengo bajo una farola. Pero no puedo parar de caminar. Ni por un momento.

Ver a aquellos tipos pegarse una paliza el uno al otro para que nadie sospechase que eran débiles fue demasiado para mí. Su reputación era más importante que su cara. Y la reputación de Courtney era más importante que mi reputación.

¿Realmente alguien de la fiesta se creyó que habíamos ido como amigas? ¿O sencillamente pensaron que yo era su última obra de caridad?

Supongo que nunca lo sabré.

Vuelvo a doblar el mapa y me lo meto bajo el brazo.

Por desgracia, el único cuarto de baño que encontré estaba ocupado... así que volví a salir. La pelea había acabado, todo había vuelto a la normalidad y yo quería marcharme.

La temperatura continúa bajando y me rodeo el pecho con los brazos mientras camino.

Cuando llegué a la puerta, la misma puerta por la que había entrado a la fiesta, adivinad quién estaba allí solito de pie.

Tyler Down... completamente equipado con su cámara de fotos.

Ya es hora de dejar en paz a Tyler, Hannah.

Cuando me vio, la expresión de su cara no tenía precio. Y fue lamentable. Cruzó los brazos pretendiendo proteger la cámara de mi vista. Pero ¿qué necesidad tenía de hacer aquello? Todo el mundo sabe que hace las fotos para el anuario.

Pero aun así le pregunté.

—¿Para qué es eso, Tyler?

—¿El qué? Ah... ¿esto? Ejem... para el anuario.

Y entonces, detrás de mí, alguien me llamó. No os voy a decir quién porque no importa. Igual que la persona que me había tocado el culo en el Blue Spot

Liquor, lo que estaba a punto de decir no era más que una consecuencia de las acciones de alguna otra persona. De la crueldad de alguna otra persona.

—Courtney me ha dicho que debería hablar contigo —dijo.

Exhalo rápidamente. Después de esto, tu reputación está arruinada, Courtney.

Miré detrás de él. Al final del jardín había tres barriles de cerveza plateados en medio de una piscina inflable llena de hielo. Al lado de la piscina, Courtney hablaba con tres chicos de otro instituto.

El chico que estaba delante de mí le dio un pequeño sorbo a su cerveza.

—Dice que eres una tía muy enrollada.

Y yo comencé a ablandarme. Comencé a bajar la guardia. Claro, quizá yo tuviera razón y a Courtney lo único que le importaba era salvar su imagen. Quizá hubiera pensado que enviando a un chico mono a hablar conmigo me olvidaría de que me había estado ignorando durante toda la fiesta.

Sí, era bastante mono. Y vale, quizá yo tuviese ganas de tener un poco de amnesia selectiva.

Pero ocurrió algo, Hannah. ¿El qué?

Después de hablar durante un rato, el tío me dijo que tenía que confesarme algo. En realidad, Courtney no lo había enviado a hablar conmigo. Pero la había oído hablar de mí y por eso había venido a buscarme.

Le pregunté qué decía Courtney, y él se limitó a sonreír y mirar la hierba.

¡Estaba harta de aquellos juegucitos! Le exigí saber qué había dicho ella de mí.

—Que eres una tía muy enrollada —repitió.

Comencé a reconstruir mi guardia, ladrillo a ladrillo.

—Enrollada... ¿en qué sentido?

Se encogió de hombros.

—¿A qué se refiere?

¿Todo el mundo está preparado para esto? Nuestra dulce, pequeña señorita Crimsen le había dicho a aquel tipo, y a quien fuese que estuviera por allí escuchando, que yo tenía alguna que otra sorpresita guardada en los cajones de mi armario.

Se me cortó la respiración como si me hubieran pegado un puñetazo en el estómago.

¡Se lo había inventado! Courtney se había inventado aquello.

Y por el rabillo del ojo vi que Tyler Down comenzaba a alejarse.

En aquel momento comenzaron a brotarme las lágrimas.

—¿Dijo qué era lo que había dentro? —pregunté.

De nuevo, él sonrió.

Sentí la cara muy caliente, las manos comenzaron a temblarme y le pregunté por qué la había creído.

—¿Es que te crees todo lo que dice la gente de mí?

Me dijo que me tranquilizase, que no importaba.

—¡Sí! —le dije—. Sí que importa.

Lo dejé para tener una pequeña conversación al lado de la piscina de los barriles. Pero de camino allí se me ocurrió una idea mejor. Corrí hasta donde estaba Tyler y me paré delante de él.

—¿Quieres hacer una foto? —le dije—. Sígueme. —Lo cogí por el brazo y lo llevé al otro lado del jardín.

¡La foto! La foto que estaba en el libro de visitas.

Tyler protestó durante todo el camino, porque creía que yo quería que hiciese una foto de la piscina con los barriles.

—Nunca la imprimirán —decía—. ¿Menores bebiendo?

Vale, ¿por qué iban a querer un anuario en el que se mostrase la vida real de los estudiantes?

—No es eso —dije—. Quiero que me hagas una foto a mí. A mí y a Courtney.

Juro que en aquel momento la frente le brillaba. Yo y la chica del masaje en la espalda, de nuevo juntas.

Le pregunté si estaba bien.

—Sí, no, claro, bien. —Y esto es una cita exacta.

En la foto, Hannah está cogiendo a Courtney por la cintura. Hannah ríe, pero Courtney no. Está nerviosa.

Y ahora ya sé por qué.

En aquel momento a Courtney le estaban llenando el vaso, y le dije a Tyler que esperase allí mismo.

Cuando Courtney me vio, me preguntó si me lo estaba pasando bien.

—Alguien te quiere hacer una foto —le dije. Después la cogí del brazo y tiré de ella hacia donde estaba Tyler. Le dije que dejase el vaso o la foto no podría

salir en el anuario.

Tyler la había puesto en el libro de visitas del Monet. Quería que la viésemos.

Aquello no formaba parte de su plan. Solo me había invitado a la fiesta para limpiar su hermoso nombre después de haberme ignorado durante tanto tiempo. Una fotografía permanente que nos uniese la una a la otra era algo que no estaba previsto que ocurriese.

Courtney intentó soltarse.

—Yo... yo no quiero —dijo.

Me di la vuelta para mirarla a la cara.

—¿Por qué no, Courtney? ¿Por qué me has invitado a venir aquí? Por favor, no me digas que solo he hecho de chófer. Vaya, creía que éramos amigas.

Debía de haberla puesto en el libro de visitas porque sabía que nunca la encontraríamos en el anuario.

Nunca la hubiera conseguido colar. No después de saber lo que realmente significaba aquella foto.

—Somos amigas —dijo ella.

—Entonces deja tu bebida —dije yo—. Es hora de hacernos una foto.

Tyler levantó la cámara y enfocó el objetivo mientras esperaba ver nuestras sonrisas hermosas y naturales. Courtney escondió la bebida a un lado. Yo le rodeé la cintura con el brazo y le dije:

—Si alguna vez quieres coger algo de mi armario, Courtney, solo tienes que pedírmelo.

—¿Preparadas? —dijo Tyler.

Yo me eché hacia delante, haciendo como si alguien me acabase de contar el chiste más divertido del mundo. Clic.

Después les dije que me iba porque la fiesta era una mierda.

Courtney me suplicó que me quedase. Me dijo que fuese razonable. Y quizá yo estaba siendo un poco insensible. Bueno, ella aún no podía marcharse. ¿Cómo iba a volver a casa si su chófer no la esperaba?

—Encuentra a alguien que te lleve —dije. Y me marché.

Una parte de mí quería llorar por haber acertado sus intenciones sobre la invitación. En cambio, durante el largo camino de vuelta al coche, me eché a reír. Y les grité a los árboles:

—¿Qué pasa?

Entonces alguien me llamó.

—¿Qué quieres, Tyler?

Me dijo que tenía razón en lo de la fiesta.

—La fiesta es una mierda.

—No, Tyler, no es verdad —dije yo. Después le pregunté por qué me estaba siguiendo.

Bajó los ojos hasta la cámara y jugueteó con el objetivo. Necesitaba que alguien le llevase a casa, dijo.

En aquel momento me eché a reír de verdad. No específicamente por lo que había dicho, sino por la absurdidad de toda la noche. ¿De verdad que no tenía ni idea de que yo sabía lo de sus rondas nocturnas?, ¿lo de sus misiones nocturnas? ¿O es que sinceramente deseaba que no lo supiese?

Porque mientras no lo supiese, podríamos ser amigos, ¿verdad?

—Está bien —dije—. Pero no nos pararemos en ningún sitio.

Intentó hablar conmigo varias veces durante el viaje a casa. Pero cada vez yo le cortaba. No quería fingir que no pasaba nada, porque sí que pasaba.

Y después de haberlo dejado en su casa, tomé el camino más largo posible hasta la mía.

Tengo la sensación de que yo haré lo mismo.

Exploré callejones y carreteras escondidas que no sabía ni que existiesen. Descubrí barrios completamente nuevos para mí. Y al final... descubrí que aquella ciudad y todo lo que había en ella me ponía enferma.

Estoy empezando a pillarlo, Hannah.

Siguiente cara.



Casete 3: Cara B

¿Cuántos de vosotros recordáis los «Oh mi San Valentín de un dólar»?

¿Cuántos de vosotros seríais capaces de olvidarlos?

Eran divertidos, ¿verdad? Rellenabas un test, un programa de ordenador analizaba tus respuestas y después las cruzaba con los demás tests. Solo por un pavo, obtenías el nombre y el teléfono de tu verdadera alma gemela. Por cinco dólares, te daban los cinco mejores. Y ¡eh! Las ganancias van a parar a una causa justa.

El campamento de animadoras.

El campamento de animadoras.

Cada mañana aparecían los alegres anuncios por los altavoces:

—No lo olvides, solo quedan cuatro días para rellenar tu cuestionario. Solo cuatro solitarios días más hasta que conozcas a tu amor verdadero.

Y cada mañana, una nueva vital animadora continuaba la cuenta atrás.

—Solo faltan tres días... Solo faltan dos días... Solo falta un día... ¡Hoy es el día!

A cada paso que daba por la acera que se interponía entre la casa de Tyler, Marcus y yo, los músculos de mis hombros se relajaban un poco más.

Entonces todo el equipo de animadoras cantaba:

—¡Oh mi San Valentín, oh mi San Valentín, oh mi San Valentín de un dólar!

Y aquello, por supuesto, venía seguido de exclamaciones y gritos y aplausos. Siempre me las imaginaba dando pataditas y saltando y agitando los pompones por la conserjería.

Yo había pasado una vez por la conserjería, para hacerle un recado a un profesor, y eso era exactamente lo que estaban haciendo.

Y sí, yo rellené mi cuestionario. Toda la vida me han encantado los cuestionarios. Si alguna vez me habéis pillado leyendo una revista para adolescentes, juro que no era por los consejos de maquillaje. Era por los tests.

Porque tú nunca llevabas maquillaje, Hannah. No te hacía ninguna falta.

Vale, algunos de los consejos para el cabello y el maquillaje eran útiles.

¿Llevabas maquillaje?

Pero solo compraba las revistas por los tests. Los consejos eran un extra.

¿Os acordáis de aquellos test profesionales que tuvimos que rellenar en nuestro primer año de instituto, los que se suponía que nos tenían que ayudarnos para elegir las optativas? Según el mío, yo sería una leñadora magnífica. Y si aquella profesión no me salía bien, el plan alternativo sería hacer carrera como astronauta.

¿Astronauta o leñadora? ¿En serio? Gracias por la ayuda.

No recuerdo cuál era mi carrera alternativa, pero a mí también me había salido el leñador. Había intentado imaginarme por qué el test había decidido que aquella era mi mejor salida profesional. Cierto, había marcado que me gustaba estar al aire libre, pero ¿a quién no? Eso no significa que me guste cortar árboles.

El test de San Valentín tenía dos partes. Primero, tenías que describirte a ti misma. Color de pelo.

Color de ojos. Estatura. Complexión. Estilos de música favoritos y película favorita. Después marcabas las tres cosas que más te gustaba hacer los fines de semana. Algo que resultaba divertido, porque quien fuera que hubiera diseñado la lista había olvidado mencionar el alcohol y el sexo, lo cual hubiera sido la respuesta más acertada para la mayor parte de los estudiantes.

En total, eran más o menos unas veinte preguntas. Y por lo que sé, basándome en los nombres que aparecieron en mi lista, no todo el mundo respondía con sinceridad.

En medio de la acera, bajo una farola, hay un banco de metal verde oscuro. Quizá en otro tiempo hubiese sido una parada de autobús. Pero ahora no es más que un banco para descansar. Para ancianos, para cualquiera que esté demasiado cansado para caminar.

Para mí.

En la segunda parte del cuestionario, te tocaba describir lo que buscabas en tu alma gemela. Su estatura. Su complexión. Si tenía que ser atlético o no. Tímido o extrovertido.

Me siento sobre el frío metal y me inclino hacia adelante, hundiendo la cabeza entre las manos. Estoy a solo unas manzanas de mi casa, y no sé a dónde ir.

Cuando rellené el mío, me encontré con que estaba describiendo a una persona del instituto en concreto.

Debería haber respondido mi test en serio.

Pensaréis que si todas mis respuestas describían a una persona, esa persona por lo menos debería haber aparecido entre mis cinco mejores opciones. Pero

esa persona debía de ser inmune a las animadoras y a sus ánimos, porque no ocupó ningún lugar de mi lista.

Y no, no os diré su nombre... todavía.

Para divertirme, yo había rellenado el mío como si fuese Holden Caulfield de *El guardián entre el centeno*, nuestra lectura obligatoria de aquel semestre y la primera persona que se me vino a la cabeza.

Holden. Vaya primera cita más terrible que sería aquel solitario deprimido.

En el mismo instante en el que se distribuyeron los tests, durante la tercera clase, la de Historia, mis respuestas comenzaron a bullir.

Seguro que en mi lista había algunos nombres extraños. Exactamente el tipo de gente a la que esperaba que le gustase Holden Caulfield.

Era el típico día de la clase de historia del entrenador Patrick. Descifra un montón de notas garabateadas en la pizarra seguramente unos minutos antes de que comience la clase, después cópialas en la libreta. Si acabas antes de que se termine la clase, lee de la página ocho hasta la noventa y cuatro de tu libro de texto... y no te quedes dormida.

Y nada de hablar.

¿Cómo iba a saber que todas aquellas chicas me llamarían? Yo daba por hecho que todo el mundo en el instituto veía aquellos cuestionarios como una broma. Simplemente una forma de recaudar fondos para el campamento de animadoras.

Después de clase me fui directamente al local de estudiantes. Al final del mostrador, cerca de la puerta, estaba la caja para dejar las papeletas: una caja de zapatos grande con un corte en la tapa, decorada con corazoncitos rojos y rosas recortados. En los corazones rojos ponía ¡Oh mi San Valentín de un dólar! En los rosas había dibujados símbolos del dólar en verde.

Doblé mi test en dos, lo metí en la caja y después me di la vuelta para marcharme. Pero la señorita Benson, tan sonriente como de costumbre, estaba justo allí al lado.

—¿Hannah Baker? —dijo—. No sabía que Courtney Crimsen y tú erais amigas.

La cara que puse debió de expresar exactamente lo que estaba pensando, porque inmediatamente dio marcha atrás:

—Por lo menos eso es lo que me he imaginado. Bueno, sois amigas, ¿verdad?

Esa mujer es de lo más cotilla.

Mi primer pensamiento fue para Tyler, me lo imaginé fuera de mi ventana... ¡y

me sentía furiosa!

¿Estaría enseñando esas fotos de voyeur ? ¿A la señorita Benson?

No. La señorita Benson me dijo que había tenido que llevar unos cheques a la sala del anuario aquella mañana. En la pared había clavadas algunas fotos de muestra que podrían aparecer en el anuario. En una foto en particular salíamos Courtney y yo.

Lo habéis adivinado. Era la foto de la fiesta, en la que salía yo con el brazo alrededor de su cintura y con pinta de estar pasándomelo mejor que nunca.

Qué buena actriz, Hannah.

Le dije:

—No, solo somos conocidas.

—Bueno, es una foto muy linda —dijo la señorita Benson. Y recuerdo exactamente las palabras que siguieron—. Lo maravilloso de una foto del anuario es que todo el mundo comparte ese momento contigo... para siempre.

Sonaba como si hubiera dicho esa frase un millón de veces antes de aquella. Y antes, seguramente yo hubiera estado de acuerdo. Pero no con aquella foto. Estaba claro que nadie que mirase la foto compartiría nuestro momento. No podrían imaginarse, ni por asomo, lo que yo estaba pensando en aquella foto. Ni lo que pensaba Courtney. Ni lo que pensaba Tyler.

Todo en ella era falso.

Justo en aquel momento, en aquel cuarto, al darme cuenta de que nadie sabía la verdad de mi vida, mi opinión sobre el mundo se tambaleó.

Era como estar conduciendo por una calle llena de baches y perder el control del volante, con lo que sales disparada —solo un poco— de la carretera. Las ruedas escupen algo de tierra, pero consigues volver a enderezarlo. Pero no importa lo fuerte que agarres el volante, no importa lo mucho que te esfuerces en conducir en línea recta, hay algo que continúa tirándote hacia un lado. Ya apenas tienes control. Y en algún momento, la lucha se vuelve demasiado dura —demasiado agotadora— y valoras la posibilidad de soltarlo. Y permites que una tragedia... o lo que sea... ocurra.

Presiono las puntas de los dedos contra la línea del cabello de mi frente, con fuerza, y los pulgares contra las sienes, y aprieto.

Estoy segura de que Courtney tenía una hermosa sonrisa en aquella foto. Fingida, pero hermosa.

No la tenía. Pero tú no podías saberlo.

Mirad, Courtney pensaba que podría hacerme ir de aquí para allá siempre que quisiera. Pero yo no dejé que eso ocurriese. Me volví a salir de la carretera el tiempo justo como para echarla fuera a ella... aunque solo fuese durante un momento.

¿Y ahora? El cuestionario. Para el día de San Valentín. ¿Sería aquella otra oportunidad para que me echasen de la carretera? ¿Sería aquella encuesta, para los chicos que encontrasen mi nombre en su lista, la excusa que necesitaban para pedirme que saliese con ellos?

¿Y se sentirían más emocionados todavía por ello a causa de los rumores que habían escuchado?

Miré la ranura que había en la parte superior de la caja de zapatos, era demasiado fina como para meter los dedos por ella. Pero podría levantar la tapa y sacar mi cuestionario. Sería tan fácil. La señorita Benson me preguntaría por qué y yo podría fingir que me daba vergüenza haber rellenado una encuesta amorosa. Ella lo entendería.

O... Podía esperar y ver qué ocurría.

Si hubiera sido listo, si hubiera sido sincero con mi encuesta, habría descrito a Hannah. Y quizá habríamos hablado. Hablado en serio. No simplemente hacernos bromas como el verano pasado en el cine.

Pero no lo hice. No pensaba en eso.

¿Qué harían la mayoría de los alumnos? Lo que yo esperaba, que era coger su lista y echarse unas risas sin darle ninguna importancia, ¿o realmente la utilizarían?

Si en mi lista hubieran aparecido el nombre y el número de teléfono de Hannah, ¿la habría llamado?

Me deslizo sobre el banco helado, dejando caer la cabeza hacia atrás. Muy atrás, como si la punta de la columna se me fuese a romper si continúo.

Poco, me dije, puede salir mal. El test es una broma. Nadie lo utilizará. Relájate, Hannah. No estás cayendo en una trampa.

Pero si tenía razón, si aquella sensación era correcta y yo voluntariamente le había dado a alguien una excusa para comprobar los rumores que había sobre mí... bueno... no lo sé. Quizá me hubiera encogido de hombros. Quizá me hubiera fastidiado.

O quizá lo hubiera dejado pasar y hubiera desistido.

Aquella vez, por primera vez, me planteé la posibilidad de desistir. Incluso encontré esperanza en ella.

Desde la fiesta de despedida de Kat no había podido parar de pensar en Hannah. El aspecto que tenía.

Cómo se movía. Cómo no encajaba en absoluto con lo que había escuchado. Pero tenía demasiado miedo de averiguarlo, de comprobarlo. Tenía demasiado miedo de que se riese si le pedía que saliese conmigo.

Tenía demasiado miedo.

Entonces, ¿cuáles eran mis opciones? Podía salir del local con pesimismo y llevarme el cuestionario conmigo. O podría irme con optimismo y desear que ocurriese lo mejor. Al final, salí del local con mi cuestionario todavía dentro de la caja, insegura ante lo que era. ¿Optimista? ¿Pesimista?

Ninguna de las dos cosas. Era una tonta.

Cierro los ojos, concentrado en el aire frío que flota a mi alrededor.

Cuando fui al cine el verano pasado en respuesta a una oferta de trabajo, fingí sorprenderme de que Hannah trabajase allí. Pero ella era la única razón por la que había respondido al anuncio.

—¡Hoy es el día! —dijo la animadora... muy animada, por supuesto—. Recoged vuestros Oh mi San Valentín de un dólar en el local de estudiantes a lo largo del día de hoy.

Durante mi primer día de trabajo, me colocaron en el puesto de chucherías con Hannah. Me enseñó cómo ponerle la «mantequilla» a las palomitas.

Me había dicho que si alguien que me gustaba venía, no pusiese mantequilla en la parte de abajo del cartón. Así, a mitad de la película, volvería para pedir más. Y entonces no habría tanta gente por allí y podríamos hablar.

Pero nunca lo hice. Porque era Hannah quien me gustaba. Y la idea de que les hiciese aquello a otros chicos me había puesto celoso.

Todavía no había decidido si quería saber con quién me emparejaría el cuestionario. Con la suerte que tenía, sería algún otro leñador. Pero cuando llegué al local y vi que no había nadie haciendo cola, pensé... qué demonios.

Fui hasta el mostrador y comencé a decir mi nombre, pero la animadora que estaba en el ordenador me cortó.

—Gracias por apoyar a las animadoras, Hannah. —Ladeó la cabeza y sonrió—. Ha sonado tonto, ¿a que sí? Pero se supone que se lo tengo que decir a todo el mundo.

Seguramente fuese la misma animadora que me había dado los resultados de mi test.

Tecleó mi nombre en el ordenador, le dio al Enter y después me preguntó cuántos nombres querría.

¿Uno o cinco? Dejé un billete de cinco dólares sobre el mostrador. Le dio a la tecla del número cinco y una impresora que estaba a mi lado del mostrador sacó la lista.

Me dijo que ponían la impresora de nuestro lado para que las animadoras no sintiesen la tentación de echarles un vistazo a los nombres. Así la gente no se sentiría avergonzada al ver quién le había tocado.

Le dije que era buena idea y comencé a repasar la lista.

—Y bien —dijo la animadora—, ¿quién te ha salido?

Sin duda era la animadora que me había atendido a mí.

Estaba bromeando, claro.

No, no lo estaba.

Medio bromeando. Dejé la lista sobre el mostrador para que la viese.

—No está mal —dijo—. Ooh, me gusta este.

Le di la razón en que no era una mala lista. Pero tampoco era maravillosa.

Se encogió de hombros y dijo que no le hiciera mucho caso a mi lista. Después me contó un secretito. Aquel no era el más científico de los cuestionarios.

Excepto para aquellos que buscasen a un solitario deprimido como Holden Caulfield. En ese caso, merecía el premio Nobel.

Las dos coincidimos en que había dos nombres en la lista que harían buena pareja conmigo. Otro nombre, uno que a mí me había gustado, le provocó una reacción totalmente diferente.

—No —dijo. Su cara, su postura, perdió toda su alegría—. Créeme... no.

¿Está en alguna de tus cintas, Hannah? ¿Es esta cinta sobre él? Porque no creo que esta cinta sea sobre la animadora.

—Pero es mono —dije.

—Por fuera —me dijo ella.

Sacó un fajo de billetes de cinco dólares de detrás del mostrador, puso el mío encima de todo y después repasó todo el fajo colocando cada billete de la misma forma.

No forcé la conversación, pero debería haberlo hecho. Y en un par de cintas más sabréis por qué.

Lo cual me recuerda que no os he dicho quién es el protagonista de esta cinta. Por suerte, ahora es el momento ideal para presentarlo porque es exactamente

el momento en el que apareció.

De nuevo, no soy yo.

Algo comenzó a vibrar. ¿Un teléfono? Miré a la animadora, pero negó con la cabeza. Así que puse mi mochila sobre el mostrador, saqué mi teléfono y contesté.

—Hannah Baker —dijo el que llamaba—. Me alegro de saber de ti.

Volví a mirar a la animadora y me encogí de hombros.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Adivina cómo he conseguido tu número —dijo.

Le dije que odiaba las adivinanzas, así que me lo dijo.

—He pagado por él.

—¿Has pagado por mi número de teléfono?

La animadora se puso la mano sobre la boca y señaló hacia la impresora: ¡los Oh mi San Valentín de un dólar!

Ni de coña, pensé. ¿Alguien me estaba llamando porque mi nombre estaba en su lista? Era algo emocionante, sí. Pero al mismo tiempo era raro.

La animadora señaló hacia los nombres que las dos habíamos pensado que serían buenas parejas, pero negué con la cabeza. Conocía lo bastante bien aquellas voces para saber que no era ninguna de ellas. Tampoco era la otra, contra la que me había advertido.

Leí los otros dos nombres de mi lista en alto.

—Parece ser que tú has salido en mi lista —dijo el que llamaba—, pero yo no he salido en la tuya.

De hecho, sí que has salido en su lista. En una lista diferente. Una en la que estoy seguro de que no te gusta estar.

Le pregunté en qué posición de su lista había aparecido mi nombre.

Volvió a decirme que lo adivinase, y después añadió rápidamente que estaba de broma.

—¿Preparada? —preguntó—. Eres mi número uno, Hannah.

Repetí su respuesta moviendo los labios sin decir nada —¡número uno!— y la animadora se puso a dar saltitos.

—¡Es genial! —susurró.

Después el que llamaba me preguntó qué planes tenía para el día de San

Valentín.

—Depende —le dije—. ¿Quién eres?

Pero no respondió. No le hacía falta. Porque en aquel momento lo vi... de pie justo al otro lado de la ventanilla del local. Marcus Cooley.

Hola, Marcus.

Aprieto los dientes. Marcus. Debería haberle tirado la piedra cuando tuve la oportunidad.

Marcus, como ya sabéis, es uno de los mayores holgazanes del instituto. No es un holgazán-gandul, es un holgazán de los buenos.

Vuélvelo a adivinar.

Es divertido de verdad. Un número infinito de clases terriblemente aburridas se habían salvado gracias a un comentario gracioso de Cooley hecho en el momento oportuno. Así que, como era natural, no tomé sus palabras en serio.

Incluso a pesar de que solo estaba a unos metros de mí, separado por una ventana, continúe hablando con él por teléfono.

—Estás mintiendo —dije—. Yo no estoy en tu lista.

Su sonrisita normalmente tonta tenía en aquel momento una cierta sensualidad.

—¿Qué pasa?, ¿piensas que nunca hablo en serio? —preguntó. Después colocó su lista contra la ventanilla.

Aunque yo estaba demasiado lejos como para poder leerla, di por hecho que solo la había enseñado para demostrar que mi nombre aparecía realmente en la primera posición. Aun así, creí que debía de estar bromeando sobre lo de salir juntos el día de San Valentín. Así que pensé que lo haría sufrir un poquito.

—Bien —dije—. ¿Cuándo?

La animadora se cubrió la cara con las dos manos, pero a través de sus dedos vi cómo se ponía colorada.

No lo sé, si no la hubiera tenido incitándome, como audiencia, dudo que hubiera accedido a salir con él así de rápido. Pero yo le estaba siguiendo el juego. Le estaba dando algo sobre lo que presumir durante los ensayos de las animadoras.

Ahora le tocaba ruborizarse a Marcus.

—Oh... ejem... vale... bueno... ¿Qué te parece en el Rosie? Para tomar un

helado.

E-5. Vi la estrellita en el mapa mientras estaba en el autobús. Sabía más o menos en dónde estaba, solo que no sabía qué local en concreto era. Pero debería haberlo adivinado. Los mejores helados y las hamburguesas y patatas fritas más grasientas del lugar. El Bar de Rosie.

Mis palabras salieron en un tono sarcástico:

—¿Helado? —Pero no pretendía que fuese así. Solo era que una cita para tomar un helado sonaba tan... mono. Así que acepté quedar con él después del instituto. Y colgamos.

La animadora golpeó las manos sobre el mostrador.

—En serio que me tienes que dejar contar esto.

La hice prometer que no se lo diría a nadie hasta el día siguiente, por si acaso.

—Vale —dijo. Pero ella me hizo prometer a mí que le contaría todos y cada uno de los detalles.

Algunos quizá conozcáis a la animadora. He hablado de ella, pero no he dicho su nombre. Fue muy dulce y se emocionó mucho conmigo. No hizo nada malo.

Hablo en serio. Nada de sarcasmos aquí. No os matéis intentando leer entre líneas.

Antes sospechaba quién era la animadora. Pero ahora, al recordar el día en el que supimos lo de Hannah, estoy seguro. Jenny Kurtz. Teníamos clase de Biología juntos. Entonces yo ya me había enterado.

Pero hablo de cuando ella se enteró, bistorí en mano, con una lombriz abierta por la mitad ante ella. Dejó el bistorí y se sumió en un largo y aturdido silencio. Después se levantó y, sin detenerse ante la mesa del profesor para pedir permiso, salió del aula.

Me pasé el resto del día buscándola, atónito ante su reacción. Como la mayoría de la gente, no tenía ni idea de su posible conexión con Hannah Baker.

¿Le conté a la animadora lo que había pasado en el Rosie? No. Todo lo contrario; la evité durante tanto tiempo como pude.

Y ahora sabréis el porqué.

Por supuesto, no podía evitarla eternamente. Y por eso, en un ratito, volverá a aparecer en las cintas... pero con nombre.

El aire frío no es la única razón por la que continúo temblando. Con cada cara de cada cinta, un viejo recuerdo se vuelve patas arriba. Una reputación se retuerce convirtiendo a la persona en alguien a quien no reconozco.

Sentí ganas de llorar cuando vi a Jenny salir de la clase de Biología. Cada vez que veía una reacción así, en ella, en el señor Porter, me hacía volver al momento en el que yo me había enterado de lo de Hannah. Cuando yo había llorado.

Y, en cambio, debería haberme enfadado con ellos.

Entonces, si queréis vivir por completo la experiencia de Hannah, id vosotros mismos al Rosie.

Dios. Odio no saber qué más creer. Odio no saber qué es real.

E-5 en vuestro mapa. Sentaos en uno de los taburetes que hay en la barra. En un minuto os contaré qué hacer después de sentaros. Pero primero, os pondré un poco en situación sobre el Rosie y yo.

Yo nunca había ido allí antes de aquel día. Ya lo sé, parece increíble. Todo el mundo ha estado en el Rosie. Es el lugar más guay, más interesante para quedar con alguien. Pero por lo que yo sé, nadie iba allí solo. Y cada vez que alguien me invitaba a ir, por alguna razón u otra, estaba ocupada. Familiares de visita que venían de fuera de la ciudad. Muchos deberes. Siempre tenía algo.

Para mí, el Rosie tenía una especie de aura. Un misterio. Por todas las historias que había escuchado, parecía como si las cosas siempre pasasen allí. Alex Standall, durante su primera semana en la ciudad, había tenido su primera pelea delante de la puerta del Rosie. Nos lo había contado a Jessica y a mí durante la época del café El jardín de Monet.

Cuando yo me había enterado de aquella pelea, me había servido como advertencia para no juntarme con el chaval nuevo. Alex sabía lo que era pegar, igual que recibir, un puñetazo.

Una chica, cuyo nombre no repetiré, había tenido su primera experiencia bajo el sujetador entre las máquinas de pinball del Rosie.

Courtney Crimsen. Todo el mundo sabía aquello. Y no es que Courtney se esforzase por ocultarlo.

Con todas aquellas historias, parecía como si el Rosie hiciese la vista gorda ante todo lo que allí ocurría mientras se llenaban cucuruchos y se les daba la vuelta a las hamburguesas. Así que yo quería ir, pero no iba a ir sola y parecer una gilipollas.

Marcus Cooley me proporcionó la excusa que necesitaba. Y simplemente pasó que yo era libre.

Libre, pero no tonta.

Marcus no me acababa de despertar mucha confianza. Tenía mis dudas acerca

de él. Pero no tantas de él como de la gente con la que andaba.

Gente como Alex Standall.

Después de despegarse de nuestro grupo «por mí y por todos mis amigos» del Monet, Alex había comenzado a andar con Marcus. Y después de la pequeña proeza que Alex había llevado a cabo con la lista de «Las que están buenas / Las que son feas», yo ya no confiaba en él.

Entonces, ¿por qué iba a confiar en alguien con quien él andaba?

No deberías.

¿Y por qué no? Pues porque aquello era exactamente lo que yo quería para mí. Quería que la gente confiase en mí, a pesar de lo que hubieran escuchado. Y más que eso, quería que me conociesen. Que se olvidasen de las cosas que pensaban que sabían de mí. Y que me conociesen de verdad. Quería que fuesen más allá de los rumores. Que mirasen más allá de las relaciones que había tenido una vez, o que quizá todavía tenía aunque no las aprobasen. Y si yo quería que la gente me tratase a mí así, entonces yo también tendría que hacer lo mismo con ellos, ¿verdad?

Así que entré en el Rosie y me senté en la barra. Y cuando vayas allí, si es que vas, no pidas inmediatamente.

El teléfono comienza a vibrarme en el bolsillo.

Solo siéntate y espera.

Y espera un poco más.

Es mamá.



Respondo al teléfono, pero incluso las palabras más sencillas se me atascan en la garganta y no digo nada.

—¿Cariño? —Su voz es suave—. ¿Va todo bien?

Cierro los ojos para concentrarme, para hablar con calma.

—Estoy bien. —¿Pero se habrá dado cuenta?

—Clay, cariño, se está haciendo tarde. —Hace una pausa—. ¿En dónde estás?

—Me he olvidado de llamar. Lo siento.

—No pasa nada. —Se ha dado cuenta, pero no pregunta—. ¿Quieres que te vaya a recoger?

No puedo volver a casa. Todavía no. Estoy tentado de decirle que tengo que quedarme hasta que haya acabado de ayudar a Tony con su proyecto del instituto. Pero estoy a punto de terminar esta cinta y solo me queda una más.

—¿Mamá? ¿Podrías hacerme un favor?

No hay respuesta.

—Me he dejado unas cintas en el banco de herramientas.

—¿Para tu proyecto?

¡Espera! ¿Y si las escucha? ¿Y si, para ver lo que son, mete una cinta en el radiocasete? ¿Y si es Hannah hablando de mí?

—Olvídalo. No te preocupes —digo—. Iré yo a buscarlas.

—Te las puedo llevar.

No respondo. No es que las palabras se me atasquen en la garganta, es que no sé cuáles utilizar.

—Voy a salir igualmente —dice—. Nos hemos quedado sin pan y estaba preparando unos bocadillos para mañana.

Se me escapa una risita y sonrío. Siempre que estoy fuera hasta tarde, me prepara un bocadillo para llevar al instituto. Yo siempre protesto y le digo que no, le digo que ya me lo haré yo cuando llegue a casa. Pero a ella le gusta hacerlo. Dice que le recuerda a cuando yo era más pequeño y la necesitaba.

—Dime dónde estás y te las llevo —dice.

Me inclino hacia delante sobre el banco de metal y digo la primera cosa que se me viene a la cabeza.

—Estoy en el Rosie.

—¿El bar? ¿Estáis haciendo un trabajo ahí? —Espera una respuesta, pero no tengo ninguna—. ¿No hay demasiado ruido?

La calle está vacía. No hay coches. No hay ruido. No hay alboroto de fondo. Sabe que no le estoy diciendo la verdad.

—¿Cuándo saldrás? —pregunto.

—En cuanto coja las cintas.

—Genial —comienzo a caminar—. Nos vemos ahora.



Escucha las conversaciones a tu alrededor. ¿Se pregunta la gente por qué estarás sentada ahí sola?

Ahora mira por encima de tu hombro. ¿Se han callado? ¿Han apartado la mirada?

Siento si esto suena patético, pero sabéis que es cierto. Nunca habéis ido solos, ¿a que no?

Yo no.

Es una experiencia completamente diferente. Y en tu más profundo interior sabes que la razón por la que nunca has ido sola es la razón que acabo de

explicar. Pero si vas, y no pides nada, todo el mundo pensará de ti lo mismo que pensaron de mí. Que estás esperando a alguien.

Así que siéntate. Y mira el reloj que está colgado en la pared cada pocos minutos. Cuanto más esperes —y esto es cierto— más despacio se moverán las agujas.

Hoy no. Cuando llegue allí, el corazón me latirá a toda prisa mientras veo cómo las agujas giran acercándose cada vez más al momento en el que mamá entrará por la puerta.

Comienzo a correr.

Cuando hayan pasado quince minutos, tienes mi permiso para pedir un batido. Porque quince minutos son diez minutos más de lo que debería tardar incluso la persona más lenta del mundo en llegar aquí desde el instituto.

Alguien... no va a venir.

Ahora, si quieres una recomendación, no fallarás si pides el batido de plátano y mantequilla de cacahuete.

Después continúa esperando, todo el tiempo que necesites para acabarte el batido. Si pasan treinta minutos, comienza a remover con la cucharilla hasta que no puedas escarbar más. Eso fue lo que hice yo.

Eres un capullo, Marcus. La dejaste plantada cuando para empezar ni tan siquiera deberías haberle pedido para salir. Era un juego para recaudar fondos para el campamento de animadoras. Si no querías tomártelo en serio, no tenías por qué hacerlo.

Treinta minutos esperando es mucho tiempo para una cita de San Valentín. Especialmente dentro del Bar de Rosie y sola. También te da tiempo de sobra para preguntarte qué habrá pasado. ¿Se habrá olvidado? Porque parecía sincero. Quiero decir, incluso la animadora pensó que lo decía en serio, ¿verdad?

Continúo corriendo.

Relájate, Hannah. Eso es lo que no paro de decirme. No te estás exponiendo para que te tiendan una trampa. Relájate. ¿A alguien más le suena eso? ¿No fue así como me convencí para no sacar el test de la caja?

Vale, para. Aquello era lo que se me pasaba por la cabeza después de haber esperado treinta minutos a que apareciese Marcus. Lo cual, probablemente, no me dejó en el mejor estado de ánimo para el momento en que por fin apareció.

Mi carrera se vuelve más lenta. No porque me haya quedado sin aliento ni porque estén a punto de fallarme las piernas. No estoy físicamente cansado. Pero estoy

agotado.

Si Marcus no la había dejado plantada, entonces ¿qué pasó?

Se sentó en el taburete al lado del mío y se disculpó. Le dije que casi lo había dado por perdido y me había marchado. Miró mi vaso de batido vacío y volvió a disculparse. Pero según él, no llegaba tarde. No estaba seguro ni tan siquiera de que yo fuera a estar allí.

Y no voy a utilizar esto contra él. Parecía ser que él creía que lo de la cita era en broma. O había dado por hecho que lo de la cita era una broma. Pero a mitad de camino a su casa, se había parado, se lo había pensado y había ido al Rosie por si acaso.

Y esa es la razón por la que estás en estas cintas, Marcus. Apareciste por si acaso. Por si acaso yo, Hannah Baker —Miss Reputación— te estuviera esperando.

Y tristemente, lo estaba. En aquel momento, solo había pensado que podría ser divertido.

Aquí está el Rosie. Al otro lado de la calle. Al final del aparcamiento.

Veréis, cuando Marcus entró en el Rosie, no venía solo. No, Marcus entró en el Rosie con un plan.

Una parte del plan era que nos apartásemos de la barra y fuésemos a una de las mesas que estaban cerca de la parte trasera. Al lado de las máquinas de pinball. Y que yo me quedase en la parte interior.

Yo, atrapada entre él... y la pared.

El aparcamiento está prácticamente vacío. Solo hay unos cuantos coches justo delante del Rosie, pero ninguno de ellos es el de mamá. Así que me detengo.

Si quieres, si estás sentado ahora mismo en el Rosie, quédate en la barra. Se está más cómodo allí.

Créeme.

Me quedo de pie en la acera, inspirando profundamente, exhalando con fuerza. Una mano roja parpadea en el semáforo al otro lado de la calle.

No sé hasta qué punto su plan ya estaba pensado. Quizá llegó solo con el final. Un objetivo. Y como ya he dicho, Marcus es divertido. Así que ahí estábamos, sentados a una mesa de espaldas al resto del bar, riendo. En un momento Marcus me hizo reír con tantas ganas que me dolía el estómago. Me eché hacia delante, le toqué el hombro con la frente y le supliqué que parase.

La mano continúa parpadeando, metiéndome prisa para que cambie de idea.

Diciéndome que me apure.

Todavía tengo tiempo para cruzar la calle, subir a la acera de un salto y atravesar el aparcamiento corriendo hasta el Rosie.

Pero no lo hago.

Y ahí fue cuando su mano tocó mi rodilla. Ahí fue cuando lo supe.

La mano deja de parpadear. Es una mano de un color rojo sólido, brillante.

Y me doy la vuelta. No puedo entrar ahí. Todavía no.

Dejé de reír. Casi dejé de respirar. Pero mantuve la frente apoyada en tu hombro, Marcus. Ahí estaba tu mano, sobre mi rodilla. Salida de la nada. De la misma forma en la que me habían tocado en la tienda de licores.

—¿Qué haces? —susurré.

—¿Quieres que la aparte? —preguntaste.

No respondí.

Me aprieto la mano contra el estómago. Es demasiado. Demasiado para poder con ello.

Iré al Rosie. En un minuto. Y espero llegar allí antes que mamá.

Pero primero, al cine en el que Hannah y yo habíamos trabajado durante un verano. Un lugar en el que ella estaba segura: el Cresmont.

Y yo tampoco me aparté de ti.

Era como si tú y tu hombro ya no estuvieseis conectados. Tu hombro no era más que un puntal sobre el que apoyar la cabeza mientras se me ocurría qué hacer. Y no podía apartar la vista mientras las puntas de tus dedos acariciaban mi rodilla... y comenzaban a subir.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté.

Solo está a una manzana de aquí, y quizá no sea una estrellita roja en su mapa, pero debería serlo.

Para mí es una estrellita roja.

Tu hombro se movió y yo levanté la cabeza, pero ahora tu hombro estaba detrás de mi espalda y me atraía hacia ti. Y tu otra mano me tocaba la pierna. La parte superior del muslo.

Miré sobre el respaldo del sofá hacia las otras mesas, hacia la barra, intentando cruzarme con la mirada de alguien. Y algunas personas miraban, pero se dieron la vuelta.

Bajo la mesa, mis dedos luchaban para arrancar los tuyos. Para aflojar la fuerza con la que me agarrabas. Por apartarte. Y no quería chillar —todavía

no había llegado a aquel nivel— pero mis ojos suplicaban ayuda.

Me meto las manos en los bolsillos, con los puños cerrados. Quiero descargarlos contra un muro o pegarle un puñetazo a un escaparate. Nunca le he pegado a nada ni a nadie, y ahora, solo en esta noche, ya había querido pegarle a Marcus con la piedra.

Pero todo el mundo miró para otro lado. Nadie me preguntó si tenía algún problema.

¿Por qué? ¿Estaban siendo educados?

¿Qué era, Zach? ¿Simplemente estabas siendo educado?

¿Zach? ¿Otra vez? Con Justin en la primera cinta, cayéndose sobre el jardín de Hannah. Después interrumpiéndonos a mí y a Hannah en la fiesta de despedida de Kat.

Odio esto. Ya no quiero averiguar cómo todo el mundo encaja en una historia.

—Para —dije. Y sé que me oíste porque yo estaba mirando por encima del respaldo y mi boca apenas estaba a unos centímetros de tu oreja—. Para.

El Cresmont. Doblo la esquina y ahí está, a menos de una manzana. Uno de los pocos edificios famosos de la ciudad. El último teatro *Art déco* del estado.

—No te preocupes —dijiste. Y quizá supieses que te quedaba poco tiempo porque tu mano subió inmediatamente por mi muslo. Hasta arriba del todo.

Así que embestí con las dos manos hacia donde estabas tú y te tiré al suelo.

Cuando alguien se cae de una mesa, resulta gracioso. Es así y ya está. Por lo tanto, pensaréis que la gente se echó a reír. A no ser, por supuesto, que sepan que no ha sido un accidente. Así que sabían que en aquella mesa estaba pasando algo, pero simplemente no les apetecía ayudar.

Gracias.

El toldo cruzado se extiende sobre la acera. El ornamentado cartel se eleva hacia el cielo como si fuese una pluma de pavo real eléctrica. Las letras parpadean todas al mismo tiempo, C-R-E-S-T-M-O-N-T, como si estuviesen llenando un crucigrama con letras de neón.

De todas formas, tú te marchaste. No saliste corriendo enfadado. Tan solo me llamaste calientapollas lo bastante alto para que todo el mundo lo escuchase, y saliste.

Así que ahora volvamos al principio. Volvamos a mí, sentada en la barra a punto de irme. Volvamos a mí, pensando que Marcus no aparecía sencillamente porque no le importaba. Y os diré qué era lo que pensaba yo entonces. Porque ahora tiene incluso más importancia.

Camino hacia el Crestmont. Las otras tiendas ante las que paso están cerradas de noche. Una sólida pared de escaparates oscuros. Pero entonces una cuña triangular corta la acera, con unas paredes y un suelo de mármol del mismo color que el cartel de neón y que señalan hacia el recibidor. Y en medio de la cuña, la taquilla. Como la cabina de una aduana, con ventanas en tres lados y una puerta en la parte trasera.

Ahí era donde trabajaba yo la mayor parte de las noches.

Desde hacía mucho tiempo, casi desde el primer día en este instituto, parecía que yo era la única persona que se preocupaba por mí misma.

Pon todo tu corazón en dar aquel primer beso... solo para que te lo tiren a la cara.

Que las dos únicas personas en las que confías de verdad se vuelvan en tu contra.

Que una de ellas te utilice para recuperar a la otra, y después te acusen de traición.

¿Lo vais pillando? ¿Voy demasiado rápido?

¡Bueno, continuad escuchando!

Dejar que alguien se lleve cualquier tipo de sentimiento de intimidación o seguridad que todavía te quede. Y que después alguien utilice esa inseguridad para satisfacer su propia curiosidad retorcida.

Hace una pausa. Reduce un poco el ritmo.

Después darte cuenta de que estás haciendo montañas de granos de arena. Darte cuenta de lo mezquina que te has vuelto. Claro, podría parecer que no puedes controlar lo que te pasa en esta ciudad. Podría parecer que cada vez que alguien te ofrece una mano para levantarte, te suelta y acabas cayendo todavía más bajo. Pero debes dejar de ser tan pesimista, Hannah, y aprender a confiar en los que te rodean.

Así lo haré. Una vez más.

Están echando la última película de la noche, así que la taquilla está vacía. Me quedo de pie sobre el suelo de mármol vetado, rodeado de pósteres de próximos estrenos.

Aquella había sido mi oportunidad, en el cine, de llegar a Hannah.

Y entonces... bueno... ciertos pensamientos comienzan a asomar poco a poco. ¿Conseguiré alguna vez tener control sobre mi vida? ¿Las personas en las que confío acabarán siempre empujándome y dándome la espalda?

No soporto lo que hiciste, Hannah.

¿Alguna vez irá mi vida por donde yo quiero que vaya?

No tenías por qué hacerlo y no soporto que lo hicieras.

Al día siguiente, Marcus, tomé una decisión. Decidí averiguar cómo reaccionaría la gente del instituto si una alumna no volviese nunca.

Igual que en aquella canción infantil «Te has perdido y marchado para siempre, oh mi querido Valentín».

Me apoyo contra un póster protegido por un marco de plástico y cierro los ojos.

Estoy escuchando cómo alguien abandona. Alguien a quien conocía. Alguien que me gustaba.

Estoy escuchando. Pero aun así, llego demasiado tarde.



El corazón me late muy deprisa y no puedo quedarme de pie quieto. Cruzo el suelo de mármol en dirección a la taquilla. Un pequeño cartel cuelga de una cadenita y una minúscula ventosa. Cerrado.

¡Hasta mañana! Desde aquí fuera no parece tan estrecho. Pero desde dentro, te sientes como en una pecera.

Mi única interacción ocurría cuando la gente deslizaba su dinero hacia mi lado del cristal y yo les devolvía sus entradas. O cuando algún compañero entraba por la puerta trasera.

Aparte de eso, si no estaba vendiendo entradas, estaba leyendo. O mirando hacia el exterior de la pecera, hacia la entrada, mirando a Hannah. Y algunas noches eran peores que otras. Algunas noches miraba para asegurarme de que le ponía toda la mantequilla a las palomitas. Ahora eso parece absurdo, obsesivo, pero era lo que hacía.

Como la noche que vino Bryce Walker. Apareció con su novia de turno y quiso que le cobrase a ella la tarifa para menores de doce años.

—Igualmente no verá la peli —dijo—. Ya sabes qué quiero decir, Clay. —Y se echó a reír.

Yo no la conocía. Debía de ser una chica de otro instituto. Pero una cosa estaba clara, no pareció pensar que aquello había tenido gracia. Puso el bolso sobre el mostrador.

—Entonces me pagaré yo mi entrada.

Bryce le apartó el bolso y pagó la cantidad completa.

—Relájate —le dijo—. Era una broma.

Más o menos a mitad de la película, mientras yo estaba vendiendo entradas para el siguiente pase, la chica salió del cine agarrándose la muñeca. Quizá lloraba. Y Bryce no apareció por ningún lado.

Seguí mirando hacia la entrada, esperando verle salir. Pero no lo hizo. Se quedó

allí para acabar de ver la película por la que había pagado.

Pero cuando se acabó la película, se inclinó sobre la barra de las chucherías, hablándole al oído a Hannah mientras la gente se marchaba. Y se quedó allí mientras entraba más gente. Hannah rellenó vasos de bebida, repartió caramelos, devolvió cambio y se rio con Bruce. Se reía de todo lo que él decía.

Me pasé todo el tiempo queriendo colgar el cartel de cerrado. Quería irrumpir en la entrada y decirle que se largase. Que la película se había acabado y que ya no pintaba nada allí.

Pero eso era trabajo de Hannah. Debería haberle dicho que se fuese. No, debería haber querido que se fuese.

Después de vender la última entrada y darle la vuelta al cartel, salí por la puerta de la taquilla, la cerré detrás de mí y me dirigí a la entrada. Para ayudar a Hannah a limpiar. Para preguntarle por Bryce.

—¿Por qué crees que la chica ha salido corriendo así? —pregunté.

Hannah dejó de limpiar la barra y me miró directamente a los ojos.

—Sé quién es, Clay. Sé cómo es. Créeme.

—Lo sé —dije. Bajé la vista y toqué una mancha de la moqueta con la punta del zapato—. Pero me preguntaba ¿por qué, entonces, seguías hablando con él?

No respondió. No de inmediato.

Pero no fui capaz de levantar la vista para mirarla. No quería ver una mirada de decepción o frustración en sus ojos. No quería ver ese tipo de emociones dirigidas a mí.

Al final, dijo las palabras que resonaron en mi cabeza durante el resto de aquella noche:

—No hace falta que me vigiles, Clay.

Pero sí hacía falta, Hannah. Y quería hacerlo. Podría haberte ayudado. Pero cuando lo intenté, me apartaste.

Casi puedo escuchar la voz de Hannah verbalizando mi siguiente pensamiento:

—Entonces ¿por qué no seguiste intentándolo?

Casete 4: Cara A

Cuando regreso la mano roja parpadea, pero de todas formas cruzo el paso de peatones corriendo. En el aparcamiento hay aún menos coches que antes. Pero el de mamá no está.

A unos cuantos portales del Bar de Rosie dejo de correr. Apoyo la espalda contra el escaparate de una tienda de animales mientras intento recuperar el aliento. Después me inclino hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas, deseando que todo se vaya ralentizando antes de que ella llegue.

Imposible. Porque aunque mis piernas hayan dejado de correr, mi mente continúa en marcha. Me dejo caer deslizándome contra el cristal frío, con las rodillas dobladas, mientras intento con todas mis fuerzas contener las lágrimas.

Pero me estoy quedando sin tiempo. Estará aquí enseguida.

Inspiro profundamente, me obligo a levantarme, camino hasta el Rosie y abro la puerta.

Del interior sale una corriente de aire cálido, que huele a una mezcla entre grasa de hamburguesa y azúcar. Dentro, tres de las cinco mesas con bancos que hay a lo largo de la pared están ocupadas. En una hay un chico y una chica bebiendo batidos y mascando ruidosamente palomitas del Crestmont. En las otras dos hay gente estudiando. Los manteles están cubiertos de libros de texto, que solo dejan el espacio suficiente para las bebidas y un par de cestitas de patatas fritas. Por suerte, la mesa que está en la zona más alejada está ocupada. No necesito plantearme la cuestión de si me siento ahí o no.

En una de las máquinas de pinball hay un cartel escrito a mano y pegado con celo que dice FUERA DE SERVICIO. Un chico del último curso que reconozco está delante de la otra máquina, aporreándola.

Tal y como ha sugerido Hannah, me siento en la barra vacía.

Detrás de la barra, un hombre con un delantal blanco separa los cubiertos en dos tubos de plástico. Me hace un gesto con la cabeza.

—Cuando tú quieras.

Saco un menú de entre dos servilleteros plateados. La parte delantera del menú explica la larga historia del Rosie, con fotos en blanco y negro que abarcan las últimas cuatro décadas. Lo repaso, pero no hay nada del menú que me resulte apetecible. Ahora mismo no.

Quince minutos. Eso es lo que dijo Hannah que debía esperar. Quince minutos y después tenía que pedir.

Metí la pata cuando me llamó mamá. Yo estaba raro, y sé que me lo notó en la voz. Pero ¿escuchará las cintas de camino aquí para descubrir el porqué?

Soy un imbécil. Tendría que haberle dicho que ya iría yo a buscarlas. Pero no lo hice, así que ahora tendré que esperar y averiguarlo.

El chico que comía palomitas pide la llave del cuarto de baño. El hombre de detrás del mostrador señala la pared. Hay dos llaves colgando de unos ganchitos metálicos, una tiene un perrito azul de plástico pegado; la otra, un elefante rosa. El chico coge el perrito azul y se dirige al pasillo.

Después de colocar los tubos de plástico bajo la barra, el hombre desenrosca la parte superior de una docena de saleros y pimenteros sin prestarme ningún tipo de atención. Me parece perfecto.

—¿Ya has pedido?

Me doy la vuelta. Mamá está sentada en el taburete que está al lado del mío y coge un menú. A su lado, sobre la barra, veo la caja de zapatos de Hannah.

—¿Vas a quedarte? —pregunto.

Si se queda, podremos hablar. No me importa. Estaría bien poder liberar mis pensamientos durante un rato. Tomarme un respiro.

Me mira a los ojos y sonrío. Después se pone la mano sobre la barriga y convierte su sonrisa en una mueca.

—Me parece mala idea.

—No estás gorda, mamá.

Desliza la caja de cintas sobre la barra hacia mí.

—¿Dónde está tu amigo? ¿No estabas trabajando con alguien?

Correcto. Un proyecto del instituto.

—Ha tenido que, bueno, está en el baño.

Su mirada pasa sobre mí, por encima de mi hombro, solo durante un segundo. Y puede que me equivoque, pero creo que mira si las dos llaves cuelgan de la pared.

Gracias a Dios que no están allí.

—¿Tienes suficiente dinero? —me pregunta.

—¿Para qué?

—Para tomar algo. —Vuelve a colocar su menú y después le da un golpecito con la uña al mío—. Los batidos de chocolate malteado están para morir.

—¿Ya habías estado aquí? —Me siento un poco sorprendido. Nunca había visto adultos en el Rosie.

Mamá se ríe. Me pone una mano sobre la cabeza y con el pulgar me alisa las arrugas de la frente.

—No pongas esa cara, Clay. Este sitio lleva aquí toda la vida. —Saca un billete de diez dólares y lo deja sobre la caja de zapatos—. Tómate lo que quieras, pero pide un chocolate malteado a mi salud.

Cuando se pone en pie, la puerta del cuarto de baño se abre. Me giro y veo cómo el tío vuelve a colgar la llave del perrito azul. Se disculpa con su novia por haber tardado tanto y la besa en la frente antes de sentarse.

—¿Clay? —dice mi madre.

Antes de volverme, cierro los ojos durante un instante y respiro.

—¿Sí?

Ella fuerza una sonrisa.

—No estés fuera hasta tarde. —Pero es una sonrisa herida.

Quedan cuatro cintas. Siete historias. ¿Y dónde saldrá mi nombre?

La miro a los ojos.

—Puede que nos lleve un rato. —Después bajo la vista—. Es un proyecto del instituto.

No dice nada, pero por el rabillo del ojo veo que todavía está ahí de pie. Levanta una mano, cierro los ojos y siento cómo sus dedos me tocan la parte superior de la cabeza y después se deslizan hasta la nuca.

—Ten cuidado —dice.

Asiento.

Y se marcha.

Levanto la tapa de la caja de zapatos y desenrollo el plástico de burbujitas. Las cintas están intactas.



La clase favorita de todo el mundo... vale, la clase obligatoria favorita de todo el mundo... es Comunicación entre iguales. Es algo así como una optativa no optativa. Todo el mundo la cogería incluso si no fuese obligatoria porque es un sobresaliente facilísimo.

Y la mayor parte del tiempo es divertida. Yo la cogería aunque solo fuera por eso.

Casi no hay deberes, y luego están los puntos extra por participar en clase. Vaya, que te animan a ponerte a gritar en clase. Es imposible que no te guste.

Me inclino hacia abajo, agarro la mochila y la dejo sobre el taburete en el que estaba sentada mamá hace un momento.

Después de sentirme cada vez más como si estuviera a la intemperie bajo una tormenta, Comunicación entre iguales era mi refugio seguro en el instituto. Siempre que entraba en el aula, me daban ganas de abrir mucho los brazos y gritar: «¡Por mí y por todos mis amigos!».

Envuelvo las tres cintas que ya he escuchado en el plástico de burbujitas y las vuelvo a colocar dentro de la caja de zapatos. Acabadas. Listo.

Durante una clase cada día, no se os permitía tocarme ni reiros a mis espaldas fuera cual fuese el último rumor. A la señora Bradley no le gustaba la gente que se reía por lo bajinis.

Abro la cremallera del bolsillo más grande de mi mochila y meto la caja de

zapatos de Hannah dentro.

Aquella fue la regla número uno, el primer día. Si alguien se reía de lo que decía otra persona, le tenía que traer a la señora Bradley una chocolatina. Y si era una risa muy maleducada, le tenías que traer una extragrande.

Sobre la barra, colocadas entre el walkman y el batido de chocolate malteado en honor a mamá, están las tres cintas siguientes.

Y todo el mundo pagaba sin discutir. Hasta ese punto se respetaba a la señora Bradley. Nadie la acusaba de tomarla con nadie, porque nunca lo hacía. Si decía que te habías reído, era porque lo habías hecho. Y lo sabías. Al día siguiente, tendría una chocolatina esperándola en su mesa.

¿Y qué pasaría si no la tuviese? Pues no lo sé.

Porque siempre estaba ahí.

Junto las dos cintas siguientes, con los números nueve y diez, once y doce marcados con esmalte de uñas azul, y las escondo dentro del bolsillo interior de mi chaqueta.

La señora Bradley decía que Comunicación entre iguales era la clase que más le gustaba dar, o moderar, como decía ella. Cada día teníamos que leer algún texto breve lleno de estadísticas y ejemplos reales. Después lo comentábamos.

La última cinta, la número siete, tiene un trece en una cara pero nada en la otra. Me meto esta cinta en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Acoso. Drogas. Imagen de uno mismo. Relaciones. Todo valía en Comunicación entre iguales. Lo cual, por supuesto, cabreaba a muchos de los demás profesores. Era una pérdida de tiempo, decían.

Ellos querían enseñarnos hechos y datos. Solo entendían de hechos y datos.

Unos faros iluminados aparecen al otro lado de la cristalera del Rosie y entorno los ojos mientras pasan.

Querían enseñarnos lo que significaba x en relación con π , en lugar de ayudarnos a entendernos mejor a nosotros mismos y a los demás. Querían que supiésemos cuándo se firmó la Carta Magna —sin importar lo que fuese— en lugar de discutir sobre métodos anticonceptivos.

Tenemos Educación Sexual, pero esto es una broma.

Lo cual significaba que cada año, durante las reuniones para elaborar el presupuesto, Comunicación entre iguales se encontraba en la cuerda floja. Y cada año, la señora Bradley y los demás profesores llevaban a unos cuantos estudiantes al claustro de profesores para demostrar cómo aprovechaban

aquella clase.

Vale, podría seguir así todo el día, defendiendo a la señora Bradley. Pero en aquella clase pasó algo, ¿verdad? Si no, ¿por qué ibais a estar ahora escuchándome hablar de ella?

Espero que el año que viene, después de mi pequeño incidente, Comunicación entre iguales se continúe impartiendo.

Lo sé, lo sé. Creíais que iba a decir otra cosa, ¿verdad? Creíais que iba a decir que si la clase había influido en mi decisión, debería acabarse. Pero no.

Nadie en el instituto sabe lo que os voy a contar ahora. Y, en realidad, no fue la clase en sí la que tuvo que ver. Incluso si nunca hubiera hecho Comunicación entre iguales, el resultado habría sido el mismo.

O no.

Supongo que de eso se trata todo. Nadie sabe con seguridad el impacto que tiene sobre la vida de los demás. A menudo no tenemos ni idea. Y aun así, hacemos las cosas exactamente igual.

Mamá tenía razón. El batido es increíble. Una mezcla perfecta de helado y chocolate malteado.

Y soy un imbécil por estar aquí sentado, disfrutándolo.

En la parte de atrás de la clase de la señora Bradley había una estantería metálica. De esas que dan vueltas, de las que suelen tener novelas de bolsillo en los supermercados. Pero en esta estantería nunca hubo ningún libro. En cambio, al principio del curso, cada estudiante recibía una bolsa del almuerzo de papel para decorarla con colores, pegatinas y sellos. Después abríamos nuestras bolsas y las colgábamos en la estantería con un poco de celo.

La señora Bradley sabía que a la gente le costaba mucho decirle cosas bonitas a los demás, así que se había inventado una forma de que pudiésemos decir lo que sentíamos de manera anónima.

¿Admiras la forma en la que fulanito habla abiertamente de su familia? Déjale una nota en la bolsa para decírselo.

¿Comprendes la preocupación de menganita por no aprobar Historia? Déjale una nota. Dile que pensarás en ella mientras estudias para el próximo examen.

¿Te ha gustado su actuación en la obra de teatro del instituto?

¿Te gusta su nuevo corte de pelo?

Se había cortado el pelo. En la foto del Monet, Hannah tenía el pelo largo. Así es como me la imagino siempre, incluso ahora. Pero no era así como lo llevaba al final.

Si puedes, díselo a la cara. Pero si no puedes, déjale una nota y lo sentirá igual. Y, por lo que yo sé, nadie dejó nunca una nota malvada ni sarcástica en una bolsa. Respetábamos demasiado a la señora Bradley para hacer una cosa así.

Así que, Zach Dempsey, ¿cuál es tu excusa?



¿Qué? ¿Qué ha ocurrido?

Oh, Dios. Levanto la vista y me encuentro a Tony sentado a mi lado, con el dedo sobre el botón de *Pause*.

—¿Es mi *walkman*?

No digo nada, porque no soy capaz de ver lo que piensa. No es enfado, a pesar de que le haya robado el *walkman*.

¿Confusión? Quizá. Pero si es eso, hay algo más. Es la misma mirada que me dirigió cuando le ayudé con el coche. Cuando me miraba en lugar de dirigirle la luz de la linterna a su padre.

Preocupación.

—Hola, Tony.

Me quito los auriculares de las orejas y me los paso por el cuello. El *walkman*. Sí, acaba de preguntarme por el *walkman*.

—Sí, es el tuyo. Estaba en tu coche. Lo vi cuando te estaba ayudando, hace un rato. Creía que te había preguntado si me lo dejabas.

Soy un imbécil.

Apoya una mano sobre la barra y se sienta en el taburete que está al lado del mío.

—Lo siento, Clay —dice. Me mira a los ojos. ¿Se dará cuenta de que miento fatal?—. A veces me enfado cuando estoy con mi padre. Estoy seguro de que me lo pediste y me he olvidado.

Deja caer la mirada hacia los auriculares amarillos que me rodean el cuello, después sigue el largo cable hasta el aparato que está sobre la barra. Rezo para que no me pregunte qué estoy escuchando.

Tony, mi madre... estoy mintiendo mucho hoy. Y si me pregunta, tendré que volver a hacerlo.

—Devuélvemelo cuando hayas acabado —dice. Se pone de pie y me deja una mano sobre el hombro—. Quédatelo todo el tiempo que lo necesites.

—Gracias.

—No hace falta que te des prisa —dice. Coge un menú de entre los servilleteros, camina hacia una mesa vacía que está detrás de mí, y se sienta.



No te preocupes, Zach. Nunca dejaste nada malo en mi bolsa. Lo sé. Pero lo que hiciste fue peor.

Por lo que yo sé, Zach es un buen tío. Demasiado tímido para que la gente tan siquiera cotillee sobre él.

Y, como a mí, siempre le gustó Hannah Baker.

Pero primero, retrocedamos algunas semanas. Retrocedamos hasta... el Rosie.

El estómago se me encoge, como si estuviera haciendo el último abdominal de una serie. Cierro los ojos y me concentro en volver a la normalidad. Pero llevo horas sin sentirme normal. Incluso siento calor en los párpados. Como si todo mi cuerpo estuviese pasando una enfermedad.

Me había quedado allí sentada, en la mesa en la que me había dejado Marcus, mirando un vaso de batido vacío. Su lado del banco seguramente estuviese todavía caliente porque se había ido hacía un minuto. Entonces apareció Zach.

Y se sentó.

Abro los ojos y miro hacia la fila de taburetes libres que hay a este lado de la barra. En uno de estos taburetes, quizá en este, se había sentado Hannah al llegar. Sola. Pero entonces había llegado Marcus y se la había llevado a una mesa.

Mi mirada recorre la barra hasta las máquinas de pinball que están al final del bar, después vuelven a la mesa. Vacía.

Hice como que no lo veía. No porque tuviese nada contra él, sino porque mi corazón y mi confianza estaban a punto de resquebrajarse. Y aquel resquebrajamiento me creaba un vacío en el pecho. Como si cada nervio de mi cuerpo se estuviese marchitando por dentro, arrancándose de mis dedos de las manos y de los pies. Retirándose y desapareciendo.

Los ojos me arden. Me echo hacia delante y paso una mano por debajo del vaso de batido helado. Unas gotitas frías como el hielo caen sobre mi piel y me paso los dedos húmedos por los párpados.

Me incorporé. Y pensé. Y cuanto más pensaba e iba conectando los acontecimientos de mi vida, más se iba resquebrajando mi corazón.

Zach fue dulce. Continuó dejando que lo ignorase hasta que la situación fue casi cómica. Yo sabía que estaba allí, por supuesto. Me estaba mirando fijamente. Y al final se aclaró la garganta de una forma melodramática.

Levanté la mano para ponerla sobre la mesa y toqué el fondo de mi vaso. Aquella era la única señal que él iba a recibir de que le estaba escuchando.

Me acerco más el vaso y le doy vueltas a la cuchara que está dentro, lentamente, en círculos, difuminando cualquier resto que pueda quedar en el fondo.

Me preguntó si estaba bien, y me obligué a asentir. Pero mis ojos continuaban fijos en el vaso —mirando a través del vaso—, en la cuchara. Y seguía pensando, una y otra vez, ¿será esto lo que se siente al volverse loca?

—Lo siento —dijo—. Lo que sea que acabe de ocurrir.

Sentí que mi cabeza continuaba asintiendo como si estuviese pegada a unos pesados muelles, pero no era capaz de decirle que agradecía sus palabras.

Se ofreció a invitarme a otro batido, pero no le respondí. ¿Es que era incapaz de hablar? ¿O simplemente no quería hablar? No lo sé. Una parte de mí pensó que se me estaba insinuando, que iba a aprovechar que yo estaba sola para pedirme que saliese con él. Y no es que dudara de sus intenciones, pero ¿por qué iba a confiar en él?

La camarera me dejó la cuenta y se llevó el vaso vacío. Enseguida, al no obtener nada de mí, Zach dejó unos cuantos billetes en la mesa y volvió con sus amigos.

Continúo removiendo mi chocolate malteado. Apenas queda nada, pero no quiero que se lleven el vaso. Me da una razón para estar aquí sentado. Para quedarme aquí.

Los ojos comenzaron a llenárseme de lágrimas, pero no podía apartar la vista del pequeño círculo húmedo en donde había estado el vaso. Si hubiese intentado murmurar una única palabra, habría estado perdida.

¿O ya estaba perdida?

Continúo removiendo.

Os puedo decir que, en aquella mesa, me vinieron a la cabeza por primera vez los peores pensamientos del mundo. Fue allí cuando comencé a plantearme por primera vez... a plantearme... una palabra que todavía no puedo decir.

Sé que intentaste venir a rescatarme, Zach. Pero todos sabemos que no es por eso por lo que estás en esta cinta. Así que tengo una pregunta antes de continuar. Cuando intentas rescatar a alguien y descubres que no puedes llegar a esa persona, ¿por qué se lo ibas echar en cara más adelante?

Durante los últimos días o semanas o todo el tiempo que hayan tardado estas cintas en llegar a ti, Zach, seguramente pensaste que nadie lo averiguaría.

Apoyo la cara entre mis manos. ¿Cuántos secretos puede haber en un instituto?

Seguramente se te revolvió el estómago cuando supiste lo que hice. Pero a medida que fue pasando el tiempo, te fuiste sintiendo mejor. Porque cuanto más tiempo pasase, más probable parecía que tu secreto hubiese muerto conmigo. Nadie lo sabía. Nadie lo averiguaría nunca.

Pero ahora sí lo íbamos a saber. Y el estómago se me revuelve un poco.

Déjame que te pregunte, Zach, ¿crees que te rechacé en el Rosie? Quiero decir, no viniste para pedirme que saliese contigo, así que oficialmente no podía decirte que no, ¿verdad? ¿Entonces qué te pasó? ¿Te dio vergüenza?

Déjame que lo adivine. Les dijiste a tus amigos que mirasen mientras tú me tirabas los trastos... y yo prácticamente ni me inmuté.

¿O fue una apuesta? ¿Apostasteis algo a que me pedías para salir?

La gente hacía ese tipo de cosas. Hacía poco alguien me había retado a pedirle para salir a Hannah.

Había trabajado con nosotros en el Cresmont. Sabía que a mí me gustaba ella y que nunca había tenido valor para pedírselo. También sabía que durante los últimos meses Hannah apenas hablaba con nadie, lo cual hacía que fuese un desafío doble.

Cuando salí de mi ensimismamiento, y antes de marcharme, os escuché a ti y a tus amigos. Se estaban metiendo contigo por no haber conseguido la cita que les habías asegurado que tenías en el bolsillo.

Te respeto cuando lo mereces, Zach. Podrías haber vuelto junto a tus amigos y haber dicho:

—Hannah es una friki. Miradla, está en el País de Nunca Jamás.

Y en lugar de eso, aceptaste que te vacilasen.

Pero supongo que te fuiste calentando poco a poco, enfadándote cada vez más —tomándotelo cada vez más como algo personal— cuanto más pensabas en el silencio que te había dado por respuesta. Y decidiste devolvérmela de la manera más infantil.

Robaste las notitas de ánimo de mi bolsa de papel.

Qué patético.

¿Que cómo lo supe? La verdad, fue sencillo. Todos los demás recibían notas. ¡Todos! Y por las cosas más insignificantes. Siempre que alguien se cortaba el pelo recibía un montón de notitas. Y había compañeros en aquella clase a los que yo consideraba amigos que me hubieran dejado algo en la bolsa después de que yo me deshiciese de casi todo mi pelo.

Cuando había pasado a mi lado por el pasillo por primera vez con el pelo así de corto, no pude evitar quedarme con la boca abierta. Y ella había apartado la mirada. Por costumbre, había intentado apartarse el pelo de la cara colocándoselo detrás de las orejas. Pero lo tenía demasiado corto y se le caía hacia delante todo el rato.

Ahora que lo pienso, me corté el pelo el mismo día que Marcus Cooley y yo

nos vimos en el Rosie.

¡Uau! Qué extraño. Todas las señales de alarma que nos advierten de que tengamos cuidado con lo que está pasando son ciertas. Fui directamente del Rosie a cortarme el pelo. Necesitaba un cambio, como se suele decir, así que cambié de aspecto. La única cosa sobre la que todavía tenía control.

Increíble.

Hace una pausa. Silencio. Solo un sonido estático, apenas audible, en los auriculares.

Estoy segura de que el instituto tiene psicólogos que aparecen cargados de folletos en los que te indican qué señales buscar en los alumnos que pueden estar planteándose...

Otra pausa.

No. Como ya he dicho antes, no puedo decirlo.

Suicidio. Qué palabra tan desagradable.

Al día siguiente, cuando encontré mi bolsa vacía, me di cuenta de que pasaba algo. Por lo menos, pensé que algo pasaba. Durante los primeros meses de clase había recibido unas cuatro o cinco notitas. Pero de repente, después de mi delator corte de pelo... nada.

Así que esperé una semana después de haberme cortado el pelo.

Después dos semanas.

Después tres semanas.

Nada.

Le doy un empujoncito a mi vaso sobre la barra y miro al hombre que está junto a la caja registradora.

—¿Puede recoger esto?

Era hora de averiguar qué estaba pasando. Así que me envié una nota yo misma.

Me lanza una mirada dura mientras cuenta el cambio. La chica que está al otro lado de la máquina registradora también me mira. Se toca las orejas. Los auriculares. Tengo el volumen demasiado alto.

—Lo siento —murmuro. O quizá ni tan solo llega a salirme la voz.

«Hannah —decía la nota—, me gusta tu nuevo corte de pelo. Siento no habértelo dicho antes». Y por si acaso añadí una carita sonriente en violeta.

Para evitar la gran vergüenza de que me pillasen dejándome una nota a mí

misma, también escribí una nota para la bolsa que estaba al lado de la mía. Y después de clase me acerqué a la estantería y dejé abiertamente la nota en la otra bolsa. Después pasé como por casualidad la mano por el interior de mi bolsa, haciendo ver que comprobaba si tenía notitas. Y digo «haciendo ver que comprobaba» porque sabía que estaría vacía.

¿Y al día siguiente? No había nada en mi bolsa. La notita había desaparecido.

Quizá no te parezca que sea algo tan importante, Zach. Pero ahora espero que lo comprendas. Mi mundo se estaba derrumbando. Necesitaba aquellas notitas. Necesitaba cualquier esperanza que aquellas notas me pudiesen ofrecer.

¿Y tú qué hiciste? Te llevaste aquella esperanza. Decidiste que no me merecía tenerla.

Cuanto más escucho estas cintas, más siento que la conozco. No a la Hannah de los últimos años, sino a la Hannah de los últimos meses. Esa es la Hannah a la que estoy comenzando a entender.

La Hannah del final.

La última vez que me había sentido tan cercano a una persona, a una persona que estaba muriendo lentamente, había sido la noche de la fiesta. La noche en la que vi cómo dos coches chocaban en un cruce oscuro.

Entonces, igual que ahora, no sabía que esa persona se estaba muriendo.

Entonces, igual que ahora, había un montón de gente alrededor. Pero ¿qué podrían haber hecho? La gente que estaba alrededor del coche, intentando tranquilizar al conductor, esperando a que llegase una ambulancia, ¿podrían haber hecho algo?

O la gente que se cruzaba con Hannah por los pasillos, o se sentaba junto a ella en clase, ¿qué podrían haber hecho?

Quizá entonces, igual que ahora, ya era demasiado tarde.

Entonces, Zach, ¿cuántas notitas cogiste? ¿Cuántas notitas hubo que yo nunca llegué a leer? ¿Y las leíste? Espero que sí. Por lo menos alguien debería saber lo que piensa en realidad la gente de mí.

Miro por encima del hombro. Tony todavía está ahí, masticando una patata frita y poniendo ketchup en una hamburguesa.

He de admitir que durante los debates en clase yo no me abría mucho. Pero cuando lo hacía, ¿me dio alguien las gracias dejándome una nota en la bolsa? Hubiera sido bonito saber aquello. De hecho, me habría animado a abrirme más.

Esto no es justo. Si Zach hubiera sabido por lo que estaba pasando Hannah, estoy seguro de que no le habría robado las notitas.

El día que la nota que me había escrito yo misma desapareció, me quedé ante

la puerta de clase y me puse a hablar con una persona con la que nunca había hablado antes. Miraba por encima de su hombro cada pocos segundos, mientras observaba cómo los demás comprobaban si en sus bolsas había notitas.

Seguro que aquello fue muy divertido, Zach.

Y entonces te pillé. Con un solo dedo, tocaste la parte de arriba de bolsa y la giraste lo suficiente para poder mirar dentro.

Nada.

Así que te dirigiste a la puerta sin tan siquiera mirar tu propia bolsa, lo que me pareció muy interesante.

El hombre de detrás del mostrador coge mi vaso y limpia la barra con un trapo manchado de chocolate.

Por supuesto que eso no prueba nada. Quizá simplemente te gustase saber quién recibía notitas y quién no... con un interés particular en mí.

Así que al día siguiente fui a la clase de la señora Bradley a la hora de comer. Saqué mi bolsa de la estantería y la volví a pegar con un trocito de celo diminuto. Dentro dejé una notita doblada en dos.

De nuevo, cuando se terminó la clase, esperé fuera y miré. Pero esta vez no hablé con nadie.

Simplemente miré.

El montaje perfecto.

Tocaste el borde de mi bolsa, viste la notita y metiste la mano dentro. La bolsa se cayó al suelo y te pusiste completamente colorado. Pero te agachaste y la recogiste de todas formas. ¿Y cuál fue mi reacción? Incredulidad. Vaya, lo había visto. Incluso lo esperaba. Pero aun así seguía sin podérmelo creer.

Mientras mi plan original me decía que me enfrentase a ti allí mismo, me eché a un lado, fuera del marco de la puerta.

Rápidamente doblaste la esquina... y ahí estábamos. Cara a cara. Los ojos me escocían mientras te miraba. Después aparté la mirada y bajé la cabeza. Y entonces tú te largaste por el pasillo.

No quería que él le explicase nada. No había ninguna explicación. Lo había visto con sus propios ojos.

Cuando estabas en mitad del pasillo, todavía caminando rápido, vi cómo bajabas la vista como si estuvieses mirando alguna cosa. ¿Mi nota? Sí.

Te volviste solo un instante para ver si te estaba mirando. Y en ese momento,

me asusté. ¿Me plantarías cara y me dirías que lo sentías? ¿Me chillarías?

¿La respuesta? Ninguna de las anteriores. Simplemente te volviste y continuaste caminando, acercándote cada vez más a las puertas de la calle, más cerca de tu evasión.

Y mientras estaba allí de pie en el pasillo —sola—, intentando comprender qué era lo que acababa de ocurrir y por qué, me di cuenta de la verdad: no merecía la pena una explicación, ni tan siquiera una reacción. No en tus ojos, Zach.

Hace una pausa.

Para el resto de los que escucháis, la notita estaba dirigida personalmente a Zach. Quizá ahora él lo vea como un prólogo de estas cintas. Porque en ella yo admitía que estaba en un momento de mi vida en el que de verdad me hacían falta todos los ánimos que cualquiera me hubiera dado. Unos ánimos... que él había robado.

Me muerdo el pulgar para calmar la necesidad apremiante de mirar por encima de mi hombro hacia donde está Tony. ¿Se preguntará qué estaré escuchando? ¿Le importará?

Pero yo no podía soportarlo más. Ya veis, Zach no es el único que se va calentando lentamente.

Le grité:

—¿Por qué?

En el pasillo todavía quedaban unas cuantas personas que cambiaban de clase. Todos pegaron un bote. Pero solo uno se detuvo. Y se quedó allí parado, mirándome, con mi nota apretujada dentro de su bolsillo trasero.

Volví a gritar aquella palabra una y otra vez. Las lágrimas por fin se derramaron, y resbalaron por mi cara:

—¿Por qué? ¿Por qué, Zach?

Yo había escuchado aquello. Que Hannah se había puesto como una loca sin ninguna razón aparente, dejándose en ridículo delante de un montón de gente.

Pero se equivocaban. Tenía una razón.

Así que ahora entremos en lo personal. Ya que nos estamos abriendo —de par en par— dejadme que os cuente esto: mis padres me quieren. Sé que es así. Pero las cosas no han sido fáciles últimamente.

No durante el último año. No desde que ya-sabéis-qué abrió a las afueras de la ciudad.

Recuerdo que los padres de Hannah salían por las noticias cada noche, advirtiéndome de que si aquel inmenso centro comercial continuaba adelante, dejaría sin negocio a todas las tiendas del centro. Decían que nadie compraría allí nunca más.

Cuando ocurrió aquello, mis padres se empezaron a distanciar. De repente tenían demasiadas cosas en las que pensar. Demasiada presión para conseguir ganar lo suficiente para mantenernos. Bueno, hablaban conmigo, pero no igual que antes.

Cuando me corté el pelo, mi madre ni tan siquiera se dio cuenta.

Y por lo que sé —gracias, Zach— tampoco se dio cuenta nadie en el instituto.

Yo me había dado cuenta.

La señora Bradley también tenía una bolsita de papel en la parte trasera de la clase. Estaba colgada con el resto de las nuestras en la estantería giratoria. Podíamos utilizarla —y ella nos animaba a que lo hiciésemos— para escribirle notas sobre sus clases. Críticas o no. También quería que le recomendásemos temas para futuros debates.

Así que eso fue lo que hice yo. Le escribí una nota a la señora Bradley en la que decía: «Suicidio.

Es algo en lo que he estado pensando. No muy seriamente, pero he pensado en ello».

Esa era la nota. Palabra por palabra. Y sé que era así palabra por palabra porque la escribí docenas de veces antes de enviarla. La escribía, la tiraba, la escribía, la arrugaba, la tiraba.

Pero ¿por qué la escribía, para empezar? Me hacía esa pregunta cada vez que ponía las palabras sobre una hoja en blanco. ¿Por qué estaba escribiendo aquella nota? Era mentira. Yo no había estado pensando en aquello. No como algo real. No detenidamente. El pensamiento me venía a la cabeza y yo lo apartaba.

Pero lo apartaba muchas veces.

Y era un tema del que nunca habíamos hablado en clase. Pero yo estaba segura de que había más personas que yo que habían pensado en ello, ¿verdad? ¿Así que por qué no debatirlo en grupo?

O en lo más profundo quizá hubiese algo más. Quizá yo quisiese que alguien se imaginase quién había escrito la nota y viniese en secreto a rescatarme.

Quizá. No lo sé. Pero tuve cuidado de no delatarme.

El corte de pelo. Apartar la mirada en los pasillos. Tenías cuidado, pero aun así

había señales.

Pequeñas señales. Ahí estaban.

Y entonces, sin más ni más, diste una respuesta brusca.

Solo me delaté ante ti, Zach. Tú sabías que era yo quien había dejado aquella nota en la bolsa de la señora Bradley. Tenías que saberlo. La sacó de su bolsa y la leyó al día siguiente de que yo te pillase.

Al día siguiente de que yo tuviese aquel cruce de cables en el pasillo.

Unos días antes de tomarse las pastillas, Hannah volvió a ser ella misma. Le decía hola a todos los que se cruzaba por el pasillo. Nos miraba a los ojos. Parecía algo muy drástico porque habían pasado meses desde la última vez que se había comportado así. Como la verdadera Hannah.

Pero no hiciste nada, Zach. Incluso después de que la señora Bradley sacase el tema, no hiciste nada para acercarte a mí.

Parecía algo tan drástico, porque lo era.

Entonces, ¿qué esperaba yo de la clase? Sobre todo, esperaba escuchar lo que todos tuviesen que decir. Sus pensamientos. Sus sentimientos.

Y vaya, me lo dijeron.

Una persona dijo que sería difícil ayudar sin saber por qué el chico quería matarse.

Y sí, me controlé para no decir:

—O la chica. Podría ser una chica.

Entonces otros comenzaron a meter baza.

—Si se siente solo, podríamos invitarlo a comer con nosotros al mediodía.

—Si es por las notas, podríamos echarle una mano.

—Si es por algo que le pasa en casa, quizá podríamos... no sé... conseguir que alguien le aconseje, un psicólogo o algo así.

Pero cualquier cosa que decían —¡cualquier cosa!— venía con un matiz de fastidio.

Entonces una chica, cuyo nombre no importa aquí, dijo lo que todos estaban pensando:

—Parece que la persona que haya escrito esa nota solo quiera llamar la atención. Si lo dijese en serio, nos habría dicho quién es.

Dios. No había ninguna forma de que Hannah se pudiese abrir en aquella clase.

No me lo podía creer.

Anteriormente, a la señora Bradley le habían llegado notitas en las que se sugerían debates sobre el aborto, la violencia doméstica, los engaños —a los novios, las novias, en los exámenes—. Nadie había insistido en saber quién había escrito esos temas. Pero por alguna razón, se negaban a debatir sobre el suicidio si no tenían datos.

Durante unos diez minutos, la señora Bradley nos recitó estadísticas —estadísticas locales— que nos sorprendieron a todos. Ya que se trataba de jóvenes, dijo, mientras el suicidio no ocurriese en un lugar público en el que hubiese testigos, seguramente no aparecería en las noticias. Y ningún padre querría que la gente supiese que su hijo, el hijo o la hija al que había criado, se había quitado la vida.

Así que a menudo la gente acababa creyendo que había sido un accidente. La parte negativa era que nadie sabía qué estaba pasando de verdad con la gente de su comunidad.

Dicho aquello, en la clase no comenzó ningún debate sobre el tema.

¿Solo querían cotillear, o es que de verdad pensaban que conocer los detalles era la mejor forma de ayudar? No estoy segura. Un poco de las dos cosas, quizá.

Durante la primera hora, la clase del señor Porter, yo la miraba mucho. Si el tema del suicidio hubiera salido, quizá nuestros ojos se habrían encontrado y yo lo habría visto.

Y, sinceramente, no sé qué podrían haber dicho para influir sobre mí de alguna manera. Porque quizá yo estuviese siendo egoísta. Quizá solo estuviese buscando llamar la atención. Quizá solo quisiese escuchar cómo la gente hablaba de mí y de mis problemas.

Según lo que ella me dijo en la fiesta, habría querido que yo lo viese. Me había mirado directamente, suplicando para que lo viese.

O quizá quería que alguien me señalase con el dedo y me dijese:

—Hannah, ¿estás pensando en matarte? Por favor, no lo hagas, Hannah. Por favor.

Pero en lo más profundo, la verdad era que la única persona que decía aquello era yo. En lo más profundo, aquellas eran mis palabras.

Al final de la clase la señora Bradley nos pasó un folleto que se titulaba Señales de advertencia de un suicida. ¿Adivináis qué estaba entre las cinco primeras?

«Cambio de aspecto repentino».

Me toqué las puntas de mi cabello recientemente cortado.

Buf. ¿Quién iba a saber que yo era tan predecible?



Si me froto la barbilla contra el hombro veo a Tony por el rabillo del ojo, todavía sentado a su mesa. Se ha acabado la hamburguesa y casi todas las patatas. Está ahí sentado, completamente ajeno a lo que yo estoy pasando.

Abro el *walkman*, saco la cinta número cuatro y le doy la vuelta.

Casete 4: Cara B



¿Os gustaría tener la capacidad de oír los pensamientos de otras personas?

Claro que os gustaría. Todo el mundo responde que sí a esta pregunta, hasta que lo piensan detenidamente.

Por ejemplo, ¿qué pasaría si las demás personas pudiesen oír tus pensamientos? ¿Qué pasaría si pudiesen oír tus pensamientos... ahora mismo?

Oirían confusión. Frustración. Incluso un poco de ira. Oirían las palabras de una chica muerta pasando por mi cabeza. Una chica que, por alguna razón, me culpa a mí de su suicidio.

A veces tenemos pensamientos que ni tan solo nosotros comprendemos. Pensamientos que ni tan siquiera son ciertos —ya que en realidad no nos sentimos así—, pero que se nos pasan por la cabeza de todas formas porque es interesante pensar en ellos.

Coloco el servilletero que tengo delante para que la mesa de Tony se refleje en el metal pulido. Él se recuesta hacia atrás y se limpia las manos en una servilleta.

Si pudiésemos oír los pensamientos de otras personas, oiríamos cosas ciertas y también cosas que se les pasarían por la cabeza de manera completamente aleatoria. Y no podríamos diferenciar las unas de las otras. Nos volveríamos locos. ¿Qué será cierto? ¿Qué no lo será? Un millón de ideas, ¿pero qué significan?

No tengo ni idea de qué estará pensando Tony. Y él no tiene ni idea de lo que me pasa a mí. No tiene ni idea de que la voz que hay en mi cabeza, la voz que sale de su *walkman*, es la de Hannah Baker.

Eso es lo que me encanta de la poesía. Cuanto más abstracta sea, mejor. Los momentos en los que no estás segura de sobre qué está hablando el poeta. Puedes hacerte una idea, pero no puedes estar segura. No al cien por cien. Cada palabra, elegida específicamente, puede tener un millón de significados diferentes. ¿Es un sustituto —un símbolo— de otra idea? ¿Encaja dentro de una metáfora más grande y más escondida?

Esta es la octava persona, Hannah. Si trata de poesía, entonces no soy yo. Y solo quedan cinco nombres más.

Yo odiaba la poesía hasta que alguien me enseñó a apreciarla. Me dijo que tenía que ver la poesía como un rompecabezas. Descifrar el código, o las palabras, depende del lector, basándose en todo lo que sepa sobre la vida y las emociones.

¿Ha utilizado el poeta la palabra rojo para simbolizar la sangre? ¿La ira? ¿El deseo? ¿O será el timón rojo sencillamente porque rojo suena mejor que negro?

Recuerdo aquello, de la clase de Inglés. Tuvimos una gran discusión sobre el significado de rojo. No tengo ni idea de qué habíamos decidido al final.

La misma persona que me enseñó a apreciar la poesía también me enseñó el valor que tiene escribirla. Y, sinceramente, no hay ninguna forma mejor de explorar tus emociones que a través de la poesía.

O las cintas de casete.

Si estás enfadada, no tienes que escribir un poema en el que trates de la razón de tu enfado. Pero tiene que ser un poema furioso. Así que adelante... escribid uno. Sé que, por lo menos, estáis un poco enfadados conmigo.

Y cuando acabéis vuestro poema, descifradlo como si lo acabaseis de encontrar impreso en un libro de texto y no supieseis absolutamente nada de su autor. Los resultados pueden ser sorprendentes... y aterradores. Pero siempre es más barato que un psicólogo.

Yo lo hice durante un tiempo. Escribir poesía, no ir al psicólogo.

Quizá un psicólogo te hubiera ayudado, Hannah.

Me compré una libreta de espiral para guardar todos mis poemas en el mismo lugar. Un par de días a la semana, después del instituto, me iba al Monet y escribía un poema o dos.

Mis primeros intentos fueron un poco tristes. No tenían demasiada profundidad o sutileza. Bastante sencillos. Pero aun así, algunos me salieron bastante bien. O, por lo menos, creo que así fue.

Después, sin tan siquiera intentarlo, me aprendí de memoria el primer poema de la libreta. Y no importa lo mucho que lo intente, parece que no puedo quitármelo de la cabeza incluso hoy mismo. Así que aquí lo tenéis, para que lo apreciéis... o para que os riáis de él.

*Si mi amor fuese un océano,
no habría más tierra firme.*

Si mi amor fuese un desierto,

solo verías arena.

Si mi amor fuese una estrella,

por la noche solo habría luz.

Si a mi amor pudiesen crecerle alas,

yo estaría alzando el vuelo.

Venga, adelante. Reíos. Pero sabéis que lo compraríais si lo vierais en una postal de felicitación.

Siento una repentina punzada en lo hondo de mi pecho.

Solo el hecho de saber que iría al Monet a escribir poesía hacía que los días fuesen más soportables. Si ocurría algo divertido, chocante o hiriente, yo pensaba: esto se convertirá en un poema fascinante.

Por encima de mi hombro veo a Tony saliendo por la puerta. Lo cual me resulta raro.

¿Por qué no se ha parado a decirme adiós?

Para mí, supongo, estas cintas son una forma de terapia poética.

Veo a Tony meterse en su coche a través de los cristales del bar.

Mientras os cuento estas historias, voy descubriendo ciertas cosas. Cosas sobre mí misma, sí, pero también sobre vosotros. Todos vosotros.

Enciende las luces.

Y cuanto más nos acercamos al final, más conexiones estoy descubriendo. Conexiones profundas. De algunas ya os he hablado, unen una historia con la siguiente. Pero hay otras que no os he contado.

El Mustang tiembla cuando Tony enciende el motor. Después, lentamente, el coche arranca.

Quizá hayáis descubierto algunas conexiones que yo no he encontrado. Quizá vayáis un paso por delante de la poetisa.

No, Hannah. Apenas puedo seguirte.

Y cuando diga mis últimas palabras... bueno, probablemente no serán mis últimas palabras, pero las últimas palabras de estas cintas... todo será una apretada y bien interconectada pelota emocional de palabras.

En otras palabras, un poema.

Mirar el coche de Tony a través de los cristales del bar es como ver una película, con el Mustang saliendo de escena lentamente. Pero las luces no se van

desvaneciendo poco a poco, lo que debería ocurrir si continuase dando marcha atrás o girase. En cambio, se detienen.

Como si se hubiese parado.

Al mirar atrás, veo que dejé de escribir en mi libreta cuando dejé de querer conocerme más a mí misma.

¿Está ahí fuera, sentado en el coche, esperando? ¿Por qué?

Si escuchas una canción que te hace llorar y no quieres llorar más, no vuelves a escuchar esa canción.

Pero no puedes huir de ti misma. No puedes decidir no verte más. No puedes decidir apagar el ruido de tu cabeza.



Con los faros de Tony apagados, los ventanales del bar no son más que una línea de cristal oscuro. Muy de vez en cuando, al final del aparcamiento, se ve algún coche pasar por la carretera y un resplandor brilla de un extremo al otro del ventanal.

Pero la única fuente de iluminación fija, a pesar de la distancia, aparece en la esquina superior derecha. Una difusa luz rosa y azul. La punta del cartel de neón del Crestmont que asoma sobre los tejados de las tiendas que lo rodean.

Dios. Qué no daría yo por revivir aquel verano.

Cuando estábamos solos, era tan fácil hablar con Hannah. Era tan fácil reír con ella. Pero siempre que había gente alrededor, me volvía tímido. Me echaba atrás. Ya no sabía cómo actuar.

En aquella minúscula taquilla-pecera, mi única conexión con los demás trabajadores que estaban en el recibidor era un telefonito rojo. No había ningún botón para apretar, solo un receptor. Pero siempre que lo cogía y Hannah respondía al otro extremo, me ponía nervioso. Como si no estuviese llamando desde unos diez metros de distancia, sino llamándola a casa.

—Necesito cambio —decía.

—¿Otra vez? —respondía ella. Pero siempre con una sonrisa en la voz. Y cada vez sentía que la cara me ardía de vergüenza. Porque la verdad era que yo pedía cambio bastantes más veces cuando ella estaba trabajando que cuando no estaba.

Un par de minutos más tarde se escuchaba un golpecito en la puerta y yo me alisaba la camisa y le abría. Ella se apretaba contra mí, en una proximidad agónica, con una minúscula cajita de cambio en la mano, para cambiarme algunos billetes. Y a veces, en las noches tranquilas, se sentaba en mi silla y me decía que cerrase la puerta.

Siempre que ella decía aquello, me costaba mantener mi imaginación bajo control. Porque a pesar de que las ventanas hacían que estuviésemos al descubierto

por tres lados, como las atracciones en un espectáculo de carnaval, y aunque ella solo lo dijese porque no podíamos dejar la puerta abierta, cualquier cosa podría pasar en aquel estrecho espacio.

O eso deseaba yo.

Aquellos momentos, aunque fuesen breves o poco frecuentes, me hacían sentirme muy especial. Hannah Baker había elegido pasar sus ratos libres conmigo. Y como estábamos trabajando, nadie sospecharía nada. Nadie podía ver nada más en ello.

Pero ¿por qué? ¿Por qué, siempre que alguien nos veía, yo hacía como que aquello no significaba nada? Estábamos trabajando, eso es lo que yo quería que creyesen. No estábamos juntos. Solo estábamos trabajando.

¿Por qué?

Porque Hannah tenía una reputación. Una reputación que a mí me asustaba.

Esa verdad salió a la luz hace unas semanas, en una fiesta, estando Hannah delante de mí. Un momento increíble en el que todo pareció ponerse en su sitio.

Al mirarla a los ojos, no pude evitar decirle que lo sentía. Que lo sentía por haber esperado tanto tiempo para contarle mis sentimientos.

Durante un breve instante, fui capaz de admitirlo. Ante ella. Ante mí mismo. Pero no pude volver a admitirlo nunca. Hasta ahora.

Pero ahora es demasiado tarde.

Y esa es la razón por la que, exactamente en este momento, siento tanto odio. Hacia mí mismo. Me merezco estar en esta lista. Porque si no hubiese tenido tanto miedo de todos los demás, le habría dicho a Hannah que a alguien le importaba. Y tal vez Hannah todavía estuviese viva.

Aparto la mirada del cartel de neón.



A veces me paraba en el Monet para tomar un chocolate caliente de camino a casa. Comenzaba a hacer los deberes. O a veces leía. Pero ya no escribía poesía.

Necesitaba un descanso... de mí misma.

Me deslizo la mano desde la barbilla hasta la nuca. Las puntas de mi cabello están empapadas de sudor.

Pero a mí me encantaba la poesía. La echaba de menos. Y un día, varias semanas más tarde, decidí volver a ella. Decidí utilizar la poesía para hacerme feliz.

Poemas felices. Poemas alegres y felices y luminosos. Felices, felices, felices. Como las dos mujeres que aparecían en el folleto del Monet.

Impartían un cursillo gratuito llamado «Poesía: amar la vida». Prometían

enseñar no solo a amar la poesía, sino a, mediante la poesía, amarte más a ti misma.

¡Me apunto!

Punto D-7 en vuestro mapa. La sala comunitaria de la biblioteca pública.

Está muy oscuro para ir allí ahora.

La clase de poesía comenzaba a la misma hora que sonaba el timbre final en el instituto, así que corría hasta allí para intentar no llegar demasiado tarde. Pero incluso cuando llegaba tarde, todo el mundo parecía contento de tenerme allí —para proporcionarles la «perspectiva adolescente femenina», como decían ellos.

Al mirar a mi alrededor, veo que soy la única persona que queda en el Rosie. No cierran hasta dentro de treinta minutos. E incluso aunque no esté comiendo ni bebiendo nada más, el hombre que está detrás de la barra no me ha dicho que me marche. Así que me quedo.

Imaginaos diez o doce sillas de color naranja colocadas en círculo, con las mujeres felices del folleto sentadas en los extremos opuestos. El único problema era que, desde el primer día, no eran felices. Alguien, quien hubiera hecho el folleto, debía de haber digitalizado la expresión caída de sus bocas para que apareciese al revés.

Escribían sobre la muerte. Sobre la maldad de los hombres. Sobre la destrucción de —cito textualmente— «el orbe verdoso y azulado con volutas blancas».

En serio, así era como la describían. Continuaban llamando a la Tierra «alienígena gaseoso preñado que necesita un aborto».

Otra razón por la que odio la poesía. ¿Quién dice «orbe» en vez de «pelota» o «esfera»?

—Descúbrete —decían—. Déjanos ver lo más profundo y oscuro de ti.

¿Lo más profundo y oscuro de mí? ¿Y tú quién eres, mi ginecóloga?

Hannah.

Hubo tantas veces en las que quise levantar la mano y decir:

—Esto, bueno, ¿y cuándo llegamos a lo de la felicidad? ¿Lo de amar la vida? Ya sabéis, «Poesía: amar la vida». Eso era lo que decía el folleto. Por eso estoy aquí.

Al final, solo conseguí ir a tres de aquellas sesiones de poesía en grupo. Pero saqué algo de ellas.

¿Algo bueno?

No.

Mmm... me lo pregunto.

En aquel grupo había alguien más. Otro estudiante de instituto con una perspectiva que los poetas mayores adoraban. ¿Y quién era? Pues el editor de la revista de nuestro insti, Objetos perdidos.

Ryan Shaver.

Ya sabéis de quién os hablo. Y estoy segura de que tú, señor Editor, no puedes esperar a que diga tu nombre en alto.

Así que ahí va, Ryan Shaver. La verdad os hará libres.

El lema de *Objetos perdidos*.

Ya llevas un rato sabiéndolo, Ryan. Estoy segura. Cuando mencioné la poesía por primera vez, sabías que esta cinta sería sobre ti. Tenías que saberlo. Aunque estoy segura de que debes de haber pensado, no puede ser este el motivo por el que estoy en las cintas. Tampoco fue para tanto.

El poema de la escuela. Dios, era de ella.

Recuerda, lo que estoy construyendo aquí es una apretada y bien interconectada pelota emocional de palabras.

Cierro los ojos apretándolos mucho, cubriéndomelos con la mano.

Aprieto mucho los dientes, tenso todo lo que puedo los músculos de la mandíbula para no gritar. Para no llorar. No quiero que ella lo lea. No quiero escuchar ese poema en su voz.

*¿Os gustaría escuchar el último poema que escribí antes de dejar la poesía?
¿Antes de dejar la poesía por mi bien?*

¿No?

Vale. Pero es que ya lo habéis leído. Es muy famoso en nuestro instituto.

Les permito a mis pestañas, a mi mandíbula, que se relajen.

El poema. Lo habíamos tratado en clase de inglés. Lo habíamos leído en voz alta muchas veces.

Y Hannah estaba allí presente todo el tiempo.

Algunos lo recordaréis ahora. No palabra por palabra, pero sabéis de qué estoy hablando. La gaceta de los objetos perdidos. La colección semianual de Ryan de objetos que se encontraban perdidos por el instituto.

Como una carta de amor tirada bajo un pupitre, que nunca había sido

descubierta por la persona a la que iba destinada. Si Ryan la encontraba, tachaba los nombres y la escaneaba para utilizarla en la próxima revista.

Fotografías que se caían de las carpetas... también las escaneaba.

Apuntes de Historia que un estudiante extremadamente aburrido había cubierto de garabatos... los escaneaba.

Habrà quien se pregunte cómo es que encontraba Ryan tantas cosas interesantes para escanear. ¿En realidad las encontraba todas? ¿O las robaba? Le hice exactamente esta misma pregunta después de uno de nuestros encuentros de poesía. Y me juró que todo lo que imprimía lo había encontrado por pura casualidad.

A veces, admitía, algunas personas metían cosas que habían encontrado dentro de su taquilla. Sobre aquellas, decía, no podía responder al cien por cien. Por eso tachaba los nombres y los números de teléfono. Y las fotografías, por norma, no podían ser demasiado comprometedoras.

Reunía cinco o seis páginas de material curioso y estrafalario e imprimía hasta cincuenta copias.

Después las grapaba y las dejaba tiradas en lugares al azar por todo el instituto. Lavabos. Vestuarios.

En el camino de entrada.

—Nunca en el mismo lugar —me dijo. Pensaba que lo propio sería que la gente se encontrase con su revista de objetos perdidos.

¿Pero a que no sabéis qué? ¿Mi poema? Lo robó.

Saco una servilleta del servilletero y me paso el papel abrasivo por los ojos.

Cada semana, después del grupo de poesía, Ryan y yo nos sentábamos en los escalones de la biblioteca y hablábamos. Aquella primera semana simplemente nos reímos de los poemas que había escrito y leído el resto de la gente. Nos reíamos de lo deprimentes que eran todos.

—¿No se suponía que esto nos tenía que hacer felices? —preguntó él. Parecía ser que se había apuntado por la misma razón que yo.

Levanto la vista. El hombre de detrás de la barra está atando una pesada bolsa de basura. Es hora de cerrar.

—¿Puedo tomar un vaso de agua? —pido.

Después de la segunda semana de clase, nos sentamos en los escalones de la biblioteca y nos leímos el uno al otro algunos de nuestros poemas. Poemas que habíamos escrito en diferentes momentos de nuestras vidas.

Me mira a los ojos, a la piel irritada por la servilleta.

Pero solo poemas felices. Poemas sobre amar la vida. Poemas que nunca leeríamos en aquel grupo de tristes poetas amantes de la depresión.

Y, como nunca hacen los poetas, nos explicamos. Línea a línea.

La tercera semana, corrimos el riesgo más grande que se podía correr y nos dimos el uno al otro nuestras libretas de poesía enteras.

Me coloca delante un vaso de agua helada. Aparte del vaso y los servilleteros, la barra está vacía en toda su longitud.

¡Uau! Nos hizo falta mucho valor para hacer aquello. Para mí, sin duda. Y estoy segura de que también para ti, Ryan. Y durante las siguientes dos horas, mientras se ponía el sol, continuamos sentados sobre aquellos escalones de cemento, pasando páginas.

Su letra era horrible, así que me llevó un poco más leer sus poemas. Pero eran increíbles. Mucho más profundos que cualquiera de los míos.

Lo suyo sonaba a poesía real. Poesía profesional. Y algún día, estoy segura, se obligará a los niños a analizar sus poemas sacados de un libro de texto.

Toco el vaso helado, lo rodeo con los dedos.

Por supuesto, yo no tenía ni idea de qué significaban sus poemas. No exactamente. Pero sentía las emociones con precisión. Eran absolutamente bellos. Y casi me sentí avergonzada por lo que debería estar pensando él mientras iba pasando páginas de mi libreta. Porque al leer la suya, me di cuenta del poco tiempo que yo le había dedicado a la mía. Debería haberme tomado el tiempo de elegir mejor las palabras. Palabras más emotivas.

Pero uno de mis poemas le llegó. Y quiso saber más... como por ejemplo cuándo lo había escrito yo.

Pero no se lo dije.

No me bebo el agua. Miro cómo una gota se desliza por el vaso y choca con mi dedo.

Lo escribí el mismo día en el que un grupo de estudiantes se había enfadado con alguien que había tenido el valor de pedir ayuda en relación al suicidio. ¿Os acordáis de por qué se habían enfadado?

Porque quien fuese que había escrito la nota no la había firmado.

Qué insensible.

Era un anónimo. Igual que el poema que había aparecido en *Objetos perdidos*.

Así que Ryan quería saber por qué había escrito yo aquel poema.

Aquel poema, le dije, tenía que hablar por sí mismo. Pero a mí me interesaba saber qué interpretación le daba él.

Superficialmente, dijo, el poema trataba sobre la aceptación, la aceptación por parte de mi madre.

Pero además de eso, yo quería su aprobación. Y quería que algunas personas —en este caso un chico— dejasen de pasar de mí.

¿Un chico?

En la base del vaso, el agua crea una delicada succión y después la suelta. Le doy un sorbo y dejo que un pequeño cubito de hielo se me cuele en la boca.

Le pregunté si pensaba que tenía un significado más profundo.

Mantengo el hielo sobre mi lengua. Está helado, pero quiero que se disuelva ahí.

En parte estaba bromeando. Creí que había comprendido mi poema exactamente. Pero quería saber lo que un profesor que utilizase aquel poema querría que descubriesen sus alumnos. Porque los profesores siempre exageran.

Pero tú lo encontraste, Ryan. Encontraste el significado oculto. Encontraste lo que yo nunca podría haber encontrado en mi propio poema.

El poema no trataba de mi madre, me dijiste. Me puse a la defensiva, incluso me enfadé. Pero tenías razón. Y yo sentí miedo, y tristeza, ante mis propias palabras.

Me dijiste que había escrito aquel poema porque tenía miedo de enfrentarme a mí misma. Y había utilizado a mi madre de excusa, acusándola de no apreciarme o aceptarme, cuando en realidad debería estar diciendo aquellas palabras ante un espejo.

—¿Y el chico? —pregunté—. ¿Qué representa?

Soy yo. Oh, Dios. Soy yo. Ahora lo sé.

Me cubro las orejas. No para bloquear cualquier ruido del exterior. El bar está completamente en silencio. Pero quiero sentir sus palabras, todas ellas, tal y como las dice.

Mientras esperaba una respuesta, busqué un pañuelo de papel en mi mochila. Sabía que en cualquier momento podría echarme a llorar.

Me dijiste que no había ningún chico que estuviese pasando de mí más de lo que yo estaba pasando de mí misma. Por lo menos, aquello era lo que tú pensabas que significaba. Y por eso me preguntaste por el poema. Sentiste que

era incluso más profundo de lo que podías imaginar.

Bueno, Ryan, tenías razón. Era bastante, bastante más profundo que aquello. Y si sabías aquello —si aquello fue lo que pensaste—, ¿por qué me robaste el cuaderno? ¿Por qué imprimiste mi poema, el poema que tú mismo llamaste «aterrador» en Objetos perdidos? ¿Por qué dejaste que otras personas lo leyesen?

Y lo diseccionasen. Y se riesen de él.

Aquel poema nunca se perdió, Ryan. Y tú nunca lo encontraste, así que no formaba parte de tu colección.

Pero fue en tu colección exactamente en donde otras personas lo encontraron. Fue allí en donde los profesores se dieron de narices con él antes de sus clases sobre poesía. Y fue allí en donde aulas llenas de estudiantes despedazaron mi poema, buscándole un significado.

En nuestra clase nadie acertó. Ni tan siquiera se acercó. Pero en aquel momento todos pensamos que lo habíamos hecho. Incluso el señor Porter.

¿Sabes lo que dijo el señor Porter antes de repartir mi poema? Dijo que leer un poema escrito por un miembro desconocido de nuestro instituto era lo mismo que leer un poema clásico escrito por un poeta muerto. Correcto: un poeta muerto. Porque no podíamos preguntarles a ninguno de los dos por su verdadero significado.

Entonces el señor Porter esperó, deseando que alguien confesase haberlo escrito. Pero como recordaréis, aquello no ocurrió nunca.

Así que ahora ya lo sabéis. Y para los que necesitéis un recordatorio, aquí está. «Solo alma», de Hannah Baker.

Me encuentro con tus ojos

ni tan siquiera me ves

apenas respondes

cuando susurro

hola

Podría ser mi alma gemela

dos espíritus similares

Quizá no lo seamos

supongo que nunca

lo sabré

*Mi propia madre
me llevaste dentro de ti
Ahora no ves nada
más que lo que llevo puesto
La gente te pregunta
qué tal me va
Sonríes y asientes
no dejes que acabe
ahí
Ponme
bajo el cielo de Dios y
conóceme
no me veas solo con tus ojos
Quita
esta máscara de carne y hueso y
mírame
por mi alma
solo
Y ahora ya sabéis por qué.*

Bueno, ¿me diseccionaron adecuadamente vuestros profesores? ¿Tenían razón? ¿Teníais idea de que era yo?

Sí, algunos sí que lo sabíais. Ryan se lo debió de contar a alguien —orgulloso de que su colección hubiera entrado en el currículo escolar. Pero cuando la gente me lo preguntaba directamente, me negaba a confirmarlo o a negarlo. Y a algunos eso les fastidiaba.

Hubo incluso quien escribió parodias de mi poema, y me las leían con la esperanza de provocarme.

Yo había visto aquello. Había visto a dos chicas en la clase del señor Porter recitando una versión antes de que sonase el timbre de entrada.

Todo era tan estúpido e infantil... y cruel.

Eran implacables, no paraban de traer poemas nuevos cada día durante una

semana entera. Hannah había intentado ignorarlos por todos los medios, haciendo como que leía mientras esperaba a que llegase el señor Porter. A que la clase comenzase para rescatarla.

No parece que sea algo tan importante, ¿verdad?

No, quizá para vosotros no lo sea. Pero la escuela ya no era un refugio seguro para mí desde hacía tiempo.

Y después de tus aventuritas fotográficas, Tyler, mi casa tampoco era ya segura.

Ahora, de repente, incluso mis propios pensamientos se exponían para ridiculizarlos.

Una vez, en clase del señor Porter, cuando aquellas chicas la estaban picando, Hannah había levantado la vista. Sus ojos se cruzaron con los míos durante un instante. Un *flash*. Pero ella sabía que yo la miraba.

E incluso aunque nadie más lo viese, me di la vuelta.

Se había quedado sola.

Muy bonito, Ryan. Gracias. Eres un verdadero poeta.



Me quito los auriculares de las orejas y me los dejo colgando en el cuello.

—No sé qué es lo que te pasa —dice el hombre desde el otro lado de la barra—. Pero no voy a aceptar tu dinero. —Sopla dentro de una pajita y aprieta los dos extremos cerrándolos.

Niego con la cabeza y busco mi cartera.

—No, pagaré.

Aprieta y aprieta la pajita.

—Lo digo en serio. Solo era un batido. Y como ya te he dicho, no sé qué es lo que te pasa y no sé si te puedo ayudar, pero está claro que en tu vida hay algo que va mal, así que quiero que te guardes tu dinero. —Busca mi mirada con la suya, y sé que lo dice en serio.

No sé qué decir. Incluso aunque se me ocurriesen las palabras, tengo la garganta tan tensa que no las dejaría salir.

Así que asiento, agarro mi mochila y cambio la cinta mientras me dirijo a la puerta.

Casete 5: Cara A

La puerta de cristal del Rosie se cierra detrás de mí, y escucho cómo inmediatamente tres pestillos entran en sus huecos correspondientes.

¿Y ahora a dónde? ¿A casa? ¿De vuelta al Monet? O quizá vaya a la biblioteca, después de todo.

Puedo sentarme fuera, sobre los escalones de cemento. Escuchar las cintas que quedan en la oscuridad.

—¡Clay!

Es la voz de Tony.

Unos brillantes faros de coche se encienden y se apagan tres veces. La ventanilla del lado del conductor está bajada y la mano estirada de Tony me hace un gesto para que me acerque. Me subo la cremallera de la cazadora y me acerco hasta la ventanilla. Pero no me inclino hacia ella. No tengo ganas de hablar. Ahora no.

Tony y yo nos conocemos desde hace años, de hacer trabajos juntos y bromear en clase. Pero en todo este tiempo nunca hemos tenido una conversación profunda.

Ahora me temo que quiere tener una. Lleva aquí sentado todo este rato. Sentado en el coche sin más.

Esperando. ¿Qué otra cosa podría tener en la cabeza?

No me mira. En lugar de eso, saca una mano para colocar el espejo retrovisor con el pulgar. Después cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia atrás.

—Entra, Clay.

—¿Va todo bien?

Tras una breve pausa, asiente lentamente.

Rodeo el coche por la parte delantera, abro la puerta del copiloto y me siento, manteniendo un pie sobre el asfalto. Me coloco la mochila, dentro de la cual está la caja de zapatos de Hannah, sobre el regazo.

—Cierra la puerta —dice.

—¿A dónde vamos?

—Venga, Clay. Cierra la puerta. —Gira la manilla que hay en su puerta y la ventanilla se cierra—. Fuera hace frío. —Su mirada se pasea sobre el salpicadero, la radio y después el volante. Pero a mí no me mira.

En el momento en el que cierro la puerta, como si apretase el gatillo de una pistola que da la salida, comienza.

—Eres la novena persona a la que he tenido que seguir, Clay.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—El segundo juego de cintas —dice—. Hannah no iba de farol. Las tengo yo.

—Dios. —Me cubro la cara con las dos manos. El latido ha vuelto a instalarse

detrás de mi ceja. Lo aprieto con la base de la palma de la mano. Bien fuerte.

—Está bien —dice.

No puedo mirarle. ¿Qué sabe él? ¿De mí? ¿Qué ha escuchado?

—¿Qué es lo que está bien?

—¿Qué estabas escuchando ahí dentro?

—¿Qué?

—¿Qué cinta?

Puedo intentar negarlo, hacer como si no tuviese ni idea de qué me está hablando. O puedo salir de este coche y marcharme. Pero de cualquier forma, lo sabe.

—No pasa nada, Clay. En serio. ¿Qué cinta?

Con los ojos todavía cerrados, aprieto los nudillos contra la frente.

—La de Ryan —digo—. El poema. —Después le miro.

Reclina la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados.

—¿Qué? —pregunto.

No hay respuesta.

—¿Por qué te las dio a ti?

Toca el llavero que cuelga del contacto.

—¿Te importa si conduzco mientras escuchas la siguiente cinta?

—Dime por qué te las dio a ti.

—Te lo diré —dice— si escuchas la siguiente cinta ahora mismo.

—¿Por qué?

—Clay, no estoy de broma. Escucha la cinta.

—Entonces responde a mi pregunta.

—Porque es sobre ti, Clay. —Suelta las llaves—. La siguiente cinta es sobre ti.

Nada.

El corazón no me da un vuelco. No parpadeo. No respiro.

Y entonces.

De un golpe echo el brazo hacia atrás y clavo el codo en el asiento. Después golpeo la puerta y quiero darme cabezazos contra la ventana. Pero en lugar de eso dejo caer con fuerza mi cabeza contra el reposacabezas.

Tony me pone una mano en el hombro.

—Escúchala —dice—. Y no salgas del coche.

Enciende el motor.

Giro la cabeza en dirección a él, las lágrimas me resbalan por la cara. Pero Tony mira hacia adelante.

Abro la tapa del *walkman* y saco la cinta. La quinta cinta. Un número nueve escrito en azul oscuro en una esquinita. Mi cinta. Soy el número nueve.

Meto la cinta en el *walkman* y, mientras sostengo el reproductor con las dos manos, lo cierro como si fuese un libro.

Tony mete la marcha del coche y atraviesa el aparcamiento vacío, en dirección a la calle.

Sin mirar, paso el dedo gordo por la parte superior del *walkman*, y palpo el botón que me introducirá en la historia.



¡Romeo, oh Romeo! ¿Dónde estás, Romeo?

Mi historia. Mi cinta. Así es como comienza.

Buena pregunta, Julieta. Y ojalá supiese la respuesta.

Tony grita por encima del motor.

—¡Clay, no pasa nada!

Para ser completamente sincera, nunca hubo un momento en el que me dijese: Clay Jensen... es mi él.

Con solo escuchar mi nombre, el dolor de mi cabeza se duplica. Siento un encogimiento agónico en el corazón.

Ni tan siquiera estoy segura de hasta qué punto llegué a conocer al Clay Jensen real con el paso de los años. La mayoría de las cosas que sabía de él eran información de segunda mano. Y por eso era por lo que quería conocerle mejor. Porque todo lo que escuchaba —¡y me refiero a todo de verdad!— era bueno.

Era una de esas cosas en las que, una vez te das cuenta, no puedes dejar de fijarte.

Kristen Rennert, por ejemplo. Siempre lleva ropa negra. Pantalones negros. O zapatos negros.

Camiseta negra. Si lleva una chaqueta negra, y es la única cosa negra que lleva, no se la quita en todo el día. La próxima vez que la veáis os fijaréis. Y entonces ya no podréis dejar de fijaros.

Steve Oliver es igual. Siempre que levanta la mano para decir alguna cosa, o hacer una pregunta, siempre comienza con la palabra «bueno».

—¿Señor Oliver?

—Bueno, si Thomas Jefferson era propietario de esclavos...

—¿Señor Oliver?

—Bueno, me ha dado 76.1225.

—¿Señor Oliver?

—Bueno, ¿puedo ir al lavabo?

En serio. Cada vez. Y ahora vosotros también os fijaréis...

Sí, ya me había fijado, Hannah. Pero vamos al grano. Por favor.

Escuchar por ahí cotilleos sobre Clay se convirtió en un entretenimiento parecido. Y como ya he dicho, no le conocía muy bien, pero las orejas se me afilaban siempre que escuchaba su nombre.

Supongo que quería escuchar alguna cosa —cualquier cosa— jugosa. No porque quisiera ir por ahí chafardeando. Solo es que no me podía creer que alguien fuese tan bueno.

Miro para Tony y pongo los ojos en blanco. Pero él está conduciendo, mirando hacia delante.

Si realmente fuese tan bueno... maravilloso. ¡Genial! Pero se convirtió en mi juego personal.

¿Cuánto tiempo podías pasar escuchando solo cosas buenas sobre Clay Jensen?

Normalmente, cuando una persona tiene una imagen estelar suele haber otra persona esperando en la sombra para destrozarla. Esperando a que esa mancha fatal la delate.

Pero con Clay no es así.

De nuevo miro a Tony. Esta vez está sonriendo ligeramente.

Espero que esta cinta no os haga salir corriendo en busca de ese secreto suyo profundo, oscuro y sucio... que estoy segura de que tiene. Por lo menos uno o dos, ¿a que sí?

Tengo unos cuantos.

Pero espera, no será eso lo que estás haciendo, ¿verdad Hannah? Lo estás poniendo como Don Perfecto solo para cargártelo. Tú, Hannah Baker, eras la que esperaba en la sombra. Buscabas una mancha. Y la encontraste. Y ahora no puedes esperarte a contarnos a todos lo que es y arruinar su imagen.

Y a esto digo... no.

Mi pecho se relaja, libera una bocanada de aire que ni tan siquiera sabía que estaba conteniendo.

Y espero que no os sintáis decepcionados. Espero que no estéis escuchando —salivando— solo en espera de un cotilleo. Espero que estas cintas signifiquen algo más que eso para vosotros.

Clay, cariño, tu nombre no está en esta lista.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla y cierro los ojos, concentrado en el cristal helado. Quizá si escucho las palabras pero me concentro en el frío, pueda mantener la compostura.

Tú no estás en ella de la misma forma que los otros. Es como aquella canción: una de estas cosas no es como las demás. Una de estas cosas no toca.

Y ese eres tú, Clay. Pero tienes que estar aquí si voy a contar mi historia. Para contarla de una forma más completa.



—¿Por qué tengo que estar escuchando esto? —pregunto—. ¿Por qué no se limita a pasarme por alto si no formo parte de la lista?

Tony continúa conduciendo. Si mira en alguna otra dirección que no sea hacia delante, solo es para echarle una breve ojeada al espejo retrovisor.

—Sería más feliz si nunca hubiera escuchado esto —digo.

Tony niega con la cabeza.

—No. Te hubiera vuelto loco no saber qué le pasó.

Miro a través del parabrisas, hacia las líneas blancas que brillan con la luz de los faros. Y me doy cuenta de que tiene razón.

—Además —dice—, creo que ella quería que tú lo supieses.

Quizá, pienso. Pero ¿por qué?

—¿A dónde vamos?

No responde.



Sí, hay algunos vacíos importantes en mi historia. Algunas partes que simplemente no te puedes imaginar cómo contar. O que no soy capaz de decir en voz alta. Acontecimientos que ni tan siquiera he llegado a aceptar... que nunca llegaré a aceptar. Y si nunca tengo que hablar de ellos en voz alta, nunca tendré que pensar en ellos detenidamente.

¿Pero le quita esto importancia a alguna de vuestras historias? ¿Tienen vuestras historias menos sentido porque no os lo esté contando todo?

No.

En realidad, eso las magnifica.

No sabéis lo que pasó en el resto de mi vida. En casa. Incluso en la escuela. No sabéis lo que ocurre en la vida de nadie excepto en la vuestra propia. Y cuando te metes en una parte de la vida de una persona, no te estás metiendo solo en esa parte. Por desgracia, no se puede ser tan preciso y selectivo.

Cuando te metes en una parte de la vida de una persona, te estás metiendo en su vida entera.

Todo... afecta a todo.

El punto central de las siguientes historias es una noche.

La fiesta.

Nuestra noche, Clay. Y tú sabes lo que quiero decir con nuestra noche porque, durante todos los años que pasamos yendo al mismo instituto o trabajando juntos en el cine, solo hubo una noche en la que conectamos.

En la que conectamos de verdad.

Aquella noche también os arrastra a muchos de vosotros a esta historia... A una persona, por segunda vez. Una noche cualquiera que ninguno de vosotros puede hacer que desaparezca.

Aquella noche fue horrible. Incluso antes de que aparecieran estas cintas lo era. Aquella noche había corrido para decirle a una anciana que su marido estaba bien. Que todo iría bien. Pero mentía. Porque mientras yo corría para tranquilizar a su esposa, el otro conductor se estaba muriendo.

Y cuando el anciano llegó a casa junto a su esposa, lo sabía.

Con un poco de suerte nadie escuchará estas cintas excepto aquellos que estáis en la lista, con lo que cualquier cambio que puedan aportarle a vuestras vidas será cosa exclusivamente vuestra.

Por supuesto, si las cintas salen a la luz, tendréis que arregláros las con unas consecuencias que estarán totalmente fuera de vuestro control. Así que deseo con sinceridad que os las estéis pasando.

Miro para Tony. ¿De verdad lo haría? ¿Sería capaz? ¿Le daría a alguien las cintas de la lista?

¿A quién?

Para algunos de vosotros, esas consecuencias serán mínimas. Quizá vergüenza. O bochorno. Pero para otros es difícil de decir. ¿Perder su trabajo? ¿La cárcel?

Así que mantengamos esto entre nosotros, ¿vale?

Pues Clay, se suponía que yo no tendría que haber ido a aquella fiesta. Estaba invitada, pero se suponía que no iría. Mis notas bajaban muy rápido. Mis padres les pidieron informes semanales a los profesores. Y al ver que en ninguno aparecían mejoras, me castigaron.

Para mí estar castigada significaba que tenía una hora para volver a casa

después del instituto.

Una hora era mi único tiempo libre hasta que mis notas mejorasen.

Estamos parados en un semáforo. Y aun así Tony continúa mirando hacia delante. ¿Es que quiere evitar verme llorar? Porque no tiene de qué preocuparse, no estoy llorando. Ahora mismo no.

Durante uno de mis momentos cotilleo sobre Clay Jensen, me enteré de que iría a aquella fiesta.

¿Qué? ¿Clay Jensen en una fiesta? Lo nunca visto.

Yo suelo estudiar todos los fines de semana. En la mayoría de las clases tenemos exámenes los lunes.

No es culpa mía.

No solo fue lo primero que pensé yo, era el tema de conversación de toda la gente que estaba a mi alrededor. Nadie sabía por qué nunca ibas a fiestas. Por supuesto, tenían todo tipo de teorías. ¿Pero a que no sabes qué? Has acertado. Ninguna era mala.

Dame un respiro.

Como ya sabéis, ya que Tyler no es lo bastante alto para mirar por una ventana del segundo piso, escaparme de mi habitación no me resultó difícil. Y aquella noche tenía que hacerlo. Pero no os precipitéis en sacar conclusiones. Antes de aquella noche solo me había escapado de casa dos veces.

Vale, tres veces. Quizá cuatro. Como máximo.

Para los que no sepáis de qué fiesta estoy hablando, hay una estrellita roja en vuestros mapas. Una estrellita roja grande y gorda y completamente pintada. C-6. Cinco-doce de Cottonwood.

¿Es ahí a dónde vamos?

Aaaah... así que quizá algunos lo sepáis. Ahora algunos ya sabéis exactamente en dónde aparecéis.

Pero tendréis que esperar hasta que salgan vuestros nombres para escuchar lo que tengo que decir.

Para escuchar qué cuento.

Aquella noche decidí que estaría bien ir a la fiesta caminando. Sería relajante. Aquella semana había llovido mucho, y recuerdo que las nubes todavía colgaban del cielo gruesas y bajas. Pero el aire, a esas horas de la noche, era caliente. Mi tiempo favorito.

También el mío.

Pura magia.

Es divertido. Al pasar al lado de las casas de camino a la fiesta, me sentía como si la vida tuviese muchas posibilidades. Infinitas posibilidades. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí esperanza.

Yo también. Me había obligado a salir de casa e ir a aquella fiesta. Estaba preparado para que ocurriese algo. Algo emocionante.

¿Esperanza? Bueno, supongo que interpreté un poco mal las cosas.

¿Y ahora? Sabiendo lo que ocurrió entre Hannah y yo, ¿habría ido igualmente? ¿Incluso si no hubiera cambiado nada?

Sencillamente era la calma que precede a la tormenta.

Lo habría hecho, sí. Incluso si el resultado hubiera sido el mismo.

Llevaba una falda negra con un jersey con capucha a juego. Y de camino allí di un rodeo de tres manzanas para pasar por delante de mi antigua casa —en donde vivíamos cuando llegamos aquí. La primera estrellita roja de la primera cara de la primera cinta. La luz del porche estaba encendida y, en el garaje, había un coche con el motor encendido.

Pero la puerta del garaje estaba cerrada.

¿Soy yo el único que sabe esto? ¿Alguien más sabía que era allí donde vivía? El hombre del accidente.

El hombre que mató con su coche a un chico de nuestro instituto.

Paré de caminar y, durante un tiempo que parecieron varios minutos, me quedé mirando desde la acera. Hipnotizada. Había otra familia en mi casa. No tenía ni idea de quiénes eran ni de cómo eran, ni de cómo eran sus vidas.

La puerta del garaje comenzó a levantarse y, entre el brillo de las luces traseras rojas, la silueta de un hombre empujó la pesada puerta hasta arriba. Se metió en el coche, lo sacó del garaje dando marcha atrás y se largó.

No sé por qué no se detuvo, por qué no me preguntó qué hacía allí de pie mirando hacia su casa.

Quizá pensase que estaba esperando a que saliese del garaje para continuar con mi feliz camino.

Pero fuera cual fuese la razón, me parecía surrealista. Dos personas —él y yo —, una casa. Y se marchó sin tener ni idea de su relación conmigo, la chica que estaba en la acera. Y por alguna razón, en aquel momento, sentí el aire pesado. Lleno de soledad. Y aquella soledad me acompañó durante el resto de la noche.

Incluso los mejores momentos de la noche se vieron afectados por aquel incidente —por aquel no-incidente— ante mi antigua casa. Su falta de interés en mí fue un recordatorio. A pesar de que yo hubiera tenido mi historia en aquella casa, no importaba. Las cosas no pueden volver a ser como eran antes. Como tú pensabas que eran.

Lo único que tienes de verdad... es el ahora.

Algunos de los que aparecemos en las cintas tampoco podemos volver atrás. Nunca podremos *no* haber encontrado un paquete en la puerta de casa. O en el buzón. Ese momento cambió nuestras vidas.

Lo cual explica por qué reaccioné así, Clay. Y por eso te han llegado estas cintas. Para explicártelo.

Para decirte que lo siento.

¿Lo recuerda? ¿Recuerda que yo me disculpé con ella aquella noche? ¿Es esa la razón por la que se está disculpando conmigo?

La fiesta ya había empezado hacía rato cuando yo llegué. La mayor parte de la gente, a diferencia de mí, no tenía que esperar a que sus padres se quedasen dormidos.

Por la entrada andaba el grupito habitual, borrachos perdidos que saludaban a todo el mundo con un vaso de cerveza levantado. Creía que Hannah era una palabra difícil de arrastrar, pero aquellos tíos lo hicieron bastante bien. La mitad se quedaron repitiendo mi nombre, intentando entenderlo bien, mientras la otra mitad reía.

Pero eran inofensivos. Los borrachos divertidos son un buen aliciente para una fiesta. No buscan pelea. No quieren ligar. Solo quieren emborracharse y reír.

Recuerdo a aquellos tíos. Eran como las mascotas de la fiesta:

—¡Clay! ¿Qué hasessssss aqqquí? ¡Jua jua ja ja!

La música estaba alta y nadie bailaba. Podría haber sido una fiesta cualquiera... excepto por un detalle.

Clay Jensen.

Estoy segura de que escuchaste un montón de comentarios sarcásticos al llegar, pero cuando yo llegué, para todos los demás tú eras un elemento más de la fiesta. Pero a diferencia de todos los demás, tú eras la razón por la que yo había ido allí.

Quería hablar contigo de todo lo que estaba pasando en mi vida, en mi cabeza. Hablar de verdad.

Solo por una vez. Una oportunidad que parecía que nunca teníamos en el instituto. O en el trabajo.

Una oportunidad de preguntarnos: ¿y tú quién eres?

No tuvimos esa oportunidad porque yo tenía miedo. Miedo de no tener ninguna posibilidad contigo.

Eso era lo que pensaba. Y me conformaba. Porque ¿y si te conocía y después resultaba que eras como la gente decía que eras? ¿Y si no eras la persona que yo deseaba que fueras?

Aquello sería lo que más daño me habría hecho.

Y cuando estaba en la cocina, haciendo cola para rellenar mi vaso por primera vez, apareciste detrás de mí.

—Hannah Baker —dijiste, y me di la vuelta hacia ti—. Hannah... hola.

Cuando ella había llegado, cuando había entrado por la puerta, me había pillado con la guardia baja. Y me había dado la vuelta como un friki y había salido corriendo por la cocina, directamente hacia la parte de atrás.

Era demasiado pronto, me había dicho a mí mismo. Había ido a la fiesta diciéndome que si aparecía Hannah Baker, iba a hablar con ella. Ya era hora. No me importaba quién estuviese allí, yo iba a mantener la mirada fija en ella y hablaríamos.

Pero cuando entró me volví loco.

No me lo podía creer. Ahí estabas, salido de la nada.

No, no de la nada. Primero había estado dando vueltas por el jardín trasero, maldiciéndome por ser un crío asustadizo. Después salí por la puerta, con toda la intención de irme a casa.

Pero en la acera me animé un poco. Volví a entrar por la puerta delantera. Los borrachos me volvieron a saludar, y yo fui directamente a donde estabas tú.

Cualquier cosa menos salido de la nada.

—No sé por qué —dijiste—. Pero creo que tenemos que hablar.

Me había armado de todo el valor del mundo para continuar aquella conversación. Valor y dos vasos de plástico de cerveza.

Y yo acepté, seguramente con la sonrisa más tonta del mundo dibujaba en la cara.

No. Era la más hermosa.

Y entonces vi el marco de la puerta que tenías detrás de ti, que daba a la cocina. En él había un montón de marcas de boli y lápiz, que dejaban constancia de lo rápido que crecían los niños de la casa. Y recordé ver a mi madre borrar aquellas marcas de la puerta de nuestra antigua cocina,

preparándose para vender la casa y mudarnos aquí.

Había visto aquello. Había visto algo en tus ojos cuando mirabas más allá de mi hombro.

Pero bueno, el caso es que tú miraste mi vaso vacío, echaste la mitad de tu bebida dentro de él y me preguntaste si ahora sería un buen momento para hablar.

Por favor, no malinterpretéis esto, gente. Sí, suena a «venga, vamos a emborrachar a la chica», pero no era eso. A mí no me pareció que lo fuese.

No era eso. Nadie se lo va a tragar, pero es la verdad.

Porque si fuese así, me habría animado a que me llenase el vaso entero.

Así que fuimos hasta el salón, en donde un lado del sofá estaba ocupado.

Por Jessica Davis y Justin Foley.

Pero había mucho espacio en el otro lado, así que nos sentamos. ¿Y qué fue lo primero que hicimos?

Dejamos los vasos y nos pusimos a hablar. Pasó... simplemente... así.

Ella tenía que saber que eran ellos. Jessica y Justin. Pero no dice sus nombres. El primer chico al que había besado estaba besando a la chica que le había pegado en el Monet. Era como si no pudiese escapar de su pasado.

Todo lo que podía haber deseado estaba ocurriendo. Las preguntas eran personales, como si estuviésemos recuperando el tiempo que habíamos dejado pasar. Pero no eran preguntas que sintiésemos como intrusivas.

Su voz, si eso es algo físicamente posible, sale de los auriculares muy cálida. Me coloco las manos sobre las orejas para evitar que sus palabras se escapen.

Y no eran intrusivas. Porque yo quería que tú me conocieses.

Había sido maravilloso. No podía creerme que Hannah y yo estuviésemos por fin hablando. Hablando de verdad. Y no quería que se acabase.

Me encantó hablar contigo, Hannah.

Parecía que pudieses conocerme. Que pudieses entender cualquier cosa que yo te dijese. Y cuanto más hablábamos, más me daba cuenta del porqué. Nos emocionaban las mismas cosas. Nos afectaban las mismas cosas.

Podrías haberme contado cualquier cosa, Hannah. Aquella noche no había nada prohibido. Me hubiera quedado allí hasta que te hubieras abierto y lo hubieras dejado salir todo, pero no lo hiciste.

Quería contarte todo. Y aquello me dolía porque había algunas cosas que

daban mucho miedo.

Algunas cosas que ni siquiera yo entendía. ¿Cómo le podía contar a alguien — a alguien con quien estaba hablando de verdad por primera vez— todo lo que se me pasaba por la cabeza?

No podía. Era demasiado pronto.

Pero no lo era.

O quizá fuese demasiado tarde.

Pero ahora me lo estás contando. ¿Por qué has esperado hasta ahora?

Sus palabras ya no son cálidas. Quizá ella quisiera que yo las escuchase así, pero en cambio me están quemando. En la cabeza. En el corazón.

Clay, no parabas de decir que sabías que había cierta conexión entre nosotros. Que llevabas mucho tiempo sintiéndolo, dijiste. Que sabías que nos llevaríamos bien. Que encajaríamos.

Pero ¿cómo? Nunca me lo llegaste a explicar. ¿Cómo podías saberlo? Porque yo sabía lo que decía de mí la gente. Había escuchado todos los rumores y mentiras que siempre me acompañarían.

Yo sabía que no eran ciertos, Hannah. Vaya, esperaba que no fuesen ciertos. Pero tenía demasiado miedo de averiguarlo.

Me estaba desmoronando. Si hubiera hablado contigo antes. Podríamos haber sido... podríamos... no lo sé. Pero para entonces las cosas ya habían llegado demasiado lejos. Ya había tomado una decisión. No la de acabar con mi vida. Todavía no. Había decidido pasar por el instituto como si flotase. No confiar en nadie nunca. Aquel era mi plan. Me graduaría y después me largaría.

Pero entonces fui a una fiesta. Fui a una fiesta para encontrarme contigo.

¿Por qué lo había hecho? ¿Para hacerme sufrir? Porque eso era lo que estaba haciendo —odiarme a mí misma por haber esperado tanto. Odiarme porque no estaba siendo justa contigo.

La única cosa que no es justa son estas cintas, Hannah, porque yo estaba allí para ti. Estábamos hablando. Podrías haberme dicho cualquier cosa. Habría escuchado absolutamente cualquier cosa.

En cuanto a la pareja que estaba sentada a nuestro lado en el sofá, la chica estaba borracha y reía y no paraba de darme golpes. Al principio me hizo gracia, pero enseguida me harté.

¿Por qué no dice Hannah su nombre?

Comencé a pensar que quizá no estuviera tan borracha después de todo. Quizá

solo estuviese haciendo comedia para el chico con el estaba hablando... cuando hablaban. Quizá quisiera el sofá entero para ella y el chico.

Así que Clay y yo nos fuimos.

Dimos una vuelta por la fiesta, gritando por encima de la música en cualquier lugar al que íbamos.

Al final —por suerte— conseguí que la conversación comenzase a ser divertida. No más temas profundos y serios. Necesitábamos reír. Pero en cualquier lugar al que fuésemos había demasiado ruido para que nos escuchásemos.

Así que acabamos en la puerta de una habitación vacía.

Recuerdo todo lo que ocurrió después. Lo recuerdo perfectamente. ¿Pero cómo lo recuerda ella?

Mientras estábamos allí de pie, con la espalda apoyada en el marco de la puerta y las bebidas en la mano, no podíamos parar de reír.

Y entonces la soledad con la que había entrado en la fiesta volvió de repente.

Pero no estaba sola. Lo sabía. Por primera vez en mucho tiempo, estaba conectando —conectada— con otra persona del instituto. ¿Cómo narices podía estar sola?

No lo estabas, Hannah. Yo estaba allí.

Porque quería estarlo. Es todo lo que puedo decir. Es lo único a lo que le encuentro sentido.

¿Cuántas veces me he permitido conectar con otra persona para acabar pegándome un batacazo?

Todo parecía ser bueno, pero sabía que tenía el potencial de ser horrible. Mucho, mucho más doloroso que con los demás.

De ninguna manera iba a ocurrir aquello.

Así que ahí estabas tú, dejando que me acercara a ti. Y cuando me sentí incapaz de conectar más contigo, cuando llevé la conversación a temas más ligeros, me hiciste reír. Y eras graciosísimo, Clay.

Eras exactamente lo que yo necesitaba.

Así que te besé.

No, te besé yo a ti, Hannah.

Un largo y hermoso beso.

¿Y qué fue lo que dijiste cuando paramos para tomar aire? Con tu sonrisa más mona, más infantil, me preguntaste:

—¿A qué ha venido eso?

Cierto. Me habías besado tú.

Y yo respondí:

—Eres un idiota. —Y seguimos besándonos.

Un idiota. Sí, también recuerdo aquello.

Al final cerramos la puerta y nos metimos en la habitación. Nosotros estábamos a un lado de la puerta. Y el resto de la fiesta, con su música alta pero amortiguada, estaba del otro.

Increíble. Estábamos juntos. Yo no podía parar de pensar en aquello. Increíble. Tenía que concentrarme mucho para evitar que la palabra se me escapase de la boca.

Algunos quizá os estéis preguntando: ¿cómo es que nunca me he enterado de esto? Siempre nos enterábamos de con quién se enrollaba Hannah.

Porque yo nunca lo conté.

Os equivocáis. Únicamente pensabais que os enterabais. ¿Habéis estado escuchando? ¿O solo le habéis prestado atención a la cinta en la que aparece vuestro nombre? Porque puedo contar con los dedos de una mano —sí, de una mano— la gente con la que me he enrollado. Pero vosotros seguramente pensabais que necesitaría las dos manos y los dos pies solo para empezar, ¿a que sí?

¿Qué pasa? ¿Que no me creéis? ¿Estáis sorprendidos? Pues sabéis qué... que me da igual. La última vez que me importó lo que alguien pensase de mí fue aquella noche. Y aquella fue la última noche.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y me inclino hacia delante. Me coloco la mano sobre la boca y la aprieto para evitar gritar.

Pero grito, y el sonido me humedece la palma de la mano.

Y Tony continúa conduciendo.

Ahora poneos cómodos, porque estoy a punto de contaros qué ocurrió en aquella habitación entre Clay y yo. ¿Preparados?

Nos besamos.

Eso es todo. Nos besamos.

Miro hacia mi regazo, hacia el walkman. Está demasiado oscuro para ver cómo giran los ejes tras la ventanita de plástico, tirando de la cinta de un lado al otro, pero necesito concentrarme en algo, así que lo intento. Y concentrarme en el punto en el

que deberían estar los dos ejes es lo máximo que me acerco a mirar a Hannah a los ojos mientras cuenta mi historia.

Fue maravilloso, los dos estábamos tumbados en la cama. Él tenía una mano apoyada en mi cadera.

El otro brazo lo tenía bajo mi cabeza como si fuese una almohada. Yo lo abrazaba con los dos brazos, intentando acercarlo más a mí. Y por mi parte, quería más.

Y ahí fue cuando lo dije. Ahí fue cuando le susurré: «Lo siento tanto». Porque en mi interior me sentía feliz y triste al mismo tiempo. Triste porque me hubiese llevado tanto tiempo llegar hasta aquel punto.

Pero feliz porque estuviésemos allí juntos.

Aquellos besos parecían primeros besos. Besos que venían a decir que podía comenzar de nuevo si quisiera. Con él.

¿Pero comenzar de nuevo a partir de qué?

Y fue entonces cuando pensé en ti, Justin. Por primera vez en mucho tiempo, pensé en nuestro primer beso. Mi primer beso de verdad. Recordé la expectación que lo había precedido. Recuerdo tus labios apretados contra los míos.

Y entonces recordé cómo te lo habías cargado.

—Para —le dije a Clay. Y mis manos dejaron de tirar de él.

Me empujaste con las palmas de las manos contra el pecho.

¿Podías sentir por lo que estaba pasando yo, Clay? ¿Te diste cuenta? Tenías que notarlo.

No. Tú lo escondiste. Nunca me contaste lo que era, Hannah.

Cerré los ojos tan fuerte que me dolían. Intentaba apartar todo lo que estaba viendo en mi mente. Y lo que veía era a todos los que estáis en esta lista... y más personas. Todo el mundo hasta aquella noche. Todos los que me habían despertado tanta curiosidad por la reputación de Clay —y cómo su reputación era tan diferente de la mía.

No, éramos iguales.

Y no pude evitarlo. Lo que todo el mundo pensaba de mí estaba fuera de mi control.

Pero no era así. ¿A quién se lo iba a contar yo, Hannah?

—Para —repetí. Esta vez coloqué las manos bajo tu pecho y te empujé para apartarte. Me volví y enterré la cara en la almohada.

Tú comenzaste a hablar, pero te hice callar. Te pedí que te marchases. Comenzaste a hablar de nuevo y yo grité. Grité dentro de la almohada.

Y entonces tú dejaste de hablar. Me habías escuchado.

La cama se movió en tu lado cuando te levantaste para salir de la habitación. Pero te llevó una eternidad marcharte, darte cuenta de que yo iba en serio.

Estaba deseando que me pidieses que no me fuera.

Aunque continuaba con los ojos cerrados, enterrados en la almohada, noté cómo la luz cambió cuando por fin abriste la puerta. Se hizo más brillante. Después volvió a desvanecerse... y te habías ido.

¿Por qué la había escuchado? ¿Por qué la había dejado allí? Ella me necesitaba y yo lo sabía.

Pero tenía miedo. Una vez más, me había dejado asustar.

Y entonces me bajé de la cama y me quedé en el suelo. Me quedé allí sentada, al lado de la cama, abrazada a las rodillas... y llorando.

Con esto, Clay, se acaba tu historia.

Pero no debería. Yo estaba allí por ti, Hannah. Tú podías haberme buscado, pero no lo hiciste. Elegiste esto. Tuviste la oportunidad y me apartaste. Yo te hubiera ayudado. Quería ayudarte.

Saliste de la habitación y nunca más volvimos a hablar.

Habías tomado una decisión. No importa lo que digas, lo tenías decidido.

Intentaste que nuestras miradas se cruzasen en los pasillos del instituto, pero yo siempre apartaba la vista. Porque aquella noche, cuando llegué a casa, arranqué una página de mi libreta y escribí un nombre tras otro tras otro. Los nombres que tenía en la cabeza cuando dejé de besarte.

Había muchos nombres, Clay. Tres docenas, por lo menos.

Y entonces... hice la relación.

Primero rodeé tu nombre, Justin. Y dibujé una línea que iba de ti a Alex. Rodeé a Alex e hice una línea hasta Jessica, pasando por alto nombres que no tenían relación —solo andaban por allí—, incidentes aislados.

Mi ira y mi frustración contra todos vosotros se convirtieron en lágrimas y después volvieron a ser ira y odio cada vez que hallaba una nueva relación.

Y entonces llegué a Clay, la razón por la que había ido a la fiesta. Rodeé su nombre e hice una línea... que volvía. Volvía a un nombre anterior.

Era Justin.

De hecho, Clay, poco después de que te marchases y cerrases la puerta... esa persona volvió a abrirla.

En la cinta de Justin, la primera, ella dice que su nombre volverá a aparecer. Y él estaba en aquella fiesta. En el sofá con Jessica.

Pero esa persona ya ha recibido las cintas. Así que Clay, sáltatelo cuando las pases. De rebote, él fue la causa de que un nuevo nombre se añadiese a mi lista. Y esa es la persona a la que deberías entregarle tú las cintas.

Y sí, Clay. Yo también lo siento.



Me escuecen los ojos. No por la sal de las lágrimas, sino porque no los he cerrado desde que he sabido que Hannah lloró cuando yo me marché de la habitación.

Cada uno de los músculos de mi cuello tira de mí para que me dé la vuelta. Para que mire por la ventana, olvidándome del *walkman*, y deje que mis ojos se queden fijos en la nada. Pero no soy capaz de moverme, de romper el efecto de sus palabras.

Tony reduce la velocidad del coche y se detiene al lado de un bordillo.

—¿Estás bien?

Es una calle residencial, pero no es la calle de la fiesta.

Meneo la cabeza diciendo que no.

—¿Estarás bien? —pregunta.

Me recuesto, apoyo la cabeza contra el reposacabezas y cierro los ojos.

—La echo de menos.

—Yo también la echo de menos —dice. Y cuando vuelvo a abrir los ojos, tiene la cabeza baja. ¿Está llorando? O quizá esté intentando no llorar.

—El caso es —digo— que, en realidad, nunca la había echado de menos hasta ahora.

Se incorpora sobre el asiento y me mira.

—No sabía qué hacer aquella noche. Todo lo que ocurrió. Ella me gustaba desde hacía tanto tiempo, pero nunca había tenido la oportunidad de decírselo. —Bajo la vista hacia el *walkman*—. Solo tuvimos una noche, y al final de aquella noche parecía que la conociese incluso menos que antes. Pero ahora lo sé.

Sé dónde tenía la cabeza aquella noche. Ahora sé por lo que estaba pasando.

Se me quiebra la voz, y con ello viene un torrente de lágrimas.

Tony no responde. Mira hacia la calle vacía, me permite que me quede sentado en su coche y la echo de menos. Que la echo de menos cada vez que tomo aliento. Que la echo de menos con un corazón que parece frío cuando está solo, pero cálido cuando las imágenes de ella fluyen a través de mí.

Me paso el dobladillo de la cazadora por debajo de los ojos. Después me trago las lágrimas y me río.

—Gracias por escuchar todo esto —digo—. La próxima vez no pasa nada si me haces parar.

Tony pone el intermitente, mira por encima de su hombro y vuelve a incorporarse a la carretera. Pero no me mira a mí.

—De nada.

Casete 5: Cara B

Me siento como si hubiéramos pasado por esta misma calle varias veces desde que salimos del Rosie.

Como si él estuviese haciendo tiempo.

—¿Tú estabas en la fiesta? —pregunto.

Tony mira hacia el exterior por la ventanilla de su lado y cambia de carril.

—No. Clay, necesito saber que estarás bien.

Imposible responder. Porque no, yo no la había apartado de mí. No había añadido nada a su dolor ni hecho nada que la hiriese. En cambio, la había dejado sola en aquella habitación. La única persona que podía haber sido capaz de llegar a ella y salvarla de sí misma. Hacer que se echase atrás en el camino que estuviera tomando.

Había hecho lo que ella me había pedido y me había ido. Pero debería haberme quedado.

—Nadie me culpa —susurro. Necesito escucharlo decir en voz alta. Necesito escuchar esas palabras en mis oídos y no solo en mi cabeza—. Nadie me culpa.

—Nadie —dice Tony, con los ojos todavía fijos en la carretera.

—¿Y tú? —pregunto.

Nos acercamos a un *stop* en un cruce múltiple y reduce la velocidad.

Durante un momento me mira por el rabillo del ojo. Después vuelve a fijar la vista en la carretera.

—No, yo no te culpo.

—Pero ¿por qué tú? —pregunto—. ¿Por qué te dio a ti el otro juego de cintas?

—Déjame que te lleve a la casa de la fiesta —dice—. Te lo diré allí.

—¿No puedes decírmelo ahora?

Su sonrisa es débil.

—Estoy intentando no salirme de la carretera.



Poco después de que Clay se marchase, la pareja del sofá entró en el cuarto. La verdad es que sería más apropiado decir que se tropezaron hasta dentro del cuarto. ¿Los recordáis? Yo creía que ella estaba fingiendo estar borracha, y no paraba de darme golpes para que nos levantásemos y nos marchásemos. Por desgracia, no había sido a propósito. Estaba borracha.

Me había cruzado con ellos por el pasillo. Uno de los brazos de Jessica colgaba muerto sobre los hombros de Justin. Con el otro tanteaba la pared para poder mantenerse en pie.

Por supuesto, no llegué a verlos entrar de verdad. Yo continuaba en el suelo, con la espalda apoyada contra el lado de la cama más alejado, y estaba oscuro.

Cuando salí de la habitación me había sentido muy frustrado. Confundido. Me había apoyado sobre el piano que había en el salón, como si necesitara que me sostuviese. ¿Qué debía hacer? ¿Quedarme?

¿Marcharme? ¿Pero a dónde iba a ir?

Su amiguito del sofá evitó que tropezase dolorosamente con la mesilla de noche. Y cuando cayó rodando sobre la cama... dos veces... él la levantó. Era buen tío, evitó reírse todo lo que pudo.

Creí que la metería en la cama y cerraría la puerta tras él cuando se marchase. Y aquel sería el momento perfecto para mi escapada. Fin de la historia.

Hannah no había sido mi primer beso, pero sí el primer beso que me había importado, el primer beso con alguien que me importaba. Y después de haber hablado tanto rato con ella aquella noche, di por hecho que aquello solo era el principio. Que algo estaba pasando entre nosotros. Algo bueno. Lo sentía.

Pero aquel no fue el fin de la historia. Porque con eso no conseguiría grabar una cinta muy interesante, ¿a que no? Y a estas alturas, estoy segura de que sabéis que no era el final.

Aun así, me había ido de la fiesta sin ningún destino en mente.

En lugar de marcharse, él comenzó a besarla.

Lo sé, algunos de vosotros os hubierais quedado allí a mirar, encantados ante una oportunidad así de impresionante. Un encuentro cercano de tipo sexual. Incluso aunque no llegases a verlo, por lo menos lo escucharías.

Pero hubo dos cosas que me hicieron quedarme en el suelo. Con la frente apretada contra las rodillas, me di cuenta de lo mucho que debía de haber bebido aquella noche. Y ya que no tenía tanto equilibrio como debería, correr hasta el otro extremo parecía un poco arriesgado.

Así que esa es una excusa.

La excusa número dos es que la escena parecía estar subiendo de tono. Ella no solo estaba borracha y patosa, parecía completamente irresponsable de sus actos. Por lo que yo sé, la cosa no fue más allá de unos besos. Y además parecían ser besos en un solo sentido.

Otra vez, se portó como un tío majo y no se aprovechó de la situación. Él quería hacerlo, e intentó durante un largo rato conseguir que ella reaccionase.

—¿Estás despierta? ¿Quieres que te lleve al lavabo? ¿Vas a vomitar?

La chica no estaba completamente inconsciente. Gruñó y gimió un poco.

Por fin se dio cuenta de que ella no estaba de humor para escarceos amorosos y seguramente seguiría sin estarlo durante un rato. Así que la metió en la cama y dijo que vendría a ver qué tal estaba dentro de un rato. Después se marchó.

En este punto debéis de estar preguntándoos: ¿quiénes eran aquellas personas? Hannah, has olvidado decirnos sus nombres. Pero no lo he olvidado. Si hay una cosa que todavía tengo, es memoria.

Lo cual es algo malísimo. Quizá si olvidase de una vez las cosas, todos seríamos un poquito más felices.

Había una densa niebla cuando me marché de la fiesta. Y mientras caminaba por el barrio, se había puesto a lloviznar. Y después a llover. Pero cuando había comenzado a caminar solo había una espesa niebla que hacía que todo fuese algo brumoso.

No, tendréis que esperar para escuchar un nombre en esta cinta. Aunque si habéis prestado atención, os di la respuesta hace bastante tiempo.

Antes de decir su nombre en alto, este tío necesita hacer un poco de memoria... para recordar todo lo que ocurrió en aquella habitación.

Y lo recuerda. Sé que lo recuerda.

Me encantaría verle la cara ahora mismo. Con los ojos muy cerrados. La mandíbula apretada.

Tirándose del pelo con los puños.

Y a él le digo: ¡Atrévete a negarlo! Venga, niega que yo estaba en aquella habitación. Niega que sé lo que hiciste. O más que lo que hiciste, lo que no hiciste. Lo que permitiste que ocurriese. Piensa por qué esta no es la cinta en la que vuelves a aparecer. Debe de ser una cinta posterior. Tiene que ser una cinta posterior.

Oh, ¿en serio? ¿Y te gustaría que fuese así? ¿Una cinta posterior haría que las cosas fuesen mejores?

Ni de coña.

Dios. ¿Qué más pudo haber salido mal aquella noche?

Sé que ella no era tu novia, que casi nunca habías hablado con ella y que apenas la conocías, pero ¿es esa tu mejor excusa para lo que ocurrió después? ¿O es tu única excusa?

Sea como sea, no hay ninguna excusa.

Me puse en pie, intentando mantener el equilibrio apoyando una mano sobre la cama.

Tus zapatos —la sombra de tus zapatos— todavía se veían ante la luz que entraba por debajo de la puerta. Porque cuando saliste de la habitación, te colocaste de guardia justo delante de ella. Y yo dejé de agarrarme a la cama y comencé a caminar hacia aquella rayita de luz, sin estar segura de qué decir cuando abriese la puerta.

Pero a medio camino, dos zapatos más entraron en el campo de visión... y me detuve.

Cuando me fui de la fiesta, empecé a caminar. Varias manzanas. No quería irme a casa. No quería volver.

La puerta se abrió, pero tú tiraste de ella y dijiste:

—No. Déjala descansar.

Con aquel diminuto hilo de luz, vi un armario que tenía las puertas plegables medio abiertas.

Mientras tanto, tu amigo te estaba convenciendo de que le dejases entrar en el cuarto.

Esperé, con el corazón latiéndome a toda prisa, atrapada en mitad del suelo.

La puerta de la habitación volvió a abrirse. Pero de nuevo la volviste a cerrar. E intentaste bromear.

—Créeme —dijiste—, no se moverá. Se quedará ahí tirada.

¿Y cuál fue su respuesta? ¿Qué dijo? ¿Cuál fue su razonamiento para que tú te echases a un lado y le dejases entrar en el cuarto? ¿Lo recuerdas? Porque yo sí.

El turno de noche.

Te dijo que trabajaba en el turno de noche y que se tenía que ir en unos minutos.

Unos minutos era todo lo que necesitaba pasar con ella. Así que relájate y apártate.

Y eso fue todo lo que necesitaste para dejarle abrir la puerta.

Dios.

Patético.

No me lo podía creer. Y tu amigo no podía creérselo, tampoco, porque cuando volvió a agarrar el pomo de la puerta, no se apuró a entrar. Esperó a que protestases.

En aquel breve instante —el instante en el que no dijiste nada— me caí de rodillas, con ganas de vomitar, cubriéndome la boca con las dos manos. Me tambaleé hacia el ropero, mientras las lágrimas hacían que la luz del pasillo se difuminase. Y cuando me derrumbé dentro del armario, me vi atrapada por un montón de cazadoras tiradas en el suelo.

Cuando se abrió la puerta del dormitorio, tiré de las puertas del armario para cerrarlas. Y cerré los ojos apretándolos con fuerza. La sangre me latía en las orejas. Me balanceé adelante y atrás, adelante y atrás, golpeando la frente contra la pila de cazadoras. Pero con el estruendo de la música resonando por toda la casa, nadie me escuchó.

«Relájate». Él ya había dicho aquellas palabras más veces. Es lo que siempre le dice a la gente de la que se aprovecha. Novias. Tíos. Quien sea.

Es Bryce. Tiene que ser él. Bryce Walker estaba en aquella habitación.

Y con la música, nadie le escuchó entrar en la habitación. Caminar por la habitación. Llegar a la cama. Los muelles del colchón gimieron bajo su peso. Nadie escuchó nada.

Y yo podría haberlo detenido. Si hubiera podido hablar. Si hubiera podido ver. Si hubiera podido pensar en algo. Si hubiera abierto aquellas puertas y lo hubiera detenido.

Pero no lo hice. Y no importa cuál fuera mi excusa. Que mi cabeza estuviese completamente hecha un lío no es ninguna excusa. No tengo excusa. Podría haberlo detenido.

Fin de la historia. Pero sentía como si para pararlo tuviera que hacer que el mundo entero dejase de girar. Parecía que las cosas llevaban tanto tiempo fuera de control que hiciese lo que hiciera, ya apenas importaría.

Y no podía soportar más todas aquellas emociones. Quería que el mundo se detuviese... que se acabase.

Para Hannah, el mundo se había acabado. Pero para Jessica no. Había continuado. Y entonces Hannah la había golpeado con estas cintas.

No sé cuántas canciones sonaron mientras tenía la cara enterrada entre aquellas cazadoras. El ritmo continuaba canción a canción. Después de un rato, sentía la garganta muy dolorida. Estaba seca y me ardía. ¿Había estado gritando?

De rodillas sobre el suelo, sentía las vibraciones siempre que alguien

caminaba por el pasillo. Y cuando sentí pasos dentro de la habitación —varias canciones después de que él hubiera entrado en el cuarto— apoyé la espalda contra la pared del armario... esperando. Esperando a que alguien abriese de golpe las puertas del ropero. Que me arrancase de mi escondite.

¿Y entonces? ¿Qué me haría él entonces?

El coche de Tony arranca. El neumático delantero rasca el bordillo. No sé cómo hemos llegado aquí, pero la casa está ahora justo al otro lado de mi ventanilla. La misma puerta principal por la que había entrado a la fiesta. El mismo porche por donde había salido. Y a la izquierda del porche, una ventana.

Detrás de aquella ventana había una habitación y un armario de puertas plegables en donde Hannah, en la noche en la que la había besado, había desaparecido.

Pero la luz del pasillo se colaba dentro de la habitación, en el armario, y sus pasos se alejaban.

Había terminado.

Después de todo, no podía llegar tarde al trabajo, ¿verdad?

¿Y qué pasó después? Bueno, yo salí corriendo de la habitación y me fui directa al otro lado del pasillo. Y ahí fue donde te vi. Sentado en un cuarto completamente solo. La persona sobre la que trata toda esta cinta... Justin Foley.

Siento un espasmo en el estómago y abro de golpe la puerta del coche.

Ahí estabas, sentado en el extremo de una cama, con las luces apagadas.

Sentado, mirando hacia la nada. Mientras yo estaba de pie en el pasillo, congelada, mirándote a ti.

Habíamos hecho un largo camino juntos, Justin. Desde aquella primera vez que te había visto, cuando resbalaste en el jardín de Kat. Pasando por mi primer beso al final del tobogán. Hasta ahora.

Primero, comenzaste una cadena de acontecimientos que arruinaron mi vida. Ahora la estabas tomando con la de ella.

Vomito en el exterior de esa misma casa.

Mantengo el cuerpo inclinado hacia delante, con la cabeza colgando sobre la cuneta.

Al final, acabaste como yo. El color de tu rostro... se había ido. Tu expresión... estaba vacía. Y tus ojos parecían tan exhaustos.

¿O era dolor lo que vi en ellos?

—Quédate ahí todo el tiempo que quieras —dice Tony.

No te preocupes, pienso. No vomitaré en tu coche.

Justin, cariño, no te estoy culpando del todo a ti. Estábamos juntos en esto. Los dos podríamos haberlo detenido. Cualquiera de nosotros. Podríamos haberla salvado. Y estoy admitiendo esto ante ti.

Ante todos vosotros. Aquella chica había tenido dos oportunidades. Y los dos la habíamos dejado de lado.

La brisa me sienta bien a la cara, al secarme el sudor de la frente y el cuello.

Entonces, ¿de qué trata esta cinta? ¿Qué pasa con el otro tío? ¿No fue peor lo que hizo él?

Sí. Rotundamente sí. Pero las cintas tienen que ir pasando. Y si se las envió a él, se detendrán.

Pensadlo bien. Violó a una chica, y se iría de la ciudad inmediatamente si supiera... bueno... si supiera que nosotros lo sabemos.



Todavía inclinado hacia delante, lleno los pulmones de aire, tanto como puedo. Después lo retengo.

Y lo libero.

Respiro. Retengo.

Libero.

Me coloco erguido en el asiento y mantengo la puerta abierta por si acaso.

—¿Por qué tú? —pregunto—. ¿Por qué tienes tú las cintas? ¿Qué hiciste?

A nuestro lado pasa un coche y los dos lo vemos girar a la izquierda dos manzanas más allá. Pasa un minuto más antes de que Tony responda.

—Nada —dice—. Y es la verdad. —Por primera vez desde que se acercó a mí en el Rosie, Tony me mira a los ojos mientras se dirige a mí. Y en sus ojos, en los que se refleja la luz de una farola que está a media manzana, veo lágrimas—. Acaba esta cinta, Clay, y te lo explicaré todo.

No respondo.

—Acábala. Ya falta poco —dice.



¿Qué piensas de él ahora, Justin? ¿Le odias? Tu amigo, el que la violó, ¿es todavía amigo tuyo?

Sí, pero ¿por qué?

Debe de ser que te niegas a creértelo. Tiene que ser eso. Está claro que él

siempre ha tenido carácter. Está claro que pasa de una chica a otra como si fuesen ropa interior usada. Pero siempre ha sido buen amigo tuyo. Y cuanto más sales con él, más se parece al viejo colega de antes, ¿a que sí? Y si se comporta como el mismo colega, entonces seguramente no haya hecho nada malo. Lo cual quiere decir que tú tampoco has hecho nada malo.

¡Genial! Buenas noticias, Justin. Porque si él no hizo nada malo, y tú tampoco hiciste nada malo, entonces yo tampoco hice nada malo. Y no tienes ni idea de lo mucho que deseo no haberle arruinado la vida a aquella chica.

Pero lo hice.

Como mínimo, ayudé. Y tú también.

No, tienes razón, tú no la violaste. Y yo no la violé. Fue él. Pero tú... y yo... dejamos que ocurriese.

Es culpa nuestra.



—La historia está completa —digo—. ¿Qué ocurrió?

Me saco la sexta cinta del bolsillo y la cambio por la que está dentro del *walkman*.

Casete 6: Cara A

Tony saca las llaves del contacto. Así tiene algo que tocar mientras habla.

—He estado intentando pensar cómo decirte esto durante todo el tiempo que llevo conduciendo. Todo el tiempo que llevamos aquí sentados. Incluso mientras echabas la papa.

—Te habrás dado cuenta de que no he vomitado en tu coche.

—Sí. —Sonríe, mirando las llaves—. Gracias. Te lo agradezco.

Cierro la puerta del coche. El estómago se me está asentando.

—Ella vino a mi casa —dice Tony—. Hannah. Y aquella fue mi oportunidad.

—¿Para qué?

—Clay, todas las señales estaban ahí —dice.

—Yo también tuve mi oportunidad —le digo. Me quito los auriculares y me los cuelgo en la rodilla—. En la fiesta. Se puso como una loca cuando nos estábamos besando y yo no entendía por qué. Aquella fue mi oportunidad.

El interior del coche está oscuro. Y hay silencio. Con las ventanillas subidas, el resto del mundo exterior parece haberse dormido.

—Se nos puede culpar a todos —dice—. Por lo menos un poco.

—Así que ella fue a tu casa —digo.

—Con su bici. La que siempre llevaba al instituto.

—La azul —digo—. Déjame adivinarlo. Tú estabas arreglando el coche.

Ríe.

—¿Quién lo hubiera dicho, a que sí? Pero ella nunca había venido a mi casa, así que me quedé un poco sorprendido. Ya sabes, nos llevábamos bien en el instituto, así que no le di más importancia. Lo que era extraño, aun así, era por qué había venido.

—¿Por qué?

Mira por la ventanilla y el pecho se le llena de aire.

—Había venido para regalarme su bici.

Las palabras se quedaron ahí, inalteradas, durante un tiempo incómodamente largo.

—Quería que yo me quedase con ella —dice—. Ya no la necesitaba. Cuando le pedí una razón, se encogió de hombros. No tenía ninguna. Pero era una señal. Y no me di cuenta.

Recuerdo uno de los puntos del folleto que nos habían dado en el instituto. «Regalar pertenencias».

Tony asiente.

—Dijo que creía que yo era la única persona que podría necesitarla. Tengo el coche más viejo del instituto, dijo, y creía que si alguna vez se rompía podría

necesitar algo de repuesto.

—Pero este muchachote no se romperá nunca —digo.

—Este trasto siempre se está rompiendo —dice él—. Lo que pasa es que yo siempre ando por aquí cerca para arreglarlo. Así que le dije que no podía quedarme con su bici. No, sin darle nada a cambio.

—¿Y qué le diste?

—Nunca lo olvidaré —dice, y se vuelve para mirarme—. Sus ojos, Clay, no se apartaban de los míos.

Se quedó mirándome, directamente a los ojos, y se echó a llorar. Tan solo se me quedó mirando y las lágrimas comenzaron a resbalarle por la cara.

Se seca las lágrimas de sus propios ojos y después se pasa la mano por el labio superior.

—Debería haber hecho algo.

Todas las señales estaban ahí, por todas partes, para cualquiera que quisiese percibirlas.

—¿Qué te pidió?

—Me preguntó cómo grababa mis cintas, las que pongo en el coche. —Echa la cabeza hacia atrás e inspira profundamente—. Así que le expliqué que lo hacía con el viejo radiocasete de mi padre. —Hace una pausa—. Después me preguntó si tenía algo para poder grabar voces.

—Dios.

—Como una grabadora de mano o algo así. Algo que no tuvieses que tener enchufado, sino que pudieses andar por ahí con él. Y yo no le pregunté por qué. Le dije que esperase y fui a buscarlo.

—¿Y se lo diste?

Se vuelve hacia mí, con una expresión de dureza en el rostro.

—Yo no sabía lo que iba a hacer con él, Clay.

—Espera, no te estoy acusando, Tony. ¿Pero no te dijo para qué lo quería?

—¿Y crees que me lo habría contado si se lo hubiera preguntado?

No. Cuando Hannah había ido a casa de Tony, la decisión estaba tomada. Si hubiera querido que alguien la detuviese, la rescatase de sí misma, podría haberme pedido ayuda a mí. En la fiesta. Y ella lo sabía.

Niego con la cabeza.

—No te lo habría dicho.

—Unos días más tarde —dice—, cuando volví a casa del instituto, tenía un paquete en el porche. Me lo llevé a mi habitación y comencé a escuchar las cintas. Pero no tenían ningún sentido.

—¿Te dejó una nota o algo así?

—No. Solo las cintas. Pero no tenía ningún sentido porque Hannah y yo habíamos tenido la tercera clase juntos y ella había ido aquel día al instituto.

—¿Qué?

—Así que cuando llegué a casa y comencé a escuchar las cintas, las acabé rápido. Las iba pasando rápido para ver si yo aparecía en ellas. Pero no aparecía. Y entonces fue cuando supe que me había dado el segundo juego de cintas. Así que busqué su número y llamé a su casa, pero no respondió nadie. Y llamé a la tienda de sus padres. Pregunté si Hannah estaba allí, y me preguntaron si todo iba bien porque mi voz sonaba desquiciada.

—¿Qué les dijiste?

—Les dije que estaba pasando algo grave y que tenían que encontrarla. Pero no fui capaz de decirles por qué. —Toma un poco de aire entrecortado—. Y al día siguiente no estaba en el instituto.

Quiero decirle que lo siento, que no me puedo imaginar lo que debió de haber sido aquello. Pero entonces pienso en mañana, en el instituto, y me doy cuenta de que lo averiguaré en cuanto vea al resto de la gente que aparece en las cintas.

—Aquel día volví a casa pronto —dice—. Fingí estar enfermo. Y he de admitir que me llevó unos cuantos días recuperarme. Pero cuando volví, Justin Foley tenía una pinta terrible. Y después Alex. Y pensé, vale, la mayoría de esta gente se lo merece, así que haré lo que ella me ha pedido y me aseguraré de que todos escuchan lo que ella tenía que decirles.

—Pero ¿cómo lo controlas? —pregunto—. ¿Cómo sabías que era yo quien tenía las cintas?

—En tu caso ha sido fácil —dice—. Me robaste el *walkman*, Clay.

Los dos nos echamos a reír. Y nos sentimos bien. Aliviados. Como si estuviéramos riendo en un funeral. Quizá sea inapropiado, pero sin duda es necesario.

—Pero todos los demás fueron un poco más complicados —dice—. Yo corría hasta el coche cuando sonaba el último timbre y me acercaba lo máximo que podía al jardín delantero del instituto. Cuando veía a quien fuese que viniera después, un par de días después de saber que la última persona había escuchado las cintas, lo llamaba por su nombre, o la llamaba, si era una chica, y le hacía un gesto para que se acercase.

—¿Y entonces les preguntabas si tenían las cintas?

—No. Lo hubieran negado, ¿a que sí? Así que sacaba una cinta cuando se acercaban y les decía que entrasen porque tenía una canción que quería que escuchasen. Y en cada caso, según su reacción, lo sabía.

—¿Y entonces le ponías una de las cintas?

—No. Si no salían corriendo, tenía que hacer algo, así que les ponía una canción —dice—. Una canción cualquiera. Se sentaban aquí, en donde estás tú, preguntándose por qué demonios les estaba poniendo aquella canción. Pero si había acertado, se les helaban los ojos, como si estuviesen a un millón de kilómetros de distancia.

—¿Y por qué tú? —pregunto—. ¿Por qué te dio a ti las cintas?

—No lo sé —dice—. La única razón que se me ocurre es porque yo le había

prestado la grabadora.

Creyó que yo también tenía algo que ver en esto y que le seguiría el juego.

—Tú no apareces en ellas, pero aun así formas parte de esta historia.

Mira el parabrisas y agarra con fuerza el volante.

—Tengo que marcharme.

—No pretendía molestarte al decir eso —digo—. De verdad.

—Lo sé. Pero es muy tarde. Mi padre comenzará a preguntarse si habré tenido una avería en algún sitio.

—¿Qué pasa, que no quieres que vuelva a meter las narices bajo tu capó? —Cojo la manilla de la puerta y entonces recuerdo algo, la suelto y saco mi teléfono—. Necesito que hagas una cosa. ¿Podrías decirle hola a mi madre?

—Claro.

Comienzo a pasar la lista de nombres, le doy al botón de llamar y ella lo coge inmediatamente.

—¿Clay?

—Hola, mamá.

—¿Clay, dónde estás? —Su voz suena herida.

—Te dije que quizá llegaría tarde.

—Lo sé. Me lo dijiste. Pero pensaba que sabría algo de ti a estas horas.

—Lo siento. Pero necesitaré quedarme un rato más. Quizá me quede esta noche en casa de Tony.

E inmediatamente:

—Hola, señora Jensen.

Me pregunta si he bebido.

—No, mamá, lo juro.

—Vale, entonces esto es para su proyecto de Historia, ¿no?

Doy un respingo. Quiere creerse mis excusas desesperadamente. Cada vez que miento, quiere creerme completamente.

—Confío en ti, Clay.

Le digo que volveré a casa por la mañana, antes de ir al instituto, para recoger mis cosas, y luego colgamos.

—¿Dónde vas a quedarte? —me pregunta Tony.

—No lo sé. Seguramente me vaya a casa. Pero no quiero que se preocupe si no voy.

Gira la llave, el motor se pone en marcha y enciende también las luces.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

Agarro la manilla de la puerta y hago un gesto con la cabeza en dirección a la casa.

—Este es el punto de las cintas en el que me he quedado —digo—. Pero gracias. Sus ojos miran fijamente hacia delante.

—De verdad. Gracias —digo. Y cuando lo digo, me refiero a mucho más que el

viaje en coche. Por todo. Por cómo ha reaccionado cuando me he derrumbado y me he puesto a llorar. Por intentar hacerme reír durante la noche más terrible de mi vida.

Me siento bien al saber que hay alguien que comprende lo que estoy escuchando, por lo que estoy pasando. De alguna forma hace que no sea tan terrorífico continuar escuchando.

Salgo del coche y cierro la puerta. El coche arranca.

Aprieto el botón de «Play».



De vuelta a la fiesta, todo el mundo. Pero no os pongáis demasiado cómodos, porque nos iremos en un momentito.

Media manzana más adelante, el Mustang de Tony se detiene en un cruce, gira a la izquierda y desaparece.

Si el tiempo fuese un cable que conectase todas vuestras historias, aquella fiesta sería el punto en el que se anuda todo. Y ese nudo continúa creciendo y creciendo, enredándose cada vez más y arrastrando a su interior al resto de vuestras historias.

Cuando Justin y yo por fin rompimos aquella horrible y dolorosa mirada, me fui deambulando por el pasillo y me volví a meter en la fiesta. En realidad, me tambaleé por la fiesta. Pero no por culpa del alcohol. Por culpa de todo lo demás.

Me siento sobre el bordillo, a pocos metros de donde he vomitado fuera del coche de Tony. Si quien sea que viva aquí, porque no tengo ni idea de quién daba la fiesta, quiere salir y pedirme que me vaya, se lo agradeceré. Por favor, que lo haga.

Me apoyé en el piano en el salón. Busqué el banquito y me senté.

Quería marcharme, pero ¿adónde iba a ir? No me podía ir a casa. Todavía no.

Y fuera a donde fuese, ¿cómo iba a llegar allí? Me sentía demasiado débil para caminar. Por lo menos, creía que me sentía débil. Pero, en realidad, estaba demasiado débil para intentarlo. La única cosa que sabía seguro era que quería salir de allí y no pensar en nada ni en nadie nunca más.

Después una mano me tocó el hombro. Un suave apretón.

Era Jenny Kurtz.

La animadora del local de estudiantes.

Jenny, esta es para ti.

Dejo caer la cabeza sobre las rodillas.

Jenny me preguntó si necesitaba que me llevaran a casa, y casi me reí. ¿Era tan evidente? ¿Tenía tan mal aspecto?

Así que me enganché de su brazo y me ayudó a levantarme. Me sentó bien dejar que alguien me ayudase. Salimos por la puerta delantera y atravesamos una multitud que estaba o tirada inconsciente en el porche o fumando en el jardín.

En algún lugar, en aquel momento, yo estaba deambulando por ahí intentando averiguar por qué me había ido de la fiesta. Intentando averiguar, intentando comprender lo que acababa de pasar entre Hannah y yo.

La acera estaba húmeda. Mis pies, entumecidos y pesados, se arrastraban sobre el pavimento.

Escuchaba el ruido que hacía cada piedra y cada hoja que pisaba. Quería escucharlas todas.

Bloquear la música y las voces que había detrás de mí.

Mientras que yo, a manzanas de distancia, todavía escuchaba aquella música. Distante. Amortiguada.

Como si no me pudiese alejar lo suficiente.

Y todavía recuerdo todas y cada una de las canciones que sonaron.

Jenny, no dijiste nada. No me hiciste ninguna pregunta. ¡Y te lo agradecí tanto! Quizá te había pasado alguna cosa, o habías visto cosas que ocurrían en las fiestas sobre las que simplemente no podías hablar. Por lo menos no inmediatamente. Lo cual me iba bastante bien, porque yo tampoco había hablado de nada de esto hasta ahora.

Bueno... no... lo intenté. Lo intenté una vez, pero el otro no quiso escucharlo.

¿Es la historia número doce? ¿La trece? ¿O quizá algo totalmente diferente? ¿Es esta persona uno de los nombres escritos en su papel de los que no nos hablará?

Así que, Jenny, me llevaste a tu coche. E incluso aunque mi mente estaba en algún otro lugar —y mis ojos enfocaban el vacío—, sentí cómo me tocabas. Me agarrabas del brazo con tanta ternura mientras me dejabas sobre el asiento del copiloto. Me ataste el cinturón de seguridad, te metiste en tu sitio y nos marchamos.

No estoy completamente segura de qué ocurrió después. No estaba prestando atención porque, dentro de tu coche, me sentía segura. El aire en el interior era cálido y reconfortante. Los limpiaparabrisas, que se movían lentamente, iban sacándome con suavidad de mis pensamientos y me introducían en el coche. En la realidad.

La lluvia no era fuerte, pero hacía que el parabrisas se empañase lo suficiente para que me mantuviese en una especie de sueño. Y necesitaba aquello. Evitaba que mi mundo se volviese demasiado real, demasiado rápido.

Y entonces... el choque. No hay nada como un accidente para hacer que el mundo vuelva de golpe.

¿Un accidente? ¿Otro? ¿Dos en la misma noche? ¿Cómo es que nunca me había enterado de aquel?

La rueda delantera de mi lado chocó con algo y saltó por encima del bordillo. Un poste de madera se estrelló contra el parachoques de tu coche y se partió en dos como si fuese un palillo.

Dios. No.

Una señal de stop cayó hacia atrás ante los faros. Se quedó atrapada bajo tu coche y tú gritaste y apretaste los frenos de golpe. Vi por el espejo retrovisor cómo unas chispas volaban sobre la carretera mientras nos deteníamos.

Vale, ahora estoy despierta.

Nos quedamos sentadas durante un instante, mirando fijamente a través del parabrisas. No intercambiamos ni una palabra, ni una mirada. Los limpiaparabrisas iban haciendo correr la lluvia de un lado al otro. Y mis manos se quedaron agarradas al cinturón, agradeciendo que solo hubiéramos chocado contra una señal.

El accidente del anciano. Y el tío del instituto. ¿Lo sabía Hannah? ¿Sabía que había sido Jenny la que lo había provocado?

Tu puerta se abrió y me quedé mirando cómo caminabas hacia la parte delantera de tu coche y después te agachabas delante de los faros para echar un vistazo más de cerca. Pasaste una mano por la abolladura y dejaste caer la cabeza hacia delante. No podría decir si estabas jodida. ¿O estabas llorando?

Quizá te estuvieses riendo de lo horrible que había resultado ser la noche.

Sé a dónde ir. No necesito el mapa. Sé exactamente en dónde está la próxima estrella, así que me pongo en pie y comienzo a caminar.

La abolladura no era tan terrible. Bueno, tampoco era algo bueno, pero tuviste que sentir un cierto alivio. Podría haber sido peor. Podría haber sido mucho, mucho peor. Por ejemplo... podías haberle dado a alguna otra cosa.

Lo sabe.

Algo vivo.

Fuera cual fuese tu primer pensamiento, te levantaste con una expresión de

desconcierto. Te quedaste allí de pie, mirando la abolladura, negando con la cabeza.

Después me miraste a los ojos. Y estoy segura de que viste mi ceño fruncido, aunque solo fuese durante medio segundo. Pero aquel gesto se convirtió en una sonrisa. Seguida por un encogimiento de hombros.

¿Y qué fue lo primero que dijiste cuando volviste a entrar en el coche?

—Bueno, esto es una mierda. —Después metiste la llave en el contacto y... yo te detuve. No podía dejar que te marches.

En el cruce en el que Tony ha girado a la izquierda, yo giro a la derecha. Todavía faltan dos manzanas, pero sé que es ahí. La señal de stop.

Cerraste los ojos y me dijiste:

—Hannah, no estoy borracha.

Bueno, no te acusaba de estar borracha, Jenny. Pero me estaba preguntando por qué demonios no habías podido mantener el coche en la carretera.

—Está lloviendo —dijiste.

Y era cierto, estaba lloviendo. Poco.

Te dije que aparcases el coche.

Me dijiste que fuese razonable. Las dos vivíamos cerca y te limitarías a ir por calles residenciales, como si aquello mejorase las cosas.

Lo veo. Un poste metálico que sostiene una señal de stop, cuyas letras reflectantes son visibles incluso desde esta distancia. Pero en la noche del accidente, la señal era otra. Las letras no eran reflectantes y la señal estaba enganchada en un poste de madera.

—Hannah, no te preocupes —dijiste—. Después te echaste a reír. De todas formas, nadie hace caso de las señales de stop. Simplemente pasan de ellas. Así que ahora, ya que aquí no hay ninguna, es legal. ¿Lo ves? La gente me dará las gracias.

Te volví a decir que aparcases el coche. Ya nos llevaría a casa alguien de la fiesta. Yo te iría a buscar a primera hora de la mañana y te llevaría hasta donde estaba tu coche.

Pero lo volviste a intentar.

—Hannah, escucha.

—Aparca —dije—. Por favor.

Y entonces me dijiste que me bajase. Pero yo no quería. Intenté razonar

contigo. Habías tenido suerte de que solo hubiera sido una señal. Imagínate qué podría ocurrir si te dejase conducir hasta casa.

Pero volviste a decírmelo.

—Bájate.

Me quedé allí sentada durante mucho rato con los ojos cerrados, escuchando la lluvia y los limpiaparabrisas.

—¡Hannah! ¡Bájate... del coche!

Así que al final lo hice. Abrí la puerta del coche y puse un pie fuera. Pero no la cerré. Te volví a mirar. Y tú te quedaste mirando el parabrisas —más allá de los limpiaparabrisas— agarrando el volante con fuerza.

Todavía falta una manzana, pero la única cosa en la que puedo centrar la vista es la señal de stop que tengo justo delante.

Te pregunté si podía utilizar tu teléfono. Vi que estaba justo debajo de la radio.

—¿Para qué? —me preguntaste.

No estoy segura de por qué te dije la verdad. Debería haberte mentido.

—Por lo menos tenemos que decirle a alguien lo de la señal —dije.

Mantuviste la vista fija hacia delante.

—Localizarán la llamada. Se pueden localizar las llamadas, Hannah. — Entonces pusiste en marcha el coche y me dijiste que cerrase la puerta.

No lo hice.

Así que metiste la marcha atrás del coche, y tuve que pegar un salto hacia atrás para evitar que la puerta me golpease.

No te importó que la señal metálica aplastase —rascase— la parte de abajo de tu coche. Cuando te fuiste, la señal se quedó tirada a mis pies, retorcida y llena de rayaduras plateadas.

Aceleraste el motor y yo pillé la indirecta, así que di un paso atrás sobre la acera. Después te largaste, con lo que la puerta se cerró de golpe, e ibas cogiendo velocidad a medida que te alejabas... y desapareciste.

De hecho, desapareciste dejando atrás mucho más que una señal rota, Jenny.

Y una vez más, yo podría haberlo evitado... de alguna forma.

Todos podríamos haber evitado algo. Los rumores. La violación. Lo tuyo.

Tenía que haber algo que pudiese haber dicho. Como mínimo, podría haber

cogido tus llaves. O podría haberme tirado dentro y haberte robado el teléfono para llamar a la policía.

De hecho, aquello era lo único que hubiera importado. Porque llegaste a casa enterita, Jenny. Pero aquel no era el problema. La señal estaba en el suelo, y ese fue el problema.

B-6 en vuestros mapas. A dos manzanas de la fiesta hay una señal de stop . Pero aquella noche, o durante una parte de aquella noche, no estaba ahí. Y estaba lloviendo. Y alguien intentaba repartir sus pizzas a tiempo. Y otra persona, que iba en dirección contraria, estaba girando.

El anciano.

No había ninguna señal de stop en la esquina. Aquella noche no. Y uno de ellos, uno de los conductores, murió.

Nadie sabía quién había sido el culpable de aquello. Nosotros no. Ni la policía.

Pero Jenny lo sabía. Y Hannah. Y quizá también los padres de Jenny, porque alguien había arreglado la abolladura muy rápido.

Nunca conocí al tipo que iba en el coche. Era del último curso. Y cuando vi su foto en el periódico, no le reconocí. Era solo una de las muchas caras del instituto a las que nunca había llegado a conocer... y nunca conocería.

Tampoco fui a su funeral. Sí, quizá debería haberlo hecho, pero no lo hice. Y ahora estoy segura de que es evidente por qué no fui.

Ella no lo sabía. Lo del hombre del otro coche. No sabía que era el hombre que vivía en su casa. En su antigua casa. Y me alegro. Antes lo había visto salir de su garaje. Lo había visto irse sin que él se fijase en ella.

Pero algunos de vosotros estuvisteis en su funeral.

Iba a devolver un cepillo de dientes. Eso fue lo que me contó su esposa mientras esperábamos en el sofá de su casa a que la policía lo trajese a casa. Iba al otro extremo de la ciudad a devolverle el cepillo de dientes a su nieta. Habían estado cuidándola mientras sus padres estaban de vacaciones, y se lo había dejado por descuido. Los padres de la niña le habían dicho que no hacía falta que cruzase toda la ciudad para eso, que tenían muchos de sobra.

—Pero así es él —me dijo su esposa—. Hace ese tipo de cosas.

Y entonces llegó la policía.

Para los que fuisteis, dejadme que os describa el aspecto que tenía el instituto el día de su funeral.

En una palabra... estaba tranquilo. Más o menos una cuarta parte del instituto se tomó la mañana libre. La mayoría eran de último curso, por supuesto. Pero

a los que sí fuimos al instituto, los profesores nos dijeron que si se nos había olvidado traer una nota de casa para justificarnos, no nos pondrían falta si queríamos ir al funeral.

El señor Porter dijo que los funerales podían formar parte del proceso de curación. Pero yo lo dudé bastante. Para mí no. Porque la señal de stop de la esquina no estaba allí aquella noche. Alguien la había tirado. Y alguien más... una servidora... podría haberlo evitado.

Dos agentes ayudaron a entrar al marido, todo el cuerpo le temblaba. Su esposa se levantó y se acercó a él. Lo rodeó con los brazos y lloraron.

Cuando me marché, al cerrar la puerta detrás de mí, la última cosa que vi fue a ellos dos de pie en medio del salón. Sosteniéndose el uno al otro.

El día del funeral, para que los que habíais ido no os perdiesséis nada, no avanzamos. En cada clase los profesores nos dieron tiempo libre. Tiempo libre para escribir. Para leer.

Tiempo para pensar.

¿Y yo qué hice? Por primera vez, pensé en mi propio funeral.

Cada vez más, en términos muy generales, pensaba en mi propia muerte. En el hecho de morir. Pero aquel día que todos estabais en un funeral, yo comencé a pensar en el mío.

Llego a la señal de stop. Extiendo las puntas de los dedos, adelanto la mano y toco el frío palo metálico.

Podía imaginarme cómo la vida —el instituto y todo lo demás— continuaba sin mí. Pero no podía imaginarme mi funeral. En absoluto. Sobre todo porque no me podía imaginar quién vendría o qué dirían.

No tenía... no tengo... ni idea de lo que pensáis de mí.

Yo tampoco sé lo que piensa la gente de ti, Hannah. Tus padres no celebraron el funeral en la ciudad, y cuando nos enteramos de lo ocurrido nadie habló demasiado sobre el tema.

Quiero decir, era algo que estaba ahí. Lo sentíamos. Tu pupitre vacío. El hecho de que no fueses a volver. Pero nadie sabía por dónde empezar. Nadie sabía cómo comenzar la conversación.

Ahora han pasado un par de semanas desde la fiesta. Hasta ahora, Jenny, has conseguido esconderte de mí muy bien. Supongo que es comprensible. Querrías olvidar lo que hicimos —lo que ocurrió con tu coche y la señal de stop. Las repercusiones.

Pero no lo conseguirás nunca.

Quizá no supieses lo que la gente pensaba de ti porque ellos mismos no sabían qué pensar de ti. Quizá no nos dices suficiente para pensar, Hannah.

Si no hubiera sido por aquella fiesta, yo nunca te habría conocido de verdad. Pero por alguna razón, y te lo agradezco enormemente, me diste la oportunidad. Por breve que fuese, me diste una oportunidad. Y me gustó la Hannah a la que conocí aquella noche. Quizá podría incluso haber llegado a amarla.

Pero decidiste no dejar que aquello ocurriese, Hannah. Fuiste tú quien lo decidí.

Yo, en cambio, solo tendré que pensar en ello durante un día más.

Me aparto de la señal de *stop* y me marchó.

Si habría sabido que dos coches iban a chocar en aquella esquina, hubiera vuelto corriendo a la fiesta para llamar a la poli inmediatamente. Pero nunca me imaginé que aquello pudiese ocurrir.

Nunca.

Así que, en vez de eso, me puse a caminar. Pero no de vuelta a la fiesta. Mi cabeza corría por todos los lados. No podía pensar con claridad. No podía caminar sin dar rodeos.

Quiero mirar atrás. Quiero mirar por encima de mi hombro y ver la señal de *stop* con sus enormes letras reflectantes, suplicar con Hannah: ¡*stop!*

Pero continúo con la vista hacia delante, no quiero verla como algo más de lo que es. Es una señal.

Una señal de *stop* en una esquina de la calle. Nada más que eso.

Doblé esquina tras esquina sin tener ni idea de a dónde ir.

Habíamos caminado por aquellas calles juntos, Hannah. Haciendo rutas diferentes, pero al mismo tiempo. La misma noche. Caminábamos para alejarnos. Yo, de ti. Y tú, de la fiesta. Pero no solo de la fiesta. De ti misma.

Y entonces escuché cómo derrapaban unos neumáticos, me volví y vi cómo chocaban dos coches.

Al final llegué a la gasolinera. C-7 en vuestros mapas. Y llamé a la policía desde una cabina telefónica. Mientras sonaba me encontré abrazada al aparato, y una parte de mí deseaba que nadie respondiese.

Quería esperar. Quería que el teléfono continuase sonando. Quería que la vida se quedase exactamente así... en pausa.

Ya no puedo seguir el mapa. No iré a la gasolinera.

Cuando alguien por fin respondió, me sorbí las lágrimas que me humedecían los labios y le dije que en la esquina entre Tanglewood y South...

Pero ella me cortó. Me dijo que me tranquilizase. Y entonces fue cuando me di

cuenta de lo mucho que estaba llorando. De lo mucho que me costaba tomar aliento.

Cruzo la calle y me separo de la casa de la fiesta.

A lo largo de las últimas semanas me he desviado muchas veces de mi camino para evitar esa casa.

Para evitar el recuerdo, el dolor, de mi única noche con Hannah Baker. No tengo ningún deseo de verla dos veces en la misma noche.

Me dijo que ya se había avisado a la policía y que estaban de camino.

Me coloco la mochila delante y saco el mapa.

Estaba sorprendida. No me podía creer que hubieras llamado a la policía, Jenny.

Desdoble el mapa para echarle un último vistazo.

Pero no debería haberme sorprendido. Porque como resultó ser, tú no la habías llamado.

Entonces lo estrujo, arrugándolo y dejándolo hecho una pelota del tamaño de mi puño.

Al día siguiente en el instituto todo el mundo comentaba los acontecimientos de la noche anterior, y entonces averigüé quién había llamado. Y no había sido para informar de que se había caído una señal.

Meto el mapa dentro de un arbusto, bien profundo, y me voy.

Era para informar de un accidente. Un accidente causado por una señal caída. Un accidente del que yo no sabía nada... hasta aquel momento.

Pero aquella noche, después de colgar el teléfono, continué vagando por las calles. Porque tenía que dejar de llorar. Antes de llegar a casa necesitaba calmarme. Si mis padres me pillaban colándome en casa con los ojos llenos de lágrimas, me harían demasiadas preguntas. Preguntas sin respuesta.

Eso es lo que estoy haciendo ahora. Mantenerme lejos. Yo no lloraba la noche de la fiesta, pero ahora apenas puedo contenerme.

Y no puedo irme a casa.

Así que caminé sin pensar demasiado en qué calles tomar. Y me sentía bien. El frío. La niebla. En eso se había convertido la lluvia en aquel momento. Una niebla ligera.

Y caminé durante horas, imaginándome que la niebla se hacía más densa y me tragaba por completo. La idea de desaparecer así —de una manera tan sencilla— me hizo muy feliz.

Pero aquello, como ya sabéis, nunca ocurrió.



Abro el *walkman* para darle la vuelta a la cinta. Casi he llegado al final.
Dios. Dejo salir el aliento tembloroso y cierro los ojos. El final.

Casete 6: Cara B



Solo quedan dos. No me abandonéis ahora.

Lo siento. Supongo que suena extraño decir eso porque ¿no es eso precisamente lo que estoy haciendo yo? ¿Abandonar?

Sí. Y de hecho, lo estoy haciendo. Y de eso, más que de cualquier otra cosa, es de lo que trata todo esto. Yo... abandonándome... a mí misma.

No importa todo lo que haya dicho hasta ahora, no importa de quién hayamos hablado, todo vuelve a —todo termina con— mí.

Su voz suena tranquila. Satisfecha con lo que está diciendo.

Antes de aquella fiesta, me había planteado abandonar muchas veces. No lo sé, quizá solo sea que hay personas condicionadas para pensar en ello más que otras. Porque cada vez que ocurría algo malo, me lo planteaba.

¿El qué? Vale, lo diré. Me planteaba suicidarme.

La ira, la culpabilidad, todo ha desaparecido. Ya ha tomado una decisión. La palabra ya no supone una lucha para ella.

Después de todo lo que he contado en estas cintas, de todo lo que ocurrió, me planteé suicidarme.

Por lo general, solo era un pensamiento pasajero.

Ojalá me muriese.

Yo he pensado esas palabras muchas veces. Pero es una cosa difícil de decir en voz alta. Asusta incluso más sentir que podrías decirlo en serio.

Pero a veces llevaba las cosas más allá y me planteaba cómo lo haría. Me metía en la cama y me preguntaba si habría alguna cosa en mi casa que pudiese utilizar.

¿Una pistola? No. Nunca hemos tenido. Y no sabría dónde conseguir una.

¿Y colgarme? Bien, ¿qué utilizaría? ¿Dónde lo haría? E incluso si supiera dónde y con qué, nunca podría superar la imagen de que alguien me encontrase —colgando— a varios centímetros del suelo.

No podía hacerles eso a mamá y papá.

Y entonces, ¿cómo te encontraron? He escuchado un montón de rumores.

Imaginar formas de matarme se convirtió en una especie de juego enfermizo. Y hay formas muy extrañas y creativas.

Te tomaste unas pastillas. Eso lo sabemos todos. Algunos dicen que te desmayaste y te ahogaste en una bañera llena de agua.

Todo se redujo a dos líneas de pensamiento. Si quería que la gente pensase que había sido un accidente, podría salirme de la carretera con el coche. En algún lugar en donde no hubiera ninguna posibilidad de sobrevivir. Y hay un montón de lugares en donde se puede hacer algo así en los alrededores de la ciudad. Seguramente haya pasado por cada uno de ellos una docena de veces durante las últimas dos semanas.

Otros dicen que abriste el grifo de la bañera, pero te quedaste dormida en la cama mientras se llenaba.

Cuando tu madre y tu padre llegaron a casa se encontraron el cuarto de baño inundado y te llamaron. Pero no hubo respuesta.

Pero aquí están estas cintas.

¿Podría confiar en que los doce guardéis un secreto? ¿No dejar que mis padres averigüen lo que realmente ocurrió? ¿Les dejaréis creer que realmente fue un accidente si es esa la historia que se cuenta?

Hace una pausa.

No lo sé. No estoy segura.

Piensa que podríamos contarlo. Piensa que iremos a donde estén nuestros amigos y diremos: ¿queréis escuchar un secreto horrible?

Así que me decidí por la forma menos dolorosa.

Pastillas.

El estómago se me contrae, con intención de liberar mi cuerpo de todo. Comida. Pensamientos.

Emociones.

Pero ¿qué tipo de pastillas? ¿Cuántas? No estoy segura. Y no tengo mucho tiempo para pensar en cómo hacerlo porque mañana... será el día en el que lo haga.

Uau.

Me siento sobre el bordillo en un cruce oscuro y tranquilo.

Ya no andaré por aquí... mañana.

La mayoría de las casas que hay en las siguientes cuatro manzanas dan pocas señales de que haya alguien despierto en su interior. Unas pocas ventanas parpadean con la débil luz azul de la tele a última hora. Más o menos un tercio de ellas tienen las luces del porche encendidas. Pero en el resto, a no ser por el césped bien cortado o el coche aparcado delante, es difícil decir si allí vive alguien o no.

Mañana me levantaré, me vestiré e iré a la oficina de correos caminando. Desde allí le enviaré un montón de cintas a Justin Foley. Y después de eso no habrá vuelta atrás. Iré al instituto, llegaré demasiado tarde para la primera clase y podremos pasar un último día juntos. La única diferencia será que yo sabré que es el último día.

Vosotros no.

¿Puedo recordarlo? ¿Puedo verla por los pasillos durante aquel último día? Quiero recordar la última vez que la vi.

Y todos me trataréis como siempre me habéis tratado. ¿Recordáis la última cosa que me dijisteis?

Yo no.

¿Y la última cosa que me hicisteis?

Te sonreí, estoy seguro. Te sonreí cada vez que te vi después de aquella fiesta, pero tú nunca me miraste. Porque ya habías tomado una decisión.

Si te hubieras dado la oportunidad, sabes que me habrías devuelto la sonrisa. Y no podías. No, si querías continuar con aquello.

¿Y qué fue la última cosa que os dije yo? Porque creedme, cuando lo decía, sabía que era la última cosa que diría.

Nada. Me dijiste que saliese del cuarto y ya estaba. Después de aquello siempre encontrabas la forma de ignorarme.

Lo cual nos lleva a uno de mis últimos fines de semana. El fin de semana después del accidente. El fin de semana en el que se celebraba una nueva fiesta. Una fiesta a la que yo no fui.

Sí, todavía estaba castigada. Pero esa no fue la razón por la que no fui. De hecho, si hubiera querido ir, habría sido mucho más sencillo que la última vez, porque aquel fin de semana estaba cuidando una casa. Un amigo de mi padre estaba fuera de la ciudad y yo estaba cuidándole la casa, dándole de comer al perro y vigilando un poco porque se suponía que habría una fiesta de estudiantes unos cuantos portales más abajo.

Y la había. Quizá no era tan grande como la última fiesta, pero sin duda no era

para principiantes.

Incluso si hubiera pensado que tal vez estuvieses allí, me habría quedado en casa. Por la forma en la que me ignoraste en el instituto, di por hecho que allí también me ignorarías. Y aquella era una teoría demasiado dolorosa para demostrarla.

He escuchado a algunas personas decir que después de haber sufrido una experiencia especialmente mala con el tequila, solo olerlo les puede hacer potear. Y aunque aquella fiesta no me hizo potear, el solo hecho de estar cerca de ella —de escucharla— hacía que se me revolviere el estómago.

Una semana no era ni mucho menos tiempo suficiente para superar la última fiesta.

El perro se estaba volviendo loco, ladrando cada vez que alguien se acercaba a la ventana. Yo me ponía en cuclillas y le gritaba que se apartase de ahí, pero tenía demasiado miedo de acercarme y cogerlo; demasiado miedo de que alguien pudiese verme y llamarme por mi nombre.

Así que encerré al perro en el garaje, en donde podía ladrar todo lo que quisiera.

Espera, ahora lo recuerdo. La última vez que te vi.

El estruendo que sonaba por toda la manzana era imposible de silenciar. Pero lo intenté. Corrí por toda la casa corriendo cortinas y cerrando todo lo posible cada persiana que encontré.

Recuerdo las últimas palabras que nos dijimos.

Entonces me escondí en el dormitorio con la tele a todo volumen. Pero a pesar de que no lo escuchaba, podía sentir el ruido que salía de mi interior.

Cerré los ojos apretándolos mucho. Ya no veía la tele. Ya no estaba en aquella habitación. Solo podía pensar en volver a aquel armario y esconderme dentro con un montón de cazadoras a mi alrededor. Y de nuevo, volví a balancearme adelante y atrás, adelante y atrás. Y de nuevo, no había nadie por allí que me escuchase llorar.

En la clase de inglés del señor Porter me di cuenta de que tu pupitre estaba vacío. Pero cuando sonó el timbre y salí al pasillo, estabas allí.

Al final la fiesta se acabó. Y después de que todo el mundo hubiese pasado bajo la ventana y de que el perro dejase de ladrar, recorrí de nuevo la casa abriendo las persianas.

Casi chocamos. Pero tenías la vista baja, así que no sabías que era yo. Y lo dijimos al mismo tiempo:

—Lo siento.

Después de haber pasado tanto tiempo encerrada, decidí salir a tomar un poco de aire fresco. Y quizá también consiguiese convertirme en una heroína.

Entonces levantaste la vista. Me viste. ¿Y qué era lo que había en tus ojos? ¿Tristeza? ¿Dolor? Me rodeaste e intentaste apartarte el cabello de la cara. Llevabas las uñas pintadas de azul oscuro. Te miré mientras recorrías el largo pasillo, mientras la gente me golpeaba al pasar. Pero no me importaba.

Me quedé ahí y te vi desaparecer. Para siempre.

De nuevo, todo el mundo, D-4. La casa de Courtney Crimsen. El lugar de esta fiesta.

No, esta cinta no trata de Courtney... aunque ella tiene un papel. Pero Courtney no tiene ni idea de lo que voy a decir porque se acababa de ir justo cuando comenzó la acción.

Giro y camino en dirección opuesta a la casa de Courtney.

Mi plan era simplemente caminar hasta allí. Quizá me encontrase con alguien luchando para meter la llave en la puerta de su coche y lo llevaría a casa.

No voy a ir a la casa de Courtney. Voy a ir al Eisenhower Park, el escenario del primer beso de Hannah.

Pero la calle estaba vacía. Todo el mundo se había ido.

O eso parecía.

Y entonces alguien me llamó.

Por encima de la alta valla de madera que rodeaba su casa se asomó una cabeza. ¿Y de quién era la cabeza? De Bryce Walker.

Dios, no. Esto solo puede acabar de una forma. Si alguien puede echar más mierda a la vida de Hannah, ese es Bryce.

—¿A dónde vas? —preguntó.

¿Cuántas veces le habré visto agarrar a una de sus novias por la muñeca y retorcérsela? ¿Tratándolas como si no fuesen más que carne?

Y aquello en público.

Mi cuerpo, mis hombros, todo estaba preparado para pasar de largo al lado de la casa. Y debería haber continuado caminando. Pero mi cara se volvió hacia él. Una columna de humo ascendía desde su lado de la valla.

—Venga, ven con nosotros —dijo—. Nos estamos despejando.

¿Y qué cabecita se asomaba al lado de la suya? La de la señorita Courtney Crimsen.

Aquello fue una coincidencia. Había sido ella quien me había utilizado de chófer para ir a la fiesta.

Y ahí estaba yo, topándome con ella después de su fiesta.

Había sido ella quien me había dejado tirada sin tener a nadie con quien hablar. Y ahí estaba yo, en su casa, en donde no tenía ningún lugar para esconderse.

No fue por eso por lo que lo hiciste, Hannah. No fue por eso por lo que te quedaste con ellos. Sabías que aquella era la peor opción posible. Lo sabías.

Pero ¿quién era yo para guardarle rencor?

Por eso lo hiciste. Querías que tu mundo se derrumbase a tu alrededor. Querías que todo se volviese lo más oscuro posible. Y sabías que Bryce podía ayudarte a conseguirlo.

Dijo que solo os estabais relajando un poco. Y entonces tú, Courtney, te ofreciste a llevarme a casa cuando acabásemos, sin saber que «casa» estaba a solo dos portales de distancia. Y parecías tan sincera que me sorprendiste.

Incluso me hiciste sentir un poco culpable.

Estaba deseando perdonarte, Courtney. Te perdono. De hecho, os perdono a casi todos vosotros.

Pero aun así, tenéis que escucharme. Aun así, tenéis que saber.

Crucé el césped húmedo, levanté el pestillo de la valla y empujé la puerta para abrirla unos centímetros. Y detrás de ella, estaba la fuente del humo... un jacuzzi de madera lleno de agua caliente.

Los surtidores no estaban encendidos, así que el único sonido que se escuchaba era el del agua chocando contra los bordes. Contra vosotros dos.

Teníais la cabeza echada hacia atrás, apoyada sobre el borde del jacuzzi. Teníais los ojos cerrados.

Y las sonrisitas de vuestros rostros hacían que el agua y el humo resultasen muy tentadores.

Courtney giró la cabeza en dirección a mí pero mantuvo los ojos cerrados.

—Estamos en ropa interior —dijo.

Esperé un momento. ¿Debía hacerlo?

No... pero lo haría.

Sabías en lo que te estabas metiendo, Hannah.

Me quité la camiseta, me saqué los zapatos, me quité los pantalones y subí los escalones de madera.

¿Y después? Me metí en el agua.

Era tan relajante. Tan agradable.

Junté las manos, me las llené de agua caliente y dejé que me cayese sobre la cara. Me la eché por el cabello. Obligué a mis ojos a cerrarse, a mi cuerpo a dejarse caer y a mi cabeza a descansar contra el borde.

Pero con el agua relajante también vino el terror. No debería estar allí. No confiaba en Courtney.

No confiaba en Bryce. No importaba cuáles fuesen sus intenciones en un principio, pero los conocía a los dos lo bastante bien como para no confiar en ellos durante mucho rato.

Y tenía razón en no confiar en ellos... pero ya estaba hecho. Ya había acabado de luchar. Abrí los ojos y alcé la vista hacia el cielo nocturno. A través de la columna de humo, el mundo entero parecía un sueño.

Entorno los ojos mientras camino, deseando cerrarlos por completo.

Poco después, el agua comenzó a ser incómoda. Demasiado caliente.

Cuando abra los ojos, quiero estar delante del parque. No quiero ver ninguna más de las calles por las que caminé, ni las calles por las que Hannah caminó, la noche de la fiesta.

Pero cuando apoyé la espalda contra la pared y me senté para que se me refrescase la parte superior del cuerpo, vi que se me veían los pechos a través del sujetador mojado.

Así que me volví a meter.

Y Bryce también se movió... lentamente... sobre el banco que había bajo el agua. Y su hombro se apoyó en el mío.

Courtney abrió los ojos, nos miró y los volvió a cerrar.

Balanceo un puño a mi lado y muevo una valla de tela metálica oxidada. Cierro los ojos y paso los dedos sobre el metal.

Las palabras de Bryce eran suaves, un evidente intento de ser románticas.

—Hannah Baker —dijo.

Todo el mundo sabe quién eres, Bryce. Todo el mundo sabe lo que haces. Pero yo, que conste, no hice nada para detenerte.

Me preguntaste si me lo había pasado bien en la fiesta. Courtney susurró que

yo no estaba en la fiesta, pero no pareció importarte. En lugar de eso, me tocaste la parte exterior del muslo con las puntas de los dedos.

Abro los ojos y vuelvo a golpear la valla.

Yo apreté la mandíbula y apartaste los dedos.

—Se ha acabado bastante rápido —dijiste. E igual de rápido estaban de vuelta tus dedos.

Me agarro a la valla y continúo caminando hacia delante. Cuando separo los dedos del metal, se me abre la piel.

Toda tu mano estaba de vuelta. Y al ver que no te detenía, me pasaste la mano por la barriga. Me tocaste la parte de abajo del sujetador con el pulgar y con el meñique me tocaste la parte de arriba de las braguitas.

Giré la cabeza para apartarme de ti. Y sé que no sonreí.

Juntaste los dedos y te pusiste a frotarme lentamente, haciendo círculos, la barriga.

—Es agradable —dijiste.

Noté que el agua se movía y abrí los ojos durante una fracción de segundo.

Courtney se estaba yendo.

¿Necesitas más razones para que todo el mundo te odie, Courtney?

—¿Te acuerdas de cuando estabas en primero? —me preguntaste.

Tus dedos se abrieron paso bajo mi sujetador. Pero no me tocaste. Estabas explorando los límites, supongo. Fuiste deslizando el pulgar a lo largo de la parte inferior de mis pechos.

—¿No estabas en aquella lista? —dijiste—. El mejor culo de la clase de primero.

Bryce, tuviste que ver cómo apretaba la mandíbula. Tuviste que verme las lágrimas. ¿Es que ese tipo de mierda te pone?

¿A Bryce? Sí, es así.

—Es cierto —dijiste.

Y entonces, sin más, me dejé ir. Los hombros se me aflojaron. Separé las piernas. Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Ni una sola vez había cedido ante la reputación que entre todos me habíais construido. Ni una sola vez. Incluso si alguna vez me había resultado duro. Incluso aunque, algunas veces, me hubiera sentido atraída por alguien que

solo quería estar conmigo por lo que había escuchado. Pero siempre les dije que no a aquellas personas. ¡Siempre!

Hasta Bryce.

Así que felicidades, Bryce. Tú eres el único. Dejé que mi reputación se pusiese a mi nivel —me convertí en mi reputación— contigo. ¿Cómo te sientes?

Espera, no respondas. Déjame que te diga esto primero: no me sentía atraída por ti, Bryce. Nunca me has gustado. De hecho, me dabas asco.

Para todos los que estéis escuchando, dejadme ser clara. No dije que no ni le aparté la mano. Lo único que hice fue girar la cabeza, apretar los dientes y luchar para que no se me escapasen las lágrimas. Y él lo vio. Incluso me dijo que me relajase.

—Relájate —me dijo—. Todo irá bien. —Como si dejar que me toquetease fuese a curar todos mis problemas.

Pero al final no te dije que te apartases... y no lo hiciste.

Dejaste de frotarme la barriga en círculos. En lugar de eso, comenzaste a frotarme adelante y atrás, suavemente, toda la cintura. Tu dedo meñique se abrió paso hasta la parte superior de mis braguitas y fue dando vueltas de cadera a cadera. Entonces otro dedo se metió más abajo, empujando al meñique, paseándolo por mi vello.

Y aquello fue todo lo que necesitaste, Bryce. Comenzaste a besarme el hombro, el cuello, mientras metías y sacabas los dedos. Y entonces continuaste. No te detuviste ahí.

Lo siento. ¿Estoy siendo demasiado gráfica para alguno? Vaya.

Cuando acabaste, Bryce, salí del agua caliente y caminé hasta dos casas más allá. Se había acabado la noche.

Yo me había acabado.



Aprieto el puño y lo elevo ante mi cara. A través de los ojos llenos de lágrimas, veo que la sangre se escurre entre mis dedos. La piel tiene cortes profundos en unos cuantos sitios, allí donde se me ha clavado la valla oxidada.

No importa a donde me quiera llevar Hannah después, sé en donde pasaré el resto de la noche. Pero primero tengo que lavarme la mano. Los cortes me escuecen, pero sobre todo me siento débil ante la visión de mi propia sangre.

Me dirijo a la gasolinera más próxima. Está a un par de manzanas de aquí y no se desvía mucho de mi camino. Agito la mano unas cuantas veces y voy dejando

puntitos oscuros de sangre sobre la acera.

Cuando llego a la estación, me meto la mano herida en el bolsillo y abro la puerta de cristal del minisupermercado. Encuentro un bote de alcohol para las heridas y una cajita de tiritas, dejo unos cuantos dólares sobre el mostrador y pido la llave de los lavabos.

—Los lavabos están en el otro lado —me dice la mujer que está detrás del mostrador.

Meto la llave en la cerradura y empujo la puerta del lavabo con el hombro. Después me lavo la mano con agua fría y miro cómo la sangre baja en círculos por el desagüe. Rompo el precinto del bote de alcohol y, con un solo movimiento ya que si me lo pienso no lo haré, me la vacío entera sobre la mano.

Todo mi cuerpo se pone en tensión y me pongo a hacer juramentos lo más alto y fuerte que soy capaz.

Siento como si la piel se me estuviera separando del músculo.

Tras lo que parece casi una hora, por fin puedo volver a doblar y flexionar los dedos. Con ayuda de la mano libre y los dientes, me pongo unas tiritas en la mano cortada.

—Que tengas una buena noche. —Es lo único que dice la mujer cuando le devuelvo la llave.

Al llegar a la acera vuelvo a echar a correr. Solo me queda una cinta. Un número trece en azul pintado en una esquina.

Casete 7: Cara A

El Eisenhower Park está vacío. Me quedo de pie en silencio en la entrada, asimilándolo todo. Aquí es donde pasaré la noche. Donde escucharé las últimas palabras que Hannah Baker quiera decir antes de permitirme quedarme dormido.

Hay farolas en varias áreas de juego, pero la mayoría de las bombillas están fundidas o rotas. La mitad inferior del cohete tobogán está escondida en la oscuridad. Pero cerca de la parte superior, en donde el cohete llega más alto que los columpios y los árboles, la luz de la luna golpea sus barras metálicas hasta llegar al pico.

Entro en el recinto de arena que rodea el cohete. Me agacho bajo la plataforma base, elevada del suelo por tres grandes aletas de metal. Sobre mí hay un círculo del tamaño de una persona recortado en el nivel más bajo. Una escalera metálica baja hasta la arena.

Cuando me pongo en pie, mis hombros se cuelan por el agujero. Con la mano hábil me agarro al borde del círculo y salto a la primera plataforma.

Meto la mano dentro del bolsillo de la chaqueta y aprieto «Play».



Un... último... intento.

Está susurrando. Tiene la grabadora muy cerca de la boca y en cada espacio que deja entre las palabras la escucho respirar.

Le daré a la vida una oportunidad más. Y esta vez, conseguiré ayuda. Pediré ayuda porque no puedo hacerlo sola. Ya lo he intentado.

No lo hiciste, Hannah. Yo estaba allí para ti, y me dijiste que me fuese.

Por supuesto, si estáis escuchando esto es porque he fallado. O él ha fallado. Y si él falla, el trato queda sellado.

Se me tensa la garganta y comienzo a subir a la siguiente escalera.

Solo hay una persona entre vosotros y esta colección de cintas de audio: el señor Porter.

¡No! No puede enterarse de esto.

Hannah y yo teníamos al señor Porter a primera hora, en la clase de Inglés. Le veo cada día. No quiero que él sepa todo esto. No quiero que sepa nada de mí. Ni de nadie. Meter a un adulto en esto, a alguien del instituto, va más allá de lo que me había imaginado.

Señor Porter, vamos a ver qué tal lo hace.

Se escucha un velcro al abrirse. Después se oye cómo mete algo dentro. Está metiendo la grabadora dentro de algo. ¿Una mochila? ¿Su cazadora?

Llama a la puerta.

Vuelve a llamar.

—Hannah. Me alegro de que hayas venido.

La voz se escucha amortiguada, pero es él. Profundo, pero amigable.

—Entra. Siéntate.

—Gracias.

Nuestro profesor de Inglés, pero también el orientador para los estudiantes con apellidos comprendidos entre la A y la G. El orientador de Hannah Baker.

—¿Estás cómoda? ¿Quieres un poco de agua?

—Estoy bien, gracias.

—Dime, Hannah, ¿en qué puedo ayudarte? ¿De qué quieres hablar?

—Bueno, es... la verdad es que no lo sé. Un poco de todo, supongo.

—Eso nos llevará un rato.

Una larga pausa. Demasiado larga.

—Hannah, no pasa nada. Tengo todo el tiempo que necesites. Cuando quieras.

—Solo son... cosas. Todo es muy duro ahora mismo.

Tiene la voz temblorosa.

—No sé por dónde empezar. Quiero decir, más o menos ya lo he hecho. Pero hay muchas cosas y no sé cómo resumirlas.

—No hace falta que las resumas. ¿Por qué no comenzamos por cómo te sientes hoy?

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Ahora mismo me siento perdida, supongo. Así como vacía.

—¿Vacía en qué sentido?

—Simplemente vacía. Como si no hubiera nada. Ya no me importa nada.

—¿De qué?

Haga que se lo cuente. Continúe haciendo preguntas, pero haga que se lo cuente.

—*De nada. El instituto. Yo misma. La gente del instituto.*

—*¿Y tus amigos?*

—*Tendrá que definir «amigos» si quiere tener una respuesta a esa pregunta.*

—*No me digas que no tienes amigos, Hannah. Te veo por los pasillos.*

—*En serio, necesito una definición. ¿Cómo se sabe lo que es un amigo?*

—*Alguien a quien puedes acudir cuando...*

—*En ese caso, no tengo ninguno. Por eso estoy aquí, ¿no? Por eso estoy acudiendo a usted.*

—*Sí, así es. Y me alegro de que estés aquí, Hannah.*

Recorro la segunda plataforma a gatas y me arrodillo al lado de un hueco entre las barras. Un hueco lo bastante grande como para que la gente pase para llegar al tobogán.

—*No sabe lo duro que me ha resultado pedir esta cita.*

—*Mi agenda ha estado bastante libre esta semana.*

—*No difícil de concertar. Ha sido difícil venir aquí.*

La luz de la luna brilla sobre el metal liso del tobogán. Me imagino a Hannah aquí, hace unos dos años, dándose impulso y bajando.

Escabulléndose.

—*Te lo repito, Hannah, me alegro de que hayas venido. Así que dime, cuando salgas de este despacho, ¿en qué sentido quieres que las cosas sean diferentes?*

—*¿Se refiere a en qué me puede ayudar usted?*

—*Sí.*

—*Supongo que... no lo sé. No estoy segura de lo que espero.*

—*Bueno, ¿qué necesitas ahora mismo que no tengas? Comencemos por ahí.*

—*Necesito que se detenga.*

—*¿Qué necesitas que se detenga?*

—*Necesito que todo se detenga. La gente. La vida.*

Me aparto del tobogán.

—*Hannah, ¿sabes lo que acabas de decir?*

Claro que sabe lo que acaba de decir, señor Porter. Quiere que usted se dé cuenta de lo que ha dicho y la ayude.

—*Has dicho que quieres que la vida se detenga, Hannah. ¿Tu vida?*

No hay respuesta.

—*¿Era eso lo que querías decir, Hannah? Esas palabras son muy serias, ¿te das cuenta?*

Se da cuenta de cada palabra que sale de su boca, señor Porter. Sabe que son unas palabras muy serias.

¡Haga algo!

—*Lo sé, sé que lo son. Lo siento.*

No te disculpes. ¡Habla con él!

—*Yo no quiero que mi vida se acabe. Por eso estoy aquí.*

—*¿Qué ha ocurrido, Hannah? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?*

—*¿Nosotros? ¿O cómo he llegado yo hasta aquí?*

—*Tú, Hannah. ¿Cómo has llegado hasta este punto? Sé que no puedes resumirlo todo. Es el efecto bola de nieve, ¿tengo razón?*

Sí. El efecto bola de nieve. Así es como lo ha llamado ella.

—*Es una cosa más otra. Es demasiado, ¿verdad?*

—*Es demasiado duro.*

—*¿Vivir?*

Otra pausa.

Me agarro a las barras exteriores del cohete y me impulso para levantarme. Me duele la mano llena de tiritas. Me escuece al ponerle todo mi peso encima, pero no me importa.

—*Mira, coge esto. Una caja de pañuelos entera para ti. No está ni empezada.*

Una risa. ¡Ha conseguido hacerla reír!

—*Gracias.*

—*Hablemos del instituto, Hannah. Así podré hacerme un poco a la idea de cómo hemos, lo siento, has llegado a este punto.*

—*Vale.*

Comienzo a subir hasta el nivel más alto.

—*Cuando piensas en el instituto, ¿qué es la primera cosa que se te viene a la cabeza?*

—*Aprender, supongo.*

—*Bien, es bueno escuchar eso.*

—*Estaba bromeando.*

Ahora es el señor Porter quien ríe.

—*Claro que aprendo aquí, pero no es eso lo que significa el instituto para mí.*

—*Entonces, ¿qué es lo que significa?*

—*Un lugar. Un lugar lleno de gente con la que se me obliga a estar.*

Me siento en la plataforma más alta.

—*¿Y eso te resulta duro?*

—*A veces.*

—*¿Con algunas personas, o con la gente en general?*

—*Con algunas personas. Pero también... con todo el mundo.*

—*¿Podrías especificar un poco más?*

Rápidamente me echo hasta el otro lado de la plataforma y me inclino contra el timón metálico. Sobre la línea que forman los árboles, la media luna es casi demasiado brillante para mirarla.

—*Es duro porque no sé quién va a... ya sabe... quién va a ser el próximo en tomarla conmigo. O cómo.*

—*¿Qué quieres decir con «tomarla» contigo?*

—*No es que sea una conspiración ni nada parecido. Pero parece como si nunca supiese quién va a levantarse de repente.*

—*¿E ir a por ti?*

—*Lo sé, suena estúpido.*

—*Entonces explícate.*

—*Es difícil explicarme a no ser que usted haya oído algunos de los rumores que circulan sobre mí.*

—*No he escuchado nada. Los profesores, sobre todo los profesores que además somos orientadores, tendemos a quedarnos fuera de los cotilleos de los alumnos. Y no es que no tengamos nuestros propios cotilleos.*

—*¿Sobre ustedes?*

Él ríe.

—*Depende. ¿Qué has escuchado?*

—*Nada. Estaba bromeando.*

—*Pero me lo contarías si escuchases alguna cosa.*

—*Se lo prometo.*

No bromees, señor Porter. Ayúdela. Vuelva a Hannah. Por favor.

—*¿Cuándo fue la última vez que un rumor... surgió?*

—*Bueno, de eso se trata. No todo son rumores.*

—*Vale.*

—*No. Escuche...*

Por favor, escuche.

—*Hace años me votaron... ya sabe, en una de esas votaciones de clase. Bueno, no fue exactamente una votación, fue una lista estúpida que se le ocurrió a alguien. La mejor y la peor.*

Él no responde. ¿Lo ve? ¿Sabe de lo que le está hablando?

—*Y desde entonces la gente ha actuado en consecuencia.*

—*¿Cuándo fue la última vez?*

Escucho cómo ella saca un pañuelo de la caja.

—*Hace poco. En una fiesta. Le juro que fue una de las peores noches de mi vida.*

—*¿Por culpa de un rumor?*

—*Por mucho más que por el rumor. Pero en parte, sí.*

—*¿Puedo preguntarte qué ocurrió en aquella fiesta?*

—*No fue exactamente durante la fiesta. Ocurrió después.*

—*Vale, Hannah. ¿Podemos jugar a Las veinte preguntas?*

—*¿A qué?*

—*A veces a la gente le cuesta abrirse, incluso ante un orientador para el que todo es estrictamente confidencial.*

—*Vale.*

—*Entonces, ¿podemos jugar a Las veinte preguntas?*

—*Sí.*

—*En esa fiesta que has mencionado, ¿estamos hablando de un chico?*

—*Sí. Pero le vuelvo a repetir que no fue durante la fiesta.*

—Eso lo he comprendido. Pero necesitamos comenzar por algún lado.

—Vale.

Él exhala profundamente.

—No voy a juzgarte, Hannah, ¿pero ocurrió alguna cosa durante aquella noche de la que te arrepientas?

—Sí.

Me pongo de pie y camino hasta las barras exteriores del cohete. Rodeo dos de las barras con las manos, y coloco la cara en el espacio vacío que hay entre ellas.

—¿Ocurrió algo con ese chico (y puedes ser completamente sincera conmigo, Hannah), alguna cosa que pudiera considerarse ilegal?

—¿Se refiere a una violación? No, no lo creo.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque se daban unas ciertas circunstancias.

—¿Alcohol?

—Quizá, pero no era yo.

—¿Drogas?

—No, simplemente eran más circunstancias.

—¿Estás pensando en denunciarle?

—No. Yo... no.

Exhalo una bocanada de aire completa.

—Entonces, ¿cuáles son tus opciones?

—No lo sé.

Dígaselo, señor Porter. Dígale cuáles son las opciones.

—¿Qué podemos hacer para resolver este problema, Hannah? Juntos.

—Nada. Se ha acabado.

—Algo se tiene que poder hacer, Hannah. Para ti hay algo que tiene que cambiar.

—Lo sé. Pero ¿qué opciones tengo? Necesito que usted me lo diga.

—Bueno, si no quieres denunciarle, si no estás segura tan siquiera de si puedes denunciarle, entonces tienes dos opciones.

—¿Cuáles? ¿Cuáles son?

Suena esperanzada. Está poniendo demasiada esperanza en las respuestas.

—Una, puedes enfrentarte a él. Podemos decirle que venga aquí para hablar sobre lo que ocurrió en aquella fiesta. Podría llamaros a los dos para que...

—Ha dicho que había dos opciones.

—O dos, y con esto no pretendo ser brusco, Hannah, pero podrías continuar con tu vida.

—¿Quiere decir no hacer nada?

Me agarro a las barras y cierro los ojos con fuerza.

—Es una opción, y es de eso de lo que estamos hablando. Mira, Hannah, ocurrió algo. Te creo. Pero si no le denuncias y tampoco te enfrentas a él, tendrías que valorar la posibilidad de seguir adelante.

¿Y si esa posibilidad no existe? ¿Entonces qué? Porque adivine el qué, señor Porter, resulta que ella no lo hará.

—¿Seguir adelante?

—¿Está en tu clase, Hannah?

—Está en el último curso.

—Entonces el año que viene ya no estará aquí.

—Quiere que siga adelante.

No es una pregunta, señor Porter. No se lo tome como si lo fuese. Está pensando en voz alta. No es una opción porque no podrá hacerlo. Dígale que la ayudará. Se escucha un crujido.

—Gracias, señor Porter.

¡No!

—Hannah. Espera. No hace falta que te vayas.

Grito por entre las barras. Sobre los árboles:

—¡No!

—Creo que ya he acabado aquí.

No deje que se marche.

—Ya tengo lo que había venido a buscar.

—Creo que todavía hay cosas de las que tenemos que hablar, Hannah.

—No, creo que ya nos hemos entendido. Tengo que seguir adelante y superarlo.

—*No se trata de superarlo, Hannah. Pero a veces no queda más remedio que seguir adelante.*

¡No la deje salir de esa habitación!

—*Tiene razón. Lo sé.*

—*Hannah, no entiendo por qué tienes tanta prisa por marcharte.*

—*Porque tengo que seguir adelante con las cosas, señor Porter. Si nada va a cambiar, mejor seguir adelante con ello, ¿verdad?*

—*Hannah, ¿de qué estás hablando?*

—*Estoy hablando de mi vida, señor Porter.*

Se escucha el clic de una puerta.

—*Hannah, espera.*

Otro clic. Ahora el velcro al abrirse.

Pasos. Van cogiendo velocidad.

Estoy caminando por el pasillo.

Su voz se escucha clara. Más alta.

Su puerta se ha cerrado detrás de mí. Continúa cerrada.

Una pausa.

No viene.

Presiono la cara con fuerza contra las barras. Son como un torno que se tensa contra mi cráneo a medida que voy empujando.

Está dejando que me vaya.

El punto detrás de la ceja me está palpitando muy fuerte, pero no me lo toco. No me lo froto. Lo dejo latir.

Creo que me he explicado bastante bien, pero nadie está dando ni un paso para detenerme.

¿Quién más, Hannah? ¿Tus padres? ¿Yo? No te explicaste muy bien conmigo.

Muchos de vosotros os preocupasteis, solo que no lo suficiente. Y eso... eso era lo que necesitaba averiguar.

Pero yo no sabía por lo que estabas pasando, Hannah.

Y lo averigüé.

Los pasos continúan. Más rápidos.

Y lo siento.

La grabadora se apaga con un clic.

Con la cara contra las barras, me echo a llorar. Si hay alguien caminando por el parque, sé que me oirá. Pero no me importa si me oye, porque no me puedo creer que acabe de escuchar las últimas palabras que escucharé nunca de Hannah Baker.

«Lo siento». Otra vez esas palabras. Y ahora, siempre que alguien diga lo siento pensaré en ella.

Pero algunos de nosotros no tendrán ganas de volverle a decir esas palabras. Algunos estaremos demasiado enfadados con Hannah por haberse matado y culpar a todos los demás.

Yo la habría ayudado si ella me hubiese dejado. La habría ayudado porque quiero que esté viva.

La cinta vibra en el *walkman* cuando llega al final.

Casete 7: Cara B

La cinta hace clic al llegar al final y continúa corriendo.

Sin su voz, el suave murmullo estático que sonaba constantemente bajo sus palabras suena más alto.

Durante las siete cintas y trece historias, su voz se ha mantenido a una ligera distancia por culpa de este murmullo constante de fondo.

Dejo que este sonido me invada mientras me agarro a las barras y cierro los ojos. La luna brillante desaparece. Las copas de los árboles que se balancean desaparecen. La brisa contra mi piel, el dolor de mis dedos que se va desvaneciendo, el sonido de esta cinta corriendo de una bobina a la otra, me recuerda a todo lo que he escuchado durante este último día.

Mi respiración comienza a ir más lenta. La tensión de mis músculos empieza a relajarse.

Después se escucha un clic en los auriculares. Una ligera respiración.

Abro los ojos ante la luna brillante.

Y Hannah, cordialmente:

Gracias.



Al día siguiente: Después de haber enviado las cintas

Lucho contra cada músculo de mi cuerpo, me suplican que me derrumbe. Me suplican que no vaya al instituto. Que vaya a cualquier otro lugar y me esconda hasta mañana. Pero no importa cuándo vuelva, los hechos estarán ahí, al final tendré que enfrentarme a las demás personas que aparecen en las cintas.

Me acerco a la entrada del aparcamiento, una hiedra sobre una gran losa de piedra grabada nos da la bienvenida al instituto. CORTESÍA DE LA PROMOCIÓN DEL 93. He pasado al lado de esa piedra muchas veces a lo largo de los últimos tres años, pero ni una vez con el aparcamiento así de lleno. Ni una vez, porque nunca he llegado tan tarde.

Hasta hoy.

Por dos razones.

Una: he estado esperando ante la puerta de la oficina de correos. Esperando a que abriese para poder enviar una caja de zapatos llena de cintas de casete. He utilizado una bolsa de papel marrón y un rollo de cinta de embalar para volver a empaquetarla, olvidando adecuadamente poner mi dirección en el remite.

Después le he enviado el paquete a Jenny Kurtz, con lo que cambiaré su forma de ver la vida, de ver el mundo, para siempre.

Y dos: el señor Porter. Si me quedo ahí a primera hora, mientras él escribe en la pizarra o está de pie en la palestra, el único lugar al que me puedo imaginar que miraré es al medio del aula, un pupitre a la izquierda.

El pupitre vacío de Hannah Baker.

La gente se queda mirando su pupitre cada día. Pero hoy, para mí, es sustancialmente diferente que ayer. Así que me tomo mi tiempo en la taquilla. Y en el lavabo. O caminando sin rumbo por los pasillos.

Sigo una acera que bordea el extremo exterior del aparcamiento del instituto. La sigo por todo el jardín delantero hasta cruzar las puertas dobles de vidrio del edificio principal. Y tengo una sensación extraña, casi triste, al caminar por los pasillos vacíos. Cada paso que doy me parece tan solitario...

Tras el expositor de trofeos hay cinco taquillas sueltas, con despachos y lavabos a cada lado. Veo a unos cuantos estudiantes más que llegan tarde a clase y están recogiendo sus libros.

Llego a mi taquilla, inclino la cabeza hacia delante y la apoyo contra la fría puerta metálica. Me concentro en los hombros y el cuello, relajo los músculos. Me concentro en reducir el ritmo de mi respiración. Después coloco el primer botón del candado en el cinco. Después hacia la izquierda en el cuatro, después hacia la derecha

en el veintitrés.

¿Cuántas veces he estado de pie aquí delante, pensando que nunca tendría una oportunidad con Hannah Baker?

No tenía ni idea de lo que sentía ella por mí. Ni idea de quién era ella realmente. Y, en cambio, me creía lo que otros decían de ella. Y tenía miedo de lo que podrían decir de mí si sabían que me gustaba.

Giro el candado y borro la combinación.

Cinco.

Cuatro.

Veintitrés.

¿Cuántas veces después de la fiesta me he quedado de pie aquí mismo, cuando Hannah todavía estaba viva, pensando que mis oportunidades con ella se habían acabado? Pensando que había dicho o hecho algo mal. Asustado de volver a hablar con ella. Demasiado asustado para intentarlo.

Y entonces, cuando murió, las oportunidades desaparecieron para siempre.

Todo comenzó hace unas semanas, cuando un mapa se coló por el respiradero de mi taquilla.

Me pregunto qué habrá ahora en la taquilla de Hannah. ¿Estará vacía? ¿Habrá metido el conserje todo en una caja y lo habrá guardado en un armario, en espera de que vuelvan sus padres? ¿O continuará su taquilla tal cual estaba, exactamente igual que ella la dejó?

Con la frente todavía apretada contra el metal, giro la cabeza lo suficiente para mirar hacia el pasillo más cercano, hacia la puerta siempre abierta de la primera clase, la del señor Porter.

Justo ahí, en la parte exterior de aquella puerta, es donde vi a Hannah Baker con vida por última vez.

Cierro los ojos.

¿A quién veré hoy? Además de mí, hay ocho personas en el instituto que ya han escuchado las cintas.

Ocho personas que hoy estarán esperando para ver cómo me han afectado a mí las cintas. Y a lo largo de la semana que viene, mientras las cintas continúen pasando, yo haré lo mismo con el resto.

En la distancia, ahogada por la pared del aula, se escucha una voz conocida. Abro los ojos lentamente.

Pero esa voz ya nunca volverá a sonarme amable.

—Necesito que alguien me lleve esto al despacho de delante.

La voz del señor Porter se arrastra por el pasillo, directa hacia mí. Siento los músculos de los hombros tensos, pesados, y golpeo la taquilla con el puño.

Una silla chirría, seguida por unos pasos que abandonan el aula. Siento las rodillas preparadas para desmoronarse, en espera de que el alumno me vea y me pregunte por qué no estoy en clase.

Desde una fila de taquillas más alejadas, alguien cierra una taquilla con un clic.

Al salir de la clase del señor Porter, Steve Oliver me hace un gesto con la cabeza y sonrío. La estudiante de la otra taquilla dobla la esquina en dirección al pasillo y casi choca con Steve.

Ella susurra:

—Lo siento. —Y después lo rodea para pasar.

Steve mira hacia ella pero no le responde, simplemente continúa su camino y se acerca a mí.

—Bueno, Clay —dice. Después se ríe—. Alguien llega tarde a clase, ¿eh?

Detrás de él, en el pasillo, la chica se da la vuelta. Es Skye.

Comienza a sudarme la nuca. Me mira y le sostengo la mirada durante unos cuantos pasos, después se vuelve para continuar caminando.

Steve se acerca, pero no le miro. Le hago un gesto para que se haga a un lado.

—Ya hablamos más tarde —digo.

La otra noche, en el autobús, me bajé sin hablar con Skye. Quería hablar con ella, lo había intentado, pero la había dejado escaquearse de la conversación. A lo largo de los años ha ido aprendiendo a evitar a la gente. A todo el mundo.

Me aparto de mi taquilla y la miro continuar caminando por el pasillo.

Quiero decirle algo, llamarla, pero la garganta se me cierra.

Una parte de mí desea ignorarlo. Volverme y mantenerme ocupado, haciendo lo que sea, hasta la segunda hora.

Pero Skye continúa caminando por el mismo trozo de pasillo por el que vi desaparecer a Hannah hace dos semanas. Aquel día, Hannah había desaparecido entre una masa de estudiantes, dejando que las cintas dijese su adiós. Pero todavía escucho los pasos de Skye Miller, que suenan cada vez más débiles a medida que se aleja.

Y comienzo a caminar hacia ella.

Paso ante la puerta abierta de la clase del señor Porter y, al echar un vistazo apresurado, llego a ver más de lo que esperaba. El pupitre vacío cerca del centro de la clase. Vacío durante dos semanas y lo que queda de curso. Otro pupitre, mi pupitre, vacío durante un día. Docenas de caras se vuelven hacia mí. Me reconocen, pero no lo ven todo. Y ahí está el señor Porter, mirando hacia otro lado pero empezando a volverse.

Una marea de emociones me inunda. Dolor e ira. Tristeza y pena. Pero la más sorprendente de todas, esperanza.

Continúo caminando.

Los pasos de Skye suenan más fuertes ahora. Y cuanto más me acerco a ella, más rápido camino y más ligero me siento. La garganta comienza a relajarse.

A dos pasos de ella, digo su nombre.

—Skye.



13 inspiraciones

JOANMARIE

Por haber dicho «Sí, quiero»,
y por decirme «Lo harás»
cuando casi desisto al creer que nunca vendería un libro.

ROBIN MELLOM Y EVE PORINCHAK

«El camino hacia la publicación es como un churro:
largo y desigual, pero dulce.»
Vosotras habéis hecho que sea dulce.
(¡Sirenas de discoteca para siempre!)

MAMÁ Y PAPÁ Y NATE

Por animar mis actividades creativas desde el principio...
sin importar lo ridículas que fuesen.

LAURA RENNERT

Por decir «Puedo vender esto».

KRISTEN PETTIT

Por decir «¿Puedo comprar esto?».
Tu orientación editorial llevó a este libro a un nuevo nivel.

S.L.O.W. FOR CHILDREN (mi grupo de críticas)

Por ser tan críticos... en el buen sentido.

LIN OLIVER Y STEPHEN MOOSER DEL SCBWI

Por los años de apoyo profesional y ánimo
(la subvención «en construcción» también estuvo bien).

ROXYANNE YOUNG DE SMARTWRITERS.COM

Por creer en este libro desde el principio
(la designación de gran premio también fue bonita)

KATHLEEN DUEY

Por ser mi mentora durante las primeras etapas de esta actividad creativa.

CHRIS CRUTCHER

Por escribir *Stotan!* , la primera novela para adolescentes que leí en mi vida.
Y por animarme a acabar esta, la primera novela para adolescentes que he
escrito en mi vida.

KATE O'SULLIVAN

Tu emoción por esta novela hizo que yo continuase emocionado con esta
novela.

LOS BIBLIOTECARIOS Y LIBREROS DE SHERIDAN, WYOMING Y SAN LUIS OBISPO,
CALIFORNIA.

No solo compañeros de trabajo, también amigos.

NANCY HURD

La razón por la que escribí mi primer libro... hace trece años.

«*Gracias.*»



JAY ASHER (30 de septiembre de 1975) es un escritor estadounidense. Ha trabajado en una librería independiente, una librería outlet, una cadena de librerías y dos bibliotecas públicas. Espera, algún día, trabajar en una librería de segunda mano. Cuando no está escribiendo, toca la guitarra y va de acampada. *Por trece razones* es su primera novela, publicada en 2007. Fue un gran éxito tanto de crítica como de ventas y en 2017 ha sido adaptada como serie de televisión por Netflix.

Notas

[1] «La docena del panadero» es una expresión anglosajona que equivale a una docena más uno, como nuestra «docena de fraile». Se hace un juego de palabras entre el apellido de la chica y la palabra «panadero» (en inglés, *baker*) (*N. de la T.*). <<

[2] En inglés, avellana es «walnut» (*N. de la T.*) <<

[3] La palabra «panadero» es en inglés *baker*, igual que el apellido de Hannah (*N. de la T.*). <<